
RUTA DE TITANES
POR
RICARDO SANZ
EDITORIAL
DESCONTROL

# RUTA DE TITANES

**1ª edición 1933**
**2ª edición junio del 2014**, Editorial Descontrol!

Impreso en Barcelona
**Maquetación y revisión**: Editorial Descontrol
descontrol@riseup.net
www.descontrol.cat
@DescontrolEd

ISBN: 978-84-16553-20-4
Depósito Legal: B 11179-2016

# RUTA DE TITANES

Ricardo Sanz



# PRÓLOGO EDITORIAL

Más de 80 años han pasado desde la publicación primera y última de "*Ruta de Titanes*" de Ricardo Sanz. 80 años en los que la península ibérica ha pasado por una Revolución Social, una dictadura militar bajo el mando de un caudillo, una transacción "democrática" hacía una democracia modelo "Estado del Bienestar" y en los últimos tiempos, una larga crisis, parecida a la que vivieron en la década de los 30 del siglo XX, que , hoy, en el año 2014, hace ya un largo lustro que dura.

Ruta de titanes fue escrito y publicado en el año 1933. Y es en ese contexto en el que deben de entenderse las palabras que profesa, el estilo gramatical que emplea el autor y las formas sintácticas usadas para expresar lo que quiere decir, haciendo un largo alegato por la Libertad de la humanidad y la emancipación social.

Lxs editorxs de Dskntrl- Ed! si bien comparten el trasfondo de las ideas que se explican en el libro, nos permitimos con este prólogo una licencia, la de hacer una critica constructiva (también auto- critica cotidiana) acerca de las palabras y la forma en la que éstas son usadas.

No necesariamente compartimos, ni en absoluto estamos de acuerdo en algunas afirmaciones que se hacen a lo largo del texto (en la novela se

usan formas y palabras para probar de transmitir unas ideas, acerca de la esterilización, o se escribe solo desde el género masculino ) y es por este motivo que nos reservamos estas lineas como una reflexión colectiva acerca de cómo se escriben las cosas, según lo que se quiera decir, y las maneras en que las palabras son interpretadas según quien las lee. Es esto pues la primera contextualización que queremos referir.

La segunda es que creemos que con la recuperación de Ruta de Titanes del basurero de la historia hacemos un paso más hacía la recuperación total de la memoria histórica y las diferentes enseñanzas y situaciones que ha regalado al conocimiento humano y que pensamos este acto (el de leer y compartir la lectura) como un paso más hacía las ideas que encontrarás a lo largo del libro.

***Editorial Descontrol***

# CONSIDERACIONES A MI LIBRO

Después de lo expuesto por mi camarada y amigo Isaac Puente en el prólogo, poca cosa me resta decir, ya que él interpreta fielmente mi temperamento y mi modo de ser.

A pesar de ello debo, sin embargo, hacer algunas consideraciones para llenar las lagunas que posiblemente pudiera advertir el querido lector en este libro.

Este libro está escrito con antelación al advenimiento de nuestra pobre y pequeña República española, a pesar de que en sus páginas, coincidencias manifiestas, realizo ciertas apreciaciones sobre ciertos hombres políticos que hoy están en el poder.

En las paginas precedentes no se señalan, ni mucho menos, todos los crímenes y todas las monstruosidades que durante muchos años se cometieron en Barcelona y en las cárceles y presidios de España.

Es sólo una parte incompleta de lo mucho que ocurrió. Y no es que yo ignore los demás hechos criminales ocurridos en Barcelona durante el imperio de la "*star*", sino que estimo que un relato crudo, sin atractivos, de todos esos hechos, sólo tendría la virtud de horrorizar al lector, cosa que no está en mi ánimo.

He procurado señalar solamente en estas páginas los hechos más sobresalientes que impresionaron de una manera más poderosa mi vida de militante activo. A pesar de ello reconozco que ocurrieron en Barcelona y otras partes de España, hechos como las deportaciones a pie por

carretera, a través de pueblos y ciudades, y otros muchos más dignos de ser recordados en letras de molde, para que la historia haga recordar a las generaciones venideras tales monstruosidades.

De todo cuando dice este libro con respecto a lo ocurrido en Barcelona y otras localidades, referente a la represión sangrienta en la calle y en cárceles y presidios, no hay nada inventado, ni nada que nadie me haya contado con más o menos veracidad. Todo es el fiel reflejo de la realidad desnuda. Son hechos que yo he vivido y que mi memoria ha trasladado al papel, un poco adornado con ropaje novelesco que si bien ahora no está de moda, no por eso es menos digno que algunos de los absurdos que en la hora presente nos ha traído la moda literaria.

A más de lo expuesto, el autor de este libro tiene la pretensión de demostrar a los paniaguados de la republiquita española, que son los mismo que ayer hacían el coro a la monarquía y a la dictadura. Que los hombres de la C.N.T., durante los anteriores periodos de ignominia gubernamental, estuvieron en su puesto, afrontando todas las adversidades de la lucha sin retroceder un milímetro.

No está en mi ánimo convencer de ello a los comparsas del régimen republicano- socialista dictatorial imperante, sería una pretensión absurda. Sólo me interesa que los trabajadores que lean este libro, describiendo el pasado, convengan conmigo que los que más hicieron por derrumbar la monarquía y la dictadura, fueron los elementos de la C.N.T., que hoy como ayer, se encuentran perseguidos y ametrallados por todas partes.

***Ricardo Sanz***

# PRÓLOGO

Si he de decir verdad no sé, concretamente, cuál es la finalidad de esta clase de introducciones, que casi siempre el lector mira con antipatía. Por esto, al encargarme de prologar Ruta de Titanes, de mi camarada y amigo Ricardo Sanz, trato de cumplir del mejor modo posible, pensando en el autor, y pensando en el lector, pues quisiera resultar grato para ambos. Y empiezo por hacerme consideraciones.

El prólogo, cuando no es un "bombo" para el autor, suele ser la presentación hecha por un hombre de letras, de uno que aspira a serlo. Por mi parte no valgo para prodigar elogios, ni tengo el menos prestigio para presentar a nadie. Necesito quien me presente a mí. Está justificado también el prólogo cuando se trata de recomendar un libro al público. Pero entonces el prologuista ha de merecer la confianza de aquél.

En fin, ello es que el prólogo debo hacerlo yo, que el autor necesita ser presentado, pues inicia con este libro su trato con las letras, y que el libro bien merece unas líneas de presentación.

Ricardo Sanz es un escritor intruso. Es un obrero manual que ha burlado las Aduanas académicas y universitarias y quiere demostrar con su conducta que no es menester ser intelectual para escribir un libro, y que no es justo el reparto de papeles hecho en la Sociedad. Ha escrito lisamente, entre las estrecheces económicas y materiales de su hogar modesto, de sobremesa y en ratos libres, entre el barullo de los críos

alborotadores y el trasiego familiar, un libro interesante. El tiempo que tantas gentes con preparación intelectual emplean para hurgarse la nariz o para escarbarse los dientes, lo ha consagrado Sanz a vestir sus memorias en un ropaje novelesco.

Es este un libro que aspira a llenar un vacío, sirviendo a la verdad histórica, para dejar testimonio del período ominoso que vivió Barcelona, y de la gesta magnífica que escribieron con sus audacias y con sus vidas los militantes de la C.N.T.., acosados como fieras, por fieras vestidas de autoridad.

Su autor lo ha sabido escribir, deleitando, novelándolo de un modo sencillo, sin perifollos retóricos ni amoríos cursis, como es frecuente en quien, sin dominio de la literatura, intenta usar como cogollo de la novela el tema eterno del amor.

Ricardo Sanz es un militante de la C.N.T. que vivió en el torbellino de la guerra social y que si pervivió a la represión, no fue por falta de ganas de suprimirlo en quienes elevaron la criminalidad a la enésima potencia, protegiéndola en la impunidad del Poder, cubriéndola con la máscara de la verdad oficial y servida con la inflada gacetilla de la Prensa alcahueta.

Está aún por liquidar esta deuda. Escamoteadas por una omisión las responsabilidades que prometieron exigir a los políticos cuando usaban las persecuciones de los sindicalistas como un latiguillo de mitin demagógico. Y por ello es saludable el empeño del autor al refrescarnos la memoria.

Detengo aquí mis elogios al autor. Ni yo sé hacerlos ni él me los agradecería. Quédese eso para los cultivadores de la idolatría personal, que es el filtro envenenado con que la política sorbe el seso a los engreídos y agranda las tragaderas de la candidez del Pueblo.

***Isaac Puente***

# CAPITULO I

## *Paginas vividas.*

Albina desde su tierna infancia ya se manifestó como un caso poco común en la vida. Subió el penoso camino de la existencia con una bondad y también con una inteligencia tan personales que eso sólo era lo suficiente para revelar en ella un futuro carácter excepcional.

Hija única de un matrimonio proletario y con unas vicisitudes consiguientes ante las muchas necesidades de la vida, la colocó en circunstancias difíciles ante sus progenitores.

Su padre, don Ramón, como le llamaban los chicos de la oficina, era un hombre de una voluntad tan consustancial a sus ideas y convicciones que nada ni nadie hubiera sido capaz de influenciar lo más mínimo en su conciencia para desviarlo del recto camino que él a sí mismo se había trazado.

El padre de Albina era un hombre firme en sus convicciones, convicciones que si bien no tenía costumbre manifestar de una manera desproporcionada, todos los que convivían con él conocían y respetaban, con ese respeto que por si sólo impone el hombre de recta conciencia.

Si alguna vez alguno de los compañeros de trabajo de don Ramón trataba de instigar el fuero interno de aquel hombre serio y respetuoso, acababa por no poder definir bien en concreto sobre aquel criterio poco comunicativo. Había quien lo conceptuaba como un ateo acérrimo, otros lo consideraban como librepensador, consecuente en sus convicciones en todos los momentos.

Para todo había que pensar cuando se trataba de investigar la psicología de don Ramón.

Cuando tuvimos ocasión de conocer a Albina, su hija, ya mujer, ésta nos contó la vida de sus progenitores.

Su padre, don Ramón, hacía ya más de veinte años que prestaba sus servicios en calidad de contable en una entidad bancaria establecida en Barcelona. En esos veinte años de incesante trabajo, se había hecho don Ramón acreedor de los más merecidos respetos por parte de la dirección del establecimiento.

No era don Ramón uno de esos hombres partidarios de los líos y confidencias, cosa que en los despachos está tan a los orden del día; pero a pesar de no ser un "doblegado", la dirección lo tenía en gran estima por su seriedad y celo en el cumplimiento de su deber, como obrero digno.

La vida y conducta de don Ramón en el hogar era mucho más interesante aún que en el trabajo.

Era uno de esos hombres que todo lo fían y confían en el porvenir de las nuevas generaciones. Por eso él, que era un modesto empleado, hizo cuantos esfuerzos estuvieron de su parte para que su hija Albina llegara un día a ser una mujer fuera de regla, dónde la rutina y la ignorancia hacen de la mujer sólo un objeto destinado a la alcoba, cuando es ésta de la clase burguesa, y de la explotación o de la prostitución cuando es obrera.

Cuando en la juventud de don Ramón, las ideas de justicia y fraternidad sólo eran abrazadas por un número de hombres muy reducido, y aun con muchas vacilaciones, él supo de una manera gallarda y concienzuda desafiar todos los peligros y adversidades como lo hacen los hombres de temple.

Su primer paso firme y decidido lo dio don Ramón uniéndose civilmente, cuando el matrimonio civil era una verdadera herejía y estaba considerado como el más grande de los atentados a la moral burguesa y a la religión católica. Sin vacilaciones dio don Ramón ese paso, aun a sabiendas de las funestas consecuencias que tal acto le tenían que acarrear. Inútiles fueron todas las amenazas y vituperios que la gente de sotana y de la sacristía le hacían. A todos hizo oídos sordos. No quiso entretenerse en tirar piedras a todos los perros sarnosos que le salían ladrando en el camino de su vida.

Su mujer, la señora Petra, sí que tuvo muchas vacilaciones antes de ceder a los deseos de su marido. El decir de la gente la tenía muy preocupada y esa preocupación aumentaba de día a día cuando la gente se enteraba de las pretensiones de don Ramón, retirándole la amistad y negándose incluso el saludo las “beatas” del vecindario.

“El federal”, como le llamaban sus amigos íntimos a don Ramón, no quiso, sin embargo, mancillar sus firmes convicciones, que al calor de las ideas del gran maestro Pi i Maragall, había llegado a conquistar con toda su pureza.

Como don Ramón era tan formal y tan bueno, la señora Petra, después de varias intentonas infructuosas para convencerlo, desistió de su empeño, accediendo y casándose con arreglo a la conciencia de don Ramón.

El hecho del casamiento civil fue el primer choque que don Ramón sostuvo con la estupidez ambiente. Otros choques no menos violentos le esperaban aún para el avenir, ya que él no estaba dispuesto bajo ningún concepto a desviarse en lo más mínimo del camino recto de la vida que le había enseñado el maestro.

Cuando se armó el escándalo más grande en el vecindario donde habitaba don Ramón, fue a raíz del nacimiento de su hija Albina.

Nadie, ni aun los más extremistas en cuestiones políticas de aquellos tiempos, llegó tan siquiera a sospechar ni concebir: que don Ramón llegaría a la pretensión suicida (de tal la calificaban) de que su hija no fuera bautizada en la iglesia.

La gente estaba enfurecida y desconcertada, ante la actitud del ateo. Nadie tenía nada que decir de él ni de su mujer, y según todo el vecindario, les tenían en gran estima, porque no había un caso de necesidad y de apuro donde no estuviera don Ramón con todos sus escasos ahorros. Todo eso lo reconocían todos, porque era una realidad; pero aquello de casarse primero civilmente, ya era una cosa muy mal hecha, y en cuanto a no bautizar a la pequeña, era una cosa intolerable. La chusma clerical esta vez no se resignaba ante la voluntad de don Ramón, y constantemente iban envenenando el ambiente del vecindario, para lograr por todos los medios hacer la vida imposible a aquella honrada familia.

Las damas catequistas y el cura de la parroquia cercana, visitaron en distintas ocasiones a la señora Petra, cuando sabían que don Ramón estaba en las oficinas del Banco trabajando. Inútil es decir cuanto "trabajaron" para lograr convencer a la señora Petra para que cediera a bautizar a la pequeña. La chusma clerical decían a la compañera de don Ramón que cediera a ser bautizada su hija, y si es que ella no quería que se enterara su marido, ellos lo harían de forma que nada sabría.

Todo fue inútil. Por su parte la señora Petra ya hubiese cedido en principio, porque consideraba que aquello de no bautizar a la niña era una locura, pero por encima de todo estaba la voluntad de don Ramón, que se oponía a que se cometiera con su hija un acto tan reprobable y tan estúpido, como es el bautismo.

Los cuervos religiosos no se daban por vencidos, cada día era más insistente su pretensión. La señora Petra, por su parte, nada había dicho a su marido sobre las visitas de aquella gente maleante. Conocía bien a su marido, y sabía que si éste se enteraba de dichas visitas, un día saldría seguramente aquella gente de su casa por el balcón.

Para evitar el peligro, la señora Petra había recomendado al cura que no se acercara más por su casa. El cura que, casi como todos los de su profesión, era un hombre de instintos dominantes, dijo a la mujer de don Ramón, que todo lo que él se había propuesto, siempre lo había logrado, creía que en aquella ocasión también lograría sus pretensiones.

Al oír estas palabras, la señora Petra se puso seria y enérgica, y le dijo: "*Le prevengo, tanto a usted, señor cura, como a estas señoras que lo acompañan, que nada de cuando pretenden lograran. Les prevengo que si hasta ahora he tolerado sus impertinencias, ha sido más que por devoción, por delicadeza o por educación; pero desde ahora les hago saber, que no quiero que vuelvan a pisar las baldosas de esta casa, porque, de lo contrario, las cosas pasarán a mayores. Sus absurdas pretensiones, de que bautice a mi hija son el consentimiento de su padre y contra su voluntad, es algo que niega la bondad y respeto de las doctrinas cristianas que ustedes saben mancillar como lo hicieron los mercaderes y los fariseos del templo. Y ahora, a la calle*".

Viendo los "enemigos del prójimo" que por el camino emprendido ya nada de bueno lograrían, recurrieron a otros procedimientos más bajos y ruines aún, para perjudicar de una manera encubierta, aquella gente honrada.

El cura y las damas estropajosas se enteraron quién era el propietario de la casa donde habitaba don Ramón y fueron a visitarle. En su visita le indicaron al propietario de la finca, la necesidad de que dicha familia fuera inmediatamente echada de la casa. El casero, que era un "buen cristiano", reconoció las "razones" que los religiosos le expusieron, conviniendo con ellos que en su finca no podían habitar gente tan hereje, dando tan malos ejemplos a los demás vecinos.

Pocos días después, don Ramón y la señora Petra tuvieron la inesperada visita del casero. Este, de una manera velada y encubierta, planteó la cuestión al matrimonio.

Don ramón, que era un hombre precavido, y que conocía a fondo a la mala gente, comprendió inmediatamente de lo que se trataba y vio la celada de parte de donde venía. Entonces, inmediatamente, entró en el fondo de la cuestión:

- Bueno, vamos a ver- le dijo al casero-. Hace más de veinte años ya mis padres habitaban este piso, ¿no es cierto?

- Si, señor don Ramón, es cierto- respondió el propietario.

- Bien. ¿Se le debe a usted alguna mensualidad atrasada, desde entonces hasta la fecha?

- No, don Ramón, nada se me adeuda en esta casa.

- Pues, siendo así, habrá de convenir conmigo, que es esa la única cosa que a usted le puede interesar, en lo que a mí respecta. Lo demás, lo que atañe al seno de mi familia, a nadie más que a mí le está reservado el derecho a resolverlo.

- Es que, don Ramón, yo debo velar por las buenas costumbres, por el buen ejemplo.

- Nada, señor. ¿No tiene usted nada más que decirme respecto a su finca?

- No. Sólo me traía a esta casa lo que acabo de exponerle.

- Así, puede usted retirarse, y sea usted en religión cristiana, protestante, o la religión que más guste. Yo, por mi parte, haré lo que mi conciencia me dicte, sin influencias extrañas.

Fácil de comprender que con un temperamento y una voluntad como la de don Ramón, todos los líos de confesionario o de lavadero, tenían que estrellarse como se estrellan las olas del mar ante la roca inconmovible que las desafía.

Con la inquebrantable decisión de don Ramón de no dejarse amedrentar por la hidra religiosa, en el caso de su hija como en los demás casos, y con el apoyo de la señora Petra, que, al fin, ya se había dado cuenta de sus errores, los cuervos de la mentira se vieron obligados a retirarse a sus oscuras cuevas, fracasados en sus intentos malsanos.

Desde entonces en adelante la casa de don Ramón fue mirada por la gente ignorante y tímida con gran recelo, debido a la mala labor sembrada en la iglesia y en el colegio de aquella barriada.

Aquel ambiente fue, sin embargo, desvaneciéndose a medida que la conducta, siempre intachable, de don Ramón y la señora Petra fueron imponiéndose por la lógica.

La pequeña Albina fue creciendo y desarrollándose al calor de los senos de su madre y de las caricias de su padre, convirtiéndose en el ídolo, ya no solamente de su casa, sino que también de los que vivían a su alrededor. Todos la querían con delirio por su gracioso modo de ser. La señora Petra se veía obligada a todas horas a recorrer el vecindario en busca de la pequeña, que nunca estaba en casa; y su madre gozaba de tener una hija tan querida por todos.

El tiempo fue transcurriendo sin precipitaciones, y cuando don Ramón comprendió que la niña ya tenía la edad para ingresar en un colegio, habló con un amigo suyo de la infancia para que él, como competente en materia pedagógica, le indicara un profesor que educara a la pequeña de una manera racional, donde no hubiera peligro que le embotaran los sentimientos con la religión y otras ñoñeces propias de las escuelas nacionales de nuestro país.

El desarrollo intelectual de la pequeña Albina en el colegio se verificaba de una manera normal, pero sorprendente. Albina, en poco tiempo, según manifestaciones del maestro, se convirtió en la discípula sobresaliente de la clase.

Don Ramón estaba muy ufano y satisfecho de su obra, ya que él siempre había acariciado un porvenir bello y ejemplar para las futuras generaciones.

- ¡Ay de los tiranos y de los verdugos del pueblo! - Decía don Ramón - el día que los trabajadores se den cuenta que la base más solida del porvenir de sus hijos radica en la educación integral de los mismos. El día que los esclavos del salario se den perfecta cuenta de ello, aquel día los cimientos artificiales en que descansa la sociedad decadente actual, se desmoronaran, arrastrando consigo todas las concupiscencias humanas. Sólo hace falta una minoría selecta que se dé perfecta cuenta de las condiciones moral y material en que hoy vive el pueblo productor, para que todos los absurdos que actualmente nos agobian y envilecen, dejen de existir para siempre. Entonces la verdad y la justicia, en el sentido más puro y bello de las palabras, se abrirán paso, arrollando en el camino todos los males que nos agobian hoy.

Siempre razonaba así don Ramón, aquel hombre que la gente no sabía si era sólo un ateo o un librepensador.

Un día, de una manera inopinada, después de haber transcurrido muchos años sin que la paz del hogar de don Ramón fuera turbada por ningún grave acontecimiento, de una manera brusca fueron poco menos que paralizadas todas las actividades de la casa.

Don Ramón y su hija Albina, que nunca habían faltado, el uno a la oficina y la otra a la escuela, dejaron de asistir ambos a sus tareas habituales. Era debido a ello a que la señora Petra se había sentido enferma de una manera brusca y se había puesto en cama. Avisando al médico, éste manifestó, tanto a don Ramón como a Albina, que el estado de la enferma no inspiraba, de momento, ninguna inquietud. Dijo que, de no haber complicaciones, sólo sería cuestión de unos días.

Albina estaba muy triste ante la enfermedad de su madre y don Ramón trataba por todos los medios de animar a su hija:

- Anda, tonta, que eso no es nada. Ya ves lo que ha dicho el médico: cuestión de un resfriado, unos días de cama y todo habrá pasado.
- Si, papá, ya he oído lo que ha dicho el médico, pero la veo tan abatida que, verdaderamente, siento por ella gran inquietud. Por otra parte, tú ya sabes que los médicos muchas veces se equivocan.

La intranquilidad de Albina era bien fundada. Era indudable que el médico se había equivocado, ya que su madre decaía por momentos. La señora Petra se agravaba y no había mano humana que le arrancara de la muerte.

Todo cuanto se hizo por salvar a la madre de Albina fue inútil. Al tercer día de la enfermedad, la señora Petra dejó de existir, dejando paso a las nuevas generaciones que, como ella, también irían extinguiéndose en la constante renovación de la vida.

Cuando murió la señora Petra, su hija Albina contaba con quince años de edad. La falta de la madre en el hogar, a parte de los efectos familiares siempre tan queridos, apenas se hizo sentir. Albina, en años era una chiquilla, pero en aptitudes y experiencias era ya una mujer.

Después de la muerte de su madre, Albina consultó con su padre, haciéndole saber que ella podía dejar de asistir a clase para dedicarse por entero a cuidar de la casa, así él estaría más bien asistido.

Don Ramón, que por nada del mundo pensaba sacar a su hija del colegio, le contestó que de momento lo que le interesaba era que prosiguiera estudiando. Luego, ya veremos – le dijo.

Conforme a la voluntad de don Ramón, que también era la voluntad de Albina, está prosiguió sus estudios de taquigrafía y mecanografía.

Después de algún tiempo, Albina fue dada de alta en los estudios. Los maestros le dijeron que en aquel colegio ya nada tenia que aprender, y, que por lo tanto, debía aprovechar el tiempo en otros colegios de estudios superiores o, por el contrario, si ella y su padre querían, ellos

mismos le proporcionarían una buena colocación en alguna casa de comercio, dónde sería bien retribuida.

La discípula, después de agradecer a sus maestros el interés que por ella se tomaban, les notificó que consultaría con su padre y vería él las determinaciones que tomaría.

Efectivamente, Albina consultó con su padre ante la proposición de los maestros, y don Ramón, que aspiraba a que su hija no dejara , mientras él pudiera, de estudiar, le dijo que de momento no pensaba meterla en ningún despacho por muy buenas que fueran las condiciones de trabajo.

- Ya te buscaré yo faena, no te apures- le dijo don Ramón- . Ahora descansa unos días, luego ya veremos. Oye, Albina ¿ no te gustaría aprender inglés?

- Desde luego que me gustaría mucho papá, pero tú debes tener en cuenta que yo debo trabajar, que debo ayudarte.

- No seas tonta, nenita mía. Tu dices que debes ayudarme, que debes trabajar, y no te das cuenta que tú haces toda la faena de casa sin que nadie te ayude en lo más mínimo. ¿Acaso eso no es trabajar? Yo creo que, una vez que es también de tu agrado, debes ingresar en una academia. Mira, Albina, cuando yo me muera, no te dejaré ninguna fortuna, porque los que viven del trabajo y ganan el pan con el sudor de su frente no amasan fortuna, pero yo quiero que la tuya sea una fortuna sólida y duradera, una de esas fortunas que desconocen y desprecian los que por fortuna sólo tienen como tal el dinero. Quiero que tú tengas por fortuna un buen caudal de conciencia, de inteligencia y de bondad. Esa ha de ser tu fortuna. Bien, Albina, no hablemos ya más por ahora, de esta cuestión. De momento debemos concretar la cuestión de tu ingreso en la academia de idiomas. Así podrás ir completando tus estudios.

Días después, Albina ingresó como discípula en una academia práctica de inglés.

El tiempo fue transcurriendo y los estudios de Albina se desarrollaban con normalidad, hasta que un día quedaron definitivamente interrumpidos.

El padre de Albina se encontraba enfermo. Ante ello nada más lógico que su hija le cuidara. La enfermedad de don Ramón fue larga y ligera, con pequeñas variantes.

Albina apenas si salía un momento de casa apara hacer las compras más necesarias.

Los días transcurrieron, sucediéndose los unos a los otros, y don Ramón no experimentaba ningún cambio brusco en su enfermedad. No obstante, las facciones de su rostro iban pronunciándose cada día más.

Era don Ramón como aquellos cuerpos que día tras día y hora tras hora, van disecándose por la acción del tiempo.

Su vida se iba desvaneciendo de su cuerpo como se desvanece la niebla matutina por la fuerza cada vez más potente de los rayos solares.

Albina, que observaba angustiada el fenómeno desgarrador que se manifestaba en su padre, viendo que aquella antorcha que durante toda su existencia no había dejado de alumbrarla un momento se apagaba, se sentía abatida y desconsolada.

Entre la desgracia, menos mal que cada fin de mes el director del banco donde don Ramón prestaba sus servicios, iba a visitar al enfermo y le llevaba su correspondiente mensualidad. Don Ramón, por su parte, le estaba muy agradecido y siempre que el director del banco se presentaba en su casa le daba evidentes pruebas de su profunda gratitud.

Comprendía el enfermo que sin el haber mensual que recibía con regularidad escrupulosa, su enfermedad le hubiera sido mucho más penosa, tanto a él como a su hija.

Por eso el enfermo se esforzaba en dar grandes pruebas de gratitud a los que con él se portaban de una manera tan digna, aunque él se merecía eso y mucho más.

El momento fatal se iba acercando para don Ramón. La cosa ya no tenía remedio. Todo cuando se hiciera se advertía de antemano que era inútil, ante la muerte impecable que llamaba a las puertas de la existencia del enfermo con grandes aldabonazos.

Albina se encontraba materialmente abatida ante las perspectivas del fatal desenlace. Muchas veces, en las horas de reposo y de meditación, se preguntaba a sí misma qué sería de ella al faltarle su padre, sin tener a nadie a su lado capaz de comprenderla y alentarla.

No era porque Albina fuera débil y mucho menos se sintiera vencida. Ella, ante la muerte de su padre veía en perspectiva una nueva ruta, y ese nuevo camino que iba a emprender era lo que la tenía un tanto preocupada.

Un día, en una de las visitas que el director del banco hacía al enfermo, éste, que a pesar de su decadencia física conservaba todo el conocimiento y toda la serenidad que siempre le había caracterizado, le habló en los siguientes términos:

- He esperado en vano, don Enrique, hasta este momento para ver en qué quedaba mi estado de salud. Hoy, viendo que la hora se acerca, viendo que los días de vida son para mí ya contados, voy a pedirle un favor, que será el primero y último de mi vida. Como usted puede ver, don Enrique, mi situación de salud es ya desesperada. Yo pertenezco ala tierra y ella me reclama con el imperativo lógico y natural de la muerte.

- Hombre, don Ramón, no sea usted tan pesimista consigo mismo.

- Escúcheme un momento, don Enrique, que no está en mi animo molestarle mucho tiempo. Usted por experiencia sabe ya cómo soy, y eso basta para que usted se haga cargo de este momento supremo. Como ya le he dicho, yo tengo los días de mi vida contados y pronto dejaré de existir. No es eso, sin embargo, lo peor del caso. Si yo fuera solo en esta casa, la muerte que me arrancara de ella pronto no tendría apenas ninguna importancia, y estas palabras mías sobrarían porque serían inútiles.

Usted sabe, don Enrique, que yo tengo una hija, esa hija, aunque es fuerte e inteligente, es posible que al faltarle su padre, necesite apoyo de alguien, y en ese caso yo creo que la persona más indicada para prestarle ese apoyo es usted.

- Puede usted indicarme sin rodeos lo que yo puedo hacer por su hija y se cumplirá su voluntad, don Ramón.

- Yo con esto sólo trato de evitar, don Enrique, que mi Albina pueda ser víctima de cualquier director o jefe desaprensivo, donde encuentre colocación, que la explote sin conciencia, haciéndola trabajar mucho y retribuyéndole mal.
- Así, el favor que para mí no es tal favor, estriba en que yo coloque a su hija en el banco , ¿no es eso lo que usted desea?
- Efectivamente; es eso lo que yo deseo de usted.
- Bien, pues eso lo tiene de antemano concedido, y conste que eso no es ningún favor, sino que es un deber para mí.

Don Ramón, estrechando las manos del director del banco con lágrimas en los ojos le dio las gracias sin pronunciar palabra.

Pocos días después don Ramón dejó de existir, cómo él ya lo había pronosticado.

Albina no experimentó gran sorpresa ante el fatal desenlace. Hacía ya tiempo que estaba preparada para recibir el golpe final.

El entierro del cuerpo de don Ramón fue civil, con arreglo a su voluntad y a la de su hija.

Esa fue la ultima prueba que aquel hombre de gran temple dejó como recuerdo palpitante a los que lo conocían y lo consideraban como un apóstol de la razón suprema.

***

Cuando murió su padre tenía Albina veinte años de edad. Física y moralmente estaba entonces la joven en plena lozanía.

Sus ojos granadinos, bellos y misteriosos como los de un águila, atraían, al mirarlos, al recuerdo de otras generaciones ya remotas que perduraron en España durante muchos siglos, haciéndola bella y grande.

Sus cabellos, rubios como los rayos solares de un crepúsculo, se amontonaban sobre la bóveda craneana de una manera desordenada, siempre rebeldes e indomables.

Sus labios rojos, bien modelados, finos como el mármol pulimentado, cubrían cual velo rojo sus dos hileras de dientes diminutos y nacarinos que quedaban al descubierto cuando la alegría inundaba el rostro bello de la joven.

Eran sus senos firmes, erigiéndose sobre su pecho, bien proporcionado, con gallardía virginal y parecía que iban a estallar al menor roce con otro cuerpo palpitante.

El cuerpo de Albina era magnífico, sólo comparable con el cuerpo perfecto de una Friné. Era bella de cuerpo y alma.

Con arreglo a la voluntad de don Ramón, Albina fue colocado en el banco y a las órdenes de don Enrique.

Albina, que de carácter era, a más de bella, jovial y nada orgullosa, logró en seguida captarse las simpatías de toda la dependencia del establecimiento. Era la joven tan tolerante con todos y con todo, que debido a ello, su mesa de trabajo se veía siempre rodeada de varios de los jóvenes, que todos, el cual más, se creían el preferido de la hermosa mecanógrafa.

Albina, por su parte, dentro de la corrección, procuraba hacer sentir su capacidad intelectual y moral por encima de todos aquellos pobres diablos, que sólo hablaban de modas y otras ñoñeces por el estilo, cosa de las cuales Albina vivía distanciada.

Poco a poco todas aquellos insulsos pretendientes fueron dándose cuenta que Albina no era la mujer de sus sueños. Albina para ellos se mantenía como un coto cerrado.

En poco tiempo logró Albina imponer el respeto debido a cuantos la rodeaban; allí quedó de nuevo inmaculada la imagen y semejanza de don Ramón. Todos los empleados decían: es como su padre. Al decir esto, lo decían con gran respeto para ambos.

Don Enrique, el director del banco, estaba verdaderamente satisfecho de la conducta de Albina en el trabajo.

La vida de Albina se desarrollaba sin grandes alternativas, en completa normalidad. Si de lo que ganaba de su trabajo le sobraba algo al fin de la mensualidad, la mayor parte de los ahorros los dedicaba a comprar libros que, luego de leídos, los dejaba en su bien nutrida biblioteca,

junto a los que su padre le había dejado como única herencia, o bien los entregaba como donativo a las entidades más afines a sus convicciones ampliamente racionales. También dedicaba Albina parte de sus ahorros a remediar las necesidades de las personas que por diferentes motivos vivían en la miseria y en la desesperación. El espíritu de solidaridad estaba muy desarrollado en ella.

***

Un día de manera inopinada, fue llamada Albina al despacho particular del director del banco.

Una vez en presencia de don Enrique, éste le dijo:

- La he llamado para hablarle de una cuestión que creo no dejará de interesarle. Se trata que hace unos días estuvo en este despacho el conde Robledal, para encargarme de una cuestión para mí muy delicada. Dicho señor me encargó la misión, cómo ya le digo, delicada, de buscar una joven de toda mi confianza para que inmediatamente se pusiera a sus servicios como secretaria particular. Como usted puede comprender, Albina, el caso es muy delicado, por tratarse del conde de Robledal, que como usted ya sabe, es el cuentacorrentista más fuerte de este establecimiento bancario.

- ¿Y que puedo hacer yo para ayudarle, don Enrique?

- Usted, Albina, puede hacerlo todo para que yo pueda salir airoso de este compromiso. Después de unos días de meditación he pensado que la persona más indicada que yo necesito para desempeñar ese cargo es usted. He de advertirle que las condiciones de trabajo y retribución que el conde le hará serán seguramente inmejorables. En cuanto al trato ya no hay que hablar, por tratarse de quien se trata. Por otra parte, debo participarle lo mucho que siento que el conde me haya honrado con el encargo de buscarle secretaria, pues a ser sincero he de decirle que lamento mucho mi actual situación, ya que sus servicios me son tan útiles

y necesarios, que si usted acepta la oferta que por encargo del conde acabo de hacerle, lo sentiré tanto como si no lo acepta.

- Supongo, don Enrique, que me permitirá la libertad de tomarme unos días de tiempo para determinar y precisar lo que más me conviene hacer ante su ofrecimiento.

- Desde luego, yo ya contaba con eso, Albina. Yo no trato de causarle ningún prejuicio, sino todo lo contrario. Tómese el tiempo que crea necesario para determinar en concreto.

Albina pronto lo tuvo pensado y resuelto. Ella desconocía el ambiente que se respira en las entidades de los que, por poseer un título nobiliario, se creen superiores a los demás mortales, llegando hasta el absurdo más descabellado de creer poseer sangre distinta en las venas. La curiosidad y el interés de saber, más que otros motivos, atrajeron a la joven hacia su nuevo empleo.

Después de tomar definitivamente Albina la resolución a la proposición, comunicó a don Enrique su conformidad en aceptar la secretaría del conde.

# CAPITULO II

## *Nuevo ambiente y nueva vida*

Convenido ya con el conde, días después don Enrique y Albina fueron a visitarle para determinar las últimas formalidades y condiciones de la nueva empleada.

La hacienda del conde del Robledal estaba situada a pocos kilómetros de Barcelona.

Vivía el conde y su familia en un viejo castillo feudal, construido estilo Renacimiento, que mirado a distancia parecía un inmenso montón de ruinas.

La finca estaba enclavada en un coto cerrado, desde donde se dominaba toda una inmensa llanura poblada de espesos bosques, todo lo cual pertenecía de una manera "indiscutible" a la familia condal.

Los terrenos pertenecientes al dominio condal estaban semi-amurallados. Por las grandes vertientes de los barrancos que los rodeaban había construida una espesa alambrada con alambre de púas que impedían de una manera "infalible" el acceso a todas las personas ajenas a la casa. Por si ello no era lo suficiente para detener al caminante a través del lugar del dominio, pendientes de los árboles más corpulentos había unos letreros de madera con una inscripción que decía: "terrenos acotados".

Todo aquello, a pesar de los tiempos transcurridos, continuaba siendo lo que siempre había sido, un deudo impenetrable.

Llegados que fueron al castillo, don Enrique y Albina fueron amablemente recibidos por el conde que, por lo visto, ya esperaba a los recién llegados.

Albina, espíritu analítico, se puso a observar al conde (al que aún no conocía personalmente), sacando de su aspecto físico una mala impresión.

Era el conde de Robledal bajo de estatura, pálido de semblante, de pecho deprimido y su cabeza era grande y deformada. A primera vista, al mirar sus ojos daba la impresión de ser un hombre de una voluntad extremadamente inquietante, pero luego, en el trato, se observaba fácilmente que el conde de Robledal era física y moralmente un vencido por la vida.

Albina, al conocer al conde personalmente, decidió rechazar de plano el empleo, porque consideraba que le sería muy difícil poder convivir en aquella casa. Una lógica fundamental, el compromiso adquirido con don Enrique, le ataba, sin embargo, por el momento a su nueva situación.

Un recurso quedaba, a pesar de todo, para que Albina pudiera desligarse de aquel compromiso.

Faltaba ultimar las condiciones de trabajo y de retribución ante el conde, y Albina, al tratar de esta cuestión, pensó que podía fácilmente romper con el compromiso, exigiendo del conde condiciones que él no aceptaría por creerlas exageradas, prescindiendo así de su servicios.

Todo fue inútil. Cuanto pidió Albina le fue concedido sin reparos, dándole además toda clase de facilidades en su nuevo empleo. El conde incluso le brindó su "Hispano" por si quería Albina continuar viviendo en Barcelona sin grandes molestias.

Después de convenido todo, Albina se instaló definitivamente en el castillo. Prefería ella, que era tan amante de la Naturaleza, vivir una temporada en aquellos dominios entre bosques y arbustos salvajes. Luego, al tiempo determinaría sobre el porvenir.

Así fue como Albina se alejó un tanto de la gran ciudad, donde la gente vivía inconsciente, en perfecto carnaval.

Es tan confusa y extravagante la vida en las grandes ciudades, que si el individuo se detiene un momento a examinar esa vida, se siente completamente anulado en medio de la incongruencia más contumaz.

En la ciudad todo se manifiesta como un contraste fatal. El olor hediendo de las cloacas en estado de putrefacción, se confunde en las grandes avenidas, con el olor exquisito de los perfumes exóticos de la clase burguesa recién salidos del tocador. La miseria más espantosa de los desheredados que todo lo producen, se confunde también con la gran opulencia de los privilegiados de la fortuna, que todo lo derrochan en lo más superfluo y banal. El palacio más colosal de la creación humana, se erige también en la ciudad con el orgullo del poderoso, ante la choza, más inmunda y miserable, en la que los parias del trabajo dan con sus huesos después de largas y extenuadoras horas de trabajo.

Todo eso y muchos otros contrastes más los observaba Albina en la ciudad y los recordaba en el campo, en plena Naturaleza.

La familia condal estaba compuesta de tres personas. El conde, su mujer, la condesa Mercedes, y un hijo de diez y siete años, llamado Andrés.

Según las "malas lenguas", Andrés, el hijo del matrimonio condal, había venido a la familia muy tardíamente y de una manera inesperada. Según se rumoreaba entre la servidumbre más vieja del castillo y más enterada de las cuestiones íntimas de la familia condal, aquel hijo había sido consecuencia delatora de un desliz de la condesa con un jardinero del castillo, un joven muy robusto y bien educado.

El caso ocurrido entre la condesa y el jardinero, según se afirmaba, era una consecuencia lógica y natural de la vida.

La condesa vivía una vida verdaderamente sepulcral entre los gruesos y desnudos muros de aquel castillo. Se afirmaba que el conde tenía para su mujer un carácter agrio y estúpido, que la colocaba en condiciones verdaderamente anti-humanas.

Por otra parte, la condesa era una de esas mujeres de temperamento fuerte y sensible, temperamento que tenía que ser frenado ante la impotencia viril de su marido.

Cuando después de romper las amarras del absurdo por parte de la condesa, vino el hijo inesperado, el conde se manifestó con ella tirano e irreductible. En principio trató por todos los medios que la condesa abortara, expulsando de sus entrañas al hijo anhelado, pero sus crimi-

nales propósitos se estrellaron ante la voluntad resolutiva de la madre dignificada.

Más tarde, ante la tenaz resistencia de la madre a destruir al hijo que llevaba en sus entrañas, el conde adoptó una posición más cómoda y razonable a la vez.

El conde se dijo:

- Nadie más que yo y mi mujer sabe que yo no empleo por impotente la función que me está encomendada en mi papel de macho, pues bien, venga ese hijo de mi mujer, le daré mis apellidos y de hecho queda la cuestión solucionada.

Por otra parte, el conde aparentemente quedaba en situación favorable ante los que le creían impotente, ya que la realidad del hijo venía a borrar las apariencias de los que "maliciosamente" hacían suposiciones más o menos fundamentadas.

- Después de haberle dado el nombre nada me unirá ya a ese "bastardo" que mi mujer lleva en las entrañas – se dijo el conde.

Efectivamente. Si no hubiera sido por su madre, Andrés hubiera llegado a ser hombre sin saber leer ni escribir. Tal era el abandono del conde ante el que representaba ser su hijo. Ante la sociedad burguesa.

Sin embargo, tal caso no se dio. Allí estaba siempre la madre atenta y vigilante ante la suerte del hijo que no abandonó un solo momento, tanto siendo niño como ya de adulto.

La vida de Andrés se desarrollaba en el castillo libre como la de los pájaros. Apenas conocía la ciudad y si alguna vez había ido a Barcelona siempre lo había hecho acompañado de su madre, que no lo dejaba un momento solo.

A los diez y ocho años estaba Andrés tan crecido y desarrollado ya, que era un hombre en toda la amplitud de la palabra. Sólo faltaba despertarse en el joven deseo de ver y conocer el mundo con todas sus bellezas y todas sus calamidades. Ello despertaría seguramente más y

más en Andrés la cualidad ya innata en él, que era la de poseer unos sentimientos en extremo altruistas.

Entre los semi-vasallos del castillo feudal no era Andrés el señorito déspota y tirano, cosa inherente a la casta feudal, sino que, por el contrario, Andrés, era el compañero y el amigo de corazón de los trabajadores de aquellos dominios. La madre de Andrés, mujer que siempre había vivido la vida amarga del despotismo del hombre inconsciente, supo imprimir en el hijo aquel sello de bondad para que su retoño no fuera jamás lo que había sido el que representaba ser su padre.

En tales condiciones encontró Albina el feudo de los condes de Robledal cuando entró en él a prestar sus servicios como secretaria particular.

Pronto tuvo Albina organizado el gabinete de trabajo en el despacho del conde. Su trabajo sólo consistía en contestar algunas cartas sin importancia dirigidas al conde y repasar algunos recibos y facturas, todo lo cual despachaba ella en breves momentos. El conde, por su parte, apenas molestaba con trabajo durante días y semanas enteras. Don Enrique tenía razón al decirle a Albina que el trabajo sería muy escaso y que en el castillo sería considerada como miembro de la familia.

Viendo Albina que el trabajo que le estaba reservado realizar en el despacho del conde le permitía poder dedicar la mayor parte del día al estudio y a la lectura, decidió trasladar todos los libros que aun conservaba en su casa al castillo, para así poder dedicarse a estudiar tranquila y reposadamente en plena Naturaleza. Así podría aprovechar todas las horas libres que su nueva posición la permitía.

Poco tiempo pasó para que Albina llamara la atención de Andrés. Pocas palabras se habían cruzado mutuamente entre los dos jóvenes, pero en lo poco que Andrés había hablado con Albina había podido comprobar que era ésta mujer que conservaba y cuidaba una educación y unos modales sencillos, pero delicados.

Muchas veces, al ver Andrés que Albina leía incesantemente, con un interés verdaderamente extraordinario, él se preguntaba:

- ¿De qué trataran eso libros que Albina lee con tanto afán y entusiasmo? ¿Será lo mismo que lo que tengo en mi biblioteca, que sólo tratan

de príncipes y tronos? ¿Y si le pidiera que me prestara alguno de esos libros?

Así pasó Andrés algún tiempo sin decidirse resueltamente a pedirle a Albina alguno de sus libros para leer.

Albina, que por su parte no se le escapaba el más pequeño detalle de cuanto ocurría en el castillo, esperaba la ocasión propicia para sembrar en Andrés la semilla de la ideas de redención humana.

Los días pasaban y Andrés procuraba cada día más cultivar la amistad de Albina. Un día, cuando Albina se encontraba recostada sobre una hamaca que pendía del tronco de dos árboles milenarios leyendo un libro, Andrés se acercó a ella con el deliberado propósito de pedirle prestado uno de aquello libros que, al parecer, ella leía con tanto interés.

Albina que por su parte estaba ansiosa de poder al fin iniciar al joven, cuando éste se detuvo ante ella y puso la vista en el libro que tenía en sus manos, se lo ofreció espontáneamente.

Cuando Andrés tuvo el libro en sus manos inmediatamente consultó el título y el autor.

En primer pagina se leía: Pedro Kropotkin. "*Palabras de un rebelde*".

- ¿Es bonito este libro, Albina?

- De bonito no sé si encontrará algo en él, Andrés, pero lo que es de útil y sustancial, encontrará mucho.

- Bien, Albina, muchas gracias. Cuando lo haya leído ya se lo devolveré.

Aquel día Albina no vio más a Andrés. Por tal motivo, no pudo preguntarle, como ella deseaba, si le gustaba el contenido del libro.

Al día siguiente por la mañana Andrés se presentó con el libro y lo devolvió a su amiga, después de darle las gracias.

Albina, extrañada por aquella rápida devolución, casi no tuvo ánimos de preguntarle si le había gustado su contenido.

Andrés cortó aquel silencio embarazoso, rogándole a Albina que hiciera el favor de dejarle, si es que tenía, algún otro libro del mismo autor.

- ¿Le ha gustado el libro que acaba de leer?
- Mucho, Albina. Me ha gustado mucho.

Entonces Albina le dejó otro libro del mismo autor, con arreglo al deseo de Andrés.

El título no era menos sugestivo que el anterior. "*Campos, fabricas y talleres*". Luego, también leyó Andrés "*La conquista del pan*" y otros libros del mismo autor.

Uno tras otro fue Andrés leyendo y conociendo casi todos los autores teóricos de la nueva sociedad en gestación. Así fue como Albina fue preparando la mentalidad de aquel joven, sano de mente y robusto de cuerpo.

Muchas veces pensaba Albina ante la realidad y se decía a si misma:

- La estupidez del conde frente a su hijo da como consecuencia lógica que este joven generoso quede abandonado a su propia suerte, esa coyuntura me permite poder sembrar la sana semilla de las ideas de redención humana en ese campo ya de sí abandonado para germinar en él las grandes causas. La consciencia delicada de ese joven, virgen como estos vastos dominios, me pertenece por entero. Mientras yo esté en esta hacienda nada ni nadie, por muchos esfuerzos que realice, logrará desviar sus pasos del recto camino que de una manera concienzuda lleva ya en sí trazado.

La voluntad de Albina era firme, y su firmeza contribuía de una manera eficaz y poderosa a arrancar de las garras del enemigo a una víctima de pasiones insanas.

- Oiga, Albina, tengo que hacerle unas preguntas.
- Usted dirá, Andrés.

- ¿Es cierto cuanto dicen esos libros que usted me deja? ¿ Todo cuanto en ellos se dice sucede en la vida del hombre civilizado?
- Esos libros están escritos del fondo más real e hiriente de la vida miserable del hombre. Si hay una verdad única, que yo creo que la hay, Andrés, la única verdad de la vida del hombre está magistralmente reflejada en los sanos pensamientos expuestos en esos libros de páginas vibrantes.

Más tarde, en la meditación reposada, se decía Albina a sí misma:

- No me extraña que Andrés me haga esas preguntas. Reconozco perfectamente que este muchacho sano y robusto de cuerpo, ha nacido y se ha desarrollado en estos dominios ignorando por completo el cúmulo de concupiscencias que hoy vuelven al hombre envileciéndolo. Pronto se dará cuenta exacta de la realidad latente, y entonces mi obra habrá quedado definitivamente consolidada.

Esas consideraciones las hacia Albina gozosa, porque sabía que en breve Andrés tendría ocasión de comprobar en su propia casa hechos de verdadero desbordamiento, de pasiones insanas. El conde de Robledal, desde hacía algún tiempo, venía organizando una gran montería que tendría lugar en breve en todos aquellos dominios.

Era por eso que Albina se decía a si misma que pronto Andrés se daría cuenta de la realidad sin necesidad de salir de aquel feudo.

Los progresos y la inquietud operados en la mente de Andrés desde hacía algún tiempo, eran bien notorios. Era tan real ese fenómeno, que hasta la madre de Andrés, que viví apartada de las inquietudes íntimas de su hijo, notaba que Andrés se transformaba visiblemente al correr de los días. Quien notaba más íntimamente esos progresos era Albina, que se sentía vivamente recompensada por sus esfuerzos.

La montería será uno de los toques más efectivos que influirán más poderosamente para reforzar la gran realidad que Andrés ha visto hasta ahora sólo esbozado en los libros por los grandes teóricos del pensamiento. Ya verá Andrés que mientras esos señoritos calamitosos que van

a venir, todo lo derrochan sin producir nada, los obreros que tanto producen carecen de lo más imprescindible para mal vivir. El mismo podrá comprobar por sus propios ojos la gran desigualdad moral y económica que envilece y denigra a la presente sociedad capitalista.

***

En pocos días tuvo Albina ultimados los trabajos de invitación que el conde le iba indicando, junto con algunas otras pequeñeces que el caso requería.

Lo más "selecto" de la nobleza barcelonesa y también de provincias fue invitado por el conde, y pronto se reunirían en libre y desatada francachela dispuestos a exterminar cuantos animales y cosas se pusieran al alcance de sus armas homicidas.

¡Cuan lejos estaban de pensar los pobres animales inofensivos lo que les esperaba! Pronto entrarían a saco en sus moradas tranquilas, gentes extrañas e insensibles a todos los dolores, aunque éstos fueran los dolores humanos.

- ¿Sabe usted, Albina, para qué día está anunciado el principio de la montería?

- El día fijo no lo sé, Andrés. ¿Piensa usted acaso tomar parte en ella?

- No, Albina. Yo no puedo tomar parte en ese acto de barbarie. No quiero ni puedo convertirme a sabiendas en verdugo de esos pobres y pacíficos animales que corren libres por estas montañas y llanuras, los cuales, como usted ya sabe, me son tan fieles y queridos. Usted lo ha visto ya más de una vez. Los pájaros acuden a mis llamadas a coger de las manos la comida que les doy. Cuando paso por los caminos, las liebres que están pastando me ven y no huyen, y hay algunos de los jabalíes que me siguen amigablemente grandes distancias porque saben que yo no les he causado nunca el menor daño.

- Sí, ya sé que cuanto dice es verdad, Andrés, y le pido perdón por mi pregunta indiscreta.

- No se trata de eso, Albina. El preguntarle yo la fecha indicada para ese acto desagradable es porque desde que usted me indicó que iba a celebrarse la montería veo que acuden a mi mente recuerdos muy lejanos, recuerdos que no dejan de inquietarme profundamente.
- ¿Recuerdos lejanos?
- Si, recuerdos lejanos, Albina. Siendo yo muy pequeño, recuerdo de una manera imprecisa que en este castillo se efectuó otra bacanal como la que ahora se va a celebrar. También recuerdo que no sé lo que pasó, pero el caso fue que la servidumbre de esta casa estuvo por espacio de mucho tiempo sacudida por un profundo disgusto. Hubo una familia que quedó destruida para siempre, de resultas de aquellos hechos. De todo cuanto a esta cuestión se refiere, yo, hasta hace poco, sólo tenía de ello una visión infantil, pero ayer, por casualidad, se desvaneció lo que para mí hasta ahora parecía un enigma. No sé como ni porque conducto, pero el caso es que todos los obreros del castillo se han enterado ya que próximamente va a celebrarse la proyectada montería.
- ¿Lo saben ya los obreros, Andrés?
- Si, lo saben con toda clase de detalles, y de ello hacen también toda clase de comentarios desfavorables y desagradables, desde luego. Ayer por la mañana me encontraba yo leyendo recostado sobre la calzada que rodea el lago de las perdices, y oí que Blas, el viejo guardabosque, hacía un relato histórico a Perelló, el mozo de labranza. El viejo Blas estaba sentado en el muro y se le acercó Perelló, que le dijo estas palabras:

- ¿Se ha enterado usted, Blas, que dentro de unos días va a celebrarse una gran fiesta en la hacienda?
- Si, hombre, dicen que va a celebrarse una gran montería. Ya es menester que las liebres, los jabalíes y también los lobos afilen las uñas para correr. Están muy tranquilos por estos dominios como si fueron los amos de la hacienda. Ahora les van a dar una buena batida. Los que van a venir son todos buenos tiradores y llevan buenas armas.
- Es cierto lo que acabas de decir Perelló. Esos que van a venir son buenos tiradores y llevan buenas armas, y en su perdida no vacilan en cazar cuantas víctimas se cruzan en su camino. Los animales que co-

rren tranquilos y confiados por esta hacienda ya pueden las uñas para correr, pero los que estamos aquí, que no somos precisamente animales salvajes, también debemos afilar, no solamente las uñas, sino los dientes también para morder si es preciso.

- No lo entiendo, Blas, no sé lo que quiere usted decir con eso. Necesito que me explique, ¿qué es lo que ocurre?

- Siéntate aquí, a mi lado, Perelló. Dame la mano. ¿Sientes como late mi corazón?

- Pero ¿que le pasa, Blas? ¿Está usted delirando?

- Nada de eso, Perelló. Escúchame un momento y lo sabrás todo. Hace aproximadamente quince años que en esta hacienda se celebró otro acto como el que a celebrarse próximamente. De aquel hecho yo conservo aún aquí, en mi pecho, un dolor que no se borrará jamás. Mi pobre hija fue la víctima inocente de aquel miserable con título de noble. El fue el asesino de mi hija.

- ¿Ha dicho el asesino de su hija, Blas?

- Calla, no me interrumpas. Quiero explicártelo todo. Yo tenía una hija,bella como las aguas cristalinas de ese lago. Era bella y joven. Tenia diez y ocho años. No había nada en el mundo para mí más querido que aquella hija, hermosa como el sol de primavera. Cuando mi hija salía del castillo y venía en busca mía para acariciarme y besarme, como las olas acarician la playa y besan las arenas, y la veía saltar y brincar por esos derroteros, era el más feliz de los hombres. ¡Ay, Perelló! El mundo era para mí, entonces, todo alegría, todo felicidad. Para mí no había desdichas; era dichoso, como dichosos son esos pajaritos que cantan y anidan en estos árboles. Mi dicha y mi felicidad fue truncada al ser destruida la vida lozana de mi hija. Mi hija era la niñera de la condesa. Ella era la que cuidaba de Andrés,ese buen mozo que tanto nos quiere a todos los que trabajamos en esta casa, y la condesa, a falta de mi mujer, que murió siendo mi hija muy pequeña, fue para ella una madre. Entre los muchos señores que llegaron a esa castillo para tomar parte en la montería, había uno que desde el primer día que llegó pareció ya interesarse en algo por mi hija. Mi hija que, como todas las muchachas jóvenes, estaba deseando ansiosamente que un día llegara el príncipe que la

llevara al trono matrimonial, se confió demasiado con aquel malvado, en cuyo corazón sólo anidaban ansias perversas de ave de rapiña, y la traición fue consumada alevosamente. Fue un miserable y un malvado. Prometió a mi hija todo cuanto se promete cuando no hay intención de dar nada, haciéndolo sólo con el bastardo interés de gozar de las primicias de aquella inocente criatura, y mi Margarita fue sacrificada por la perfidia de aquel malvado. Mi Margarita, inocente y confiada, estaba muy lejos de imaginarse que un hombre con título nobiliario fuera tan falso y tan ruin; confiaba en sus palabras falsas de amor que no sentía y que cantaba a su oído como canto armonioso de ruiseñor.

- ¿Y que sucedió al fin, Blas?

- Sucedió que mi hija Margarita se entregó ciegamente, ante la promesa y la esperanza de que la hiciera su esposa.

- ¿Y luego la abandonó sin cumplir su promesa?

- Sí: pero no fue eso lo peor del caso. Después de haber logrado sus insanos propósitos, aquel canalla, por mediación del engaño, dejó a mi hija emponzoñada de la manera más monstruosa. Aquel noble criminal, podrido, sifilítico, inyectó a mi hija querida toda su ponzoña, marchándose tan tranquilo de esta hacienda de su crimen, como si nada hubiera ocurrido en el mundo. Claro, era la hija de un obrero, de un jornalero, y eso no tenía ninguna importancia. Se podía cometer el crimen con toda impunidad, sin responsabilidad alguna, ya que no habría quejas ni leyes que llegaran a perturbar la digestión del señor de guante blanco y de sangre azul... y podrida.

Pocos meses después, moría mi hija querida, consumida por la picada venenosa de aquel reptil.

- ¿Qué tienes, Perelló?¿Lloras?

- ¡No! ¡Si! Es que usted también veo que... Espéreme un momento, que vuelvo enseguida, Blas.

- Pero, ¿adonde vas, Perelló?

- Espere un momento; vuelvo enseguida.

- ¿Donde ira? Veo que va derecho a la caseta. Sí, en ella entra: ya vuelve. ¿Que lleva en el brazo? ¿Es el rifle? ¡Sí, es el rifle! ¿Porque habrá ido en busca del rifle?

- Ya estoy aquí, Blas. ¿ Adónde hay que ir a esperarlos?

- No seas niño Perelló. ¿Tú no ves que aún no sabemos cuándo llegan los lobos de la ciudad? No seas imprudente. El peligro se acerca, pero aún no está al alcance de nuestras armas; hay que esperar el momento oportuno. Ve y deja el rifle en la cabaña y no seas tan impulsivo. No vayamos a malograrlo todo antes de la hora. Las cosas serias hay que meditarlas bien. Óyeme, Perelló. Yo sé que tú estás enamorado de Marieta, que es la muchacha más hermosa y buena de la hacienda. También se que ella te quiere, cosa lógica y natural. Has de tener en cuenta que Marieta es muy atractiva y tú bien lo sabes; es muy probable que alguno de esos perversos que van a venir, escoja como víctima propiciatoria a tu futura compañera. Si ello ocurre, tu situación será violenta, como es muy natural. A pesar de que Marieta es incapaz de serte infiel, y mucho menos de engañarte, eso debe ser motivo para que tú más que nadie, vigiles a esos zorros que van a venir dentro de unos días.

- Nada de lo que usted insinúa ocurrirá, Blas. ¿Ve usted este rifle? Ya sabe que yo tiro bien; pues si alguien de esos que van a venir levanta la vista a mirar a mi novia, éste se encargará de cerrarle los ojos, porque le atravesaré el corazón, si es que esa gente tiene corazón. No les dará cuartel. Si ellos piensan venir aquí a cazar animales, y a las mozas, como ya pasó con su hija, yo les prometo que no vana tener ni tiempo ni de escoger a la víctima. Mi rifle se encargará de ello.

- No, Perelló, eso no. No quiero que por nuestra parte se cometa ninguna injusticia. Hay que ser reflexivos y no dejarse cegar por la pasión. El que la haga, que la pague.

- ¿Cómo? ¿El que la haga que la pague? ¡Ah, no! ¡Eso no! Yo no esperaré que se cometa el crimen para luego aplicar el castigo. El castigo será aplicado eficazmente antes de tener que lamentar el crimen. Supongo, Blas, que no estará usted dispuesto a tener que lamentar otro crimen como el cometido con su Margarita,

- Bueno, Perelló; no hablemos más, por ahora, de estas cosas que me hacen recordar hechos muy dolorosos del pasado. Lo que sí te recomiendo encarecidamente, es que antes de hacer nada por tu cuenta, procures verte conmigo. ¿Lo harás así?

- Se lo prometo, Blas.
- Sea, pues, Perelló. Hasta mañana, si no hay antes algo nuevo. Caso de que así sea, ven a verme en seguida.
- Muy bien. Hasta mañana, Blas.

- Ahora, ¿qué opina usted de todo eso, Andrés? ¿No cree que los hechos funestos se pueden repetir de nuevo esta vez?
- No Albina. Yo le aseguro que esta vez no tendremos que lamentar semejante ultraje, acompañado de tan funestas consecuencias.
- Tenga en cuenta, Andrés, que ahora existen dos peligros a cual más grave. El primer peligro consiste en que esas aves de rapiña que están a punto de invadir estos terrenos, puedan lograr la repetición de los hechos de antaño. El otro peligro estriba en que Perelló y sus compañeros, esos toscos labradores, cojan las armas y las cartucheras, se embosquen por las abarrancadas y no dejen en pie a uno de esos parásitos que van a llegar dentro de poco.
- El último peligro a que se refiere usted, Albina, no es fácil que ocurra. Yo, hoy mismo, me he entrevistado con Blas, el viejo guardabosque, y hemos hablado extensamente sobre dicha cuestión. El viejo Blas me ha dicho que está seguro que Perelló no hará nada sin antes consultar con él; por otra parte hoy mismo pienso entrevistarme con Perelló, para cambiar impresiones. No quiero que las cosas se precipiten por nuestra parte. De todos modos, estoy dispuesto a evitar que nadie de los que van a llegar cometa el daño más insignificante contra cualquiera de los que vivimos en la hacienda. Estoy tan decidido a evitarlo a toda costa que, en previsión de ello, ya he desenfundado yo también mi rifle. Es doloroso, Albina, pero estoy decidido a convertirme en cazador por vez primera. En la otra montería ocurrió lo que ocurrió porque yo era un niño de tres años. Hoy tengo dieciocho, que no es igual. Si hay alguien de entre esos que van a llegar que intente tan sólo cosa semejante a lo ocurrido con la hija de Blas, yo le aseguro que le haré doblar las rodillas, porque le partiré el corazón de un tiro.
- Así, por lo que acabo de oír de sus labios, veo que Perelló va a tener quien le acompañe.

No sean imprudentes e injustos, Andrés. Yo les recomiendo en nombre de la humanidad, que no hayamos de lamentar que pese sobre los obreros honrados de esta casa ningún crimen abominable. Antes de llegar a ese extremo, es preferible que nos encerremos en nuestra respectivas viviendas y no salgamos de ellas hasta que se hayan marchado todos.

- Si ocurre algún acontecimiento desagradable, no será por culpa nuestra, Albina. En ese caso, ellos serán los únicos culpables de lo que pueda ocurrir. Luego todo habrá terminado para mí en esta casa. Cuando termine la montería y hayan marchado los juerguistas, yo marcharé tras ellos de esta casa, quizá para no volver jamás a ella.

***

Hacía unos días que Albina estaba muy inquieta e intranquila. No sabía a qué atribuir la actitud radical de Andrés ante la resolución de abandonar su casa, en la que había vivido desde niño. Aquellas últimas palabras de que marcharía para no volver, seguramente, a más, resonaban constantemente en los oídos de Albina, como el eco de las montañas.

¿Que significaba aquello de que dejaría la casa que le vio nacer, para no volver jamás?

Verdaderamente, Albina había notado ya, desde hacía algún tiempo, que Andrés era preso de una bien pronunciada inquietud, inquietud que iba en aumento cada día; pero como Andrés era tan reservado en sus cosas, ella, en realidad, ignoraba lo que ocurría en la interioridad del amigo.

Había que descifrar aquello que parecía un enigma. A Albina le preocupaba grandemente el desarrollo moral e intelectual de Andrés, y no podía en manera alguna permanecer indiferente ante la inquietud cada día más creciente de aquel joven, abandonado a su propia suerte y a su propia iniciativa. Aprovecharía sin dilaciones el momento de interrogar a Andrés ante la gravedad del caso.

La ocasión de poder hablar con Andrés se le presentó a Albina, ya que ella así lo deseaba, y quizá él también esperaba la misma oportunidad.
Una vez los dos reunidos, Albina le habló en estos términos:

- Oye, Andrés, ¿puedo tratarte y considerarte con la fraternidad y la franqueza que se tratan y consideran siempre los buenos amigos y camaradas?

Ante esta inesperada pregunta, el joven neófito quedó verdaderamente desconcertado. Después de breves momentos, Andrés, repuesto ya de la primera impresión, con voz temblorosa y entrecortada contestó en estos términos:

- Usted, Albina, ya sabe que a mí me gusta ser sincero ante todo; y en cuanto a lo de ser amigos usted y yo, puedo contar con mi amistad, la que le brindo personalmente desde este mismo momento con toda sinceridad. Su amistad y su bondad me han hecho tanto bien, Albina, que yo no sé lo que hacer para demostrarle, sin que quede lugar a dudas, mi más reconocida gratitud. Hasta ahora no he tenido la ocasión de poder demostrarle con hechos lo muy agradecido y reconocido que estoy de usted, pero creo, sin embargo, que esa oportunidad esta próxima a llegar, y entonces se desvanecerán en usted las dudas para siempre. Precisamente el otro día ya le anticipé algo referente a mis propósitos de abandonar esta casa, para ser más libre. Más tarde, después de haber recobrado esa libertad tan necesaria y tan sentida en mí, si algún día nos encontramos en la gran cruzada del ideal, entonces podremos ser verdaderos amigos y tratarnos de igual a igual.
- Verdaderamente, Andrés, amigo mío, permitidme que te diga que no te he comprendido, como estaba en mi ánimo y era mi deseo. Quiero que me hables con toda claridad, para que no exista en mi la más pequeña duda hacía ti. Me interesa de una manera capital saber el concepto que tú tienes formado de mi y de mis concepciones ideológicas. También me interesa saber lo que piensas hacer en el futuro, a qué piensas dedicarte, ya que hablas de abandonar esta casa para siempre.

- Pues bien Albina. Una vez que te interesas tanto por mi futuro, voy a explicarte de palabra y francamente, como lo hacen los buenos camaradas, lo que quería hacer por escrito después de abandonar este círculo de hierro que me aprisiona. Tú no ignoras, como yo mismo, que hace ya aproximadamente tres años que vengo leyendo y estudiando con gran interés en los libros que tú me has prestado. Los diferentes problemas de la vida que yo ignoraba en su totalidad me han sido revelados en esos libros llenos de vida, con toda claridad y crudeza. No puedes llegar a creer el mucho bien que tus libros han hecho en mi ignorancia, llegando a desterrar la casi por completo. Sin salir de estos bosques, que parecen infinitos pero que no lo son, he aprendido en tus libros a conocer la vida con todos sus dolores y todos sus crímenes. Antes, las cosas más absurdas de la vida me parecían naturales y lógicas. Debido a mi ignorancia ancestral de la realidad de la vida, todo tenía para mí justificación en este mundo de miserias y sufrimientos. Estoy bien seguro que de no haber entrado tú en este círculo de hierro, como se desarrolla el pajarillo en su nido, indudablemente hubiera sido toda mi vida un ignorante y un imbécil y hubiera desconocido toda mi vida lo que hoy, gracias a ti, conozco, y que es para mi lo más trascendental de la vida del hombre. Si, Albina, vivir más tiempo en esta gran jaula, me sería verdaderamente ya imposible y doloroso a la vez. Me marcho de aquí porque, como tú puedes ver, suceden en esta casa cosas que son para mí intolerables y pesan sobre mi conciencia cual losa de plomo. Necesito romper lo antes posible esta vida de privilegios, que para mí es insoportable por más tiempo. Por otra parte, amiga mía, el mundo de los oprimidos y de los sin pan necesita de voluntades abnegadas, de almas fuertes, que sean capaces de ponerlo todo al servicio y a contribución de esa causa que es la cauda más sublime que el hombre pudo forjarse en su clarividente imaginación.

- Pero es que, Andrés, tú, seguramente....

- No, Albina, no me hagas ningún parangón ni me hagas objeciones, objeciones que yo te estimaría si yo no me las hubiera hecho ya de antemano. Todo lo he meditado ya con antelación. Se perfectamente lo que me espera al entregarme de lleno en brazos de las ideas que han

germinado ya en mi cerebro. Lo sé. Cárceles, persecuciones, miserias, hambre, vicisitudes de todas clases y muchas cosas más; pero todo eso no es suficiente para detener mi impulso. Todo eso es inferior a mi temperamento y mis convicciones, que sé que también que son las tuyas. Estoy resuelto a emprender sin vacilaciones la senda que mi conciencia ha trazado, y mi decisión es firme e inapelable. Nada me detendrá ante el viaje que voy a emprender en pos del ideal más sublime.

- Sea pues, Andrés. Ahora veo que lógicamente no tengo nada que objetar a lo por ti expuesto. Por otra parte, te digo con toda franqueza que estoy verdaderamente orgullosa, aunque el orgullo sea egoísmo, y me felicito de tu viril actitud, porque estoy verdaderamente identificada con tu decisión. Antes de partir para la ciudad, es necesario que hablemos y ultimemos algunos pequeños detalles referente a tu próxima nueva situación. Yo, Andrés, en Barcelona conozco a muchos buenos camaradas que están consagrados por entero a las ideas y todas sus actividades se desarrollan dentro del marco de las luchas sociales. Esos proletarios, excelentes luchadores por la emancipación de los oprimidos, te abrirán los brazos y te recibirán en sus casas, abiertas de par en par a todos los infortunados de la gran familia humana. Entre ellos, pronto aprenderás a ser un buen luchador y un excelente idealista. Cuando tu hayas salido de estos dominios, Andrés, los días que yo tengo que continuar habitando en esta casa estarán ya contados. Fuera tu del castillo, mi estancia en esta hacienda ya no tiene ningún objetivo primordial. Mi misión ya está terminada. De otro modo, yo misma no me hubiera explicado el por qué de mi permanencia tan prolongada en esta gran jaula, como tú bien dices. Por otra parte, yo también desconozco casi por completo la vida práctica y agitada de los que luchan por una sociedad más justa y humana que la presente y también tengo especial interés en conocerla y vivirla en toda su plenitud.

***

La montería fue un éxito rotundo para el conde de Robledal, que la había iniciado y organizado. Aparte de que el marquesito de Urzula se

"extravió" con la baronesita Arbisa, permaneciendo ambos en el bosque solos durante un día y dos noches, con la consiguiente "alarma" e "inquietud" del resto de los invitados, y de la caída del caballo de un pobre milord arruinado, con la grave consecuencia de la rotura de una pierna, ya nada más ocurrió desagradable. Se cruzaron miradas significativas y palabras de pasión entre los invitados de ambos sexos allí reunidos, y hasta un cuarentón aventurero poco escrupuloso, que sólo le quedaba como herencia el vicio y el título nobiliario, logró salir a flote de su precaria situación económica prometiéndose en matrimonio con una viuda, vieja y coqueta, cargada de bienes y millones, y con muchas ganas de llegar de nuevo a escalar la cumbre del décimo cielo.

La montería fue enorme. Era de esperar que en un coto donde apenas se habían disparado dos docenas de tiros durante quince años, la caza tenía que ser abundante por todas partes. Hacía dos horas escasas que la barbarie había empezado, cuando ya bajaban los criados de la hacienda con las mulas cargadas de toda clase de piezas.

Albina, espíritu analítico, siempre atenta a los acontecimientos en sus más pequeños detalles, notaba el gran sufrimiento moral de Andrés, y hubo momentos que temió que el joven diera al traste, ante todo aquel cúmulo de barbaridades e indignidades, echando de aquellos dominios a toda aquella gentuza indigna de todo respeto y de toda consideración.

Los sentimientos de Andrés no fueron desbordados, como temía Albina. Los lobos de la ciudad, como llamaba el viejo Blas a los forasteros, pronto se cansaron de vivir en plena naturaleza, marchando a la ciudad de sus encantos, donde el vicio les llamaba a grandes voces.

Con la marcha de los de la montería, la tranquilidad tornó de nuevo entre los humildes de aquel coto cerrado. Perelló, que durante la semana que duró la montería, estuvo siempre arma al brazo y siempre vigilante, y que estuvo a punto de matar de un tiro al marquesito de Urzula cuando se escondió en una choza con la baronesita de Arbisa, creyendo que era una moza de la hacienda, no tuvo necesidad tampoco de intervenir eficazmente, como decía el viejo Blas. Solamente hubo unos días de confusión, divisándose por todo las huellas de la destruc-

ción. Luego, como después de la tormenta, renació la calma entre las personas y los animales.

Andrés, como de costumbre, bajó al jardín por la mañana, y allí encontró a Albina. Después de saludarse mutuamente, Albina le preguntó qué impresión le había causado la montería.

- Una impresión pésima y desgarradora, Albina. Yo creía que el hombre llamado de alta condición social era más asequible con la razón. Como tú ya sabes, amiga mía, yo apenas he salido de este feudo, y el mundo de los humanos lo he conocido en sus más pequeños detalles bajo estos arbustos milenarios, a través de las páginas de los libros, que los grandes pensadores han escrito con mano maestra y celebro clarividente. Sin embargo, creo que la cruda realidad de la vida supera y es mucho más aplastante que las narraciones hechas en las páginas de los libros. Yo nunca creí que hubiera entre los humanos seres tan insensibles al dolor y la miseria de sus semejantes, y ahora, como nunca hasta estos momentos, me explico el grande y sublime gesto de la gran revolución francesa contra las opresoras castas privilegiadas. Aquella gran revolución, que proclamó los derechos del hombre y que durante unos siglos ha sido faro que ha iluminado la nave revolucionaria de todos los tiempos posteriores, ha de ser reforzada con nuevos valores y nuevos argumentos, para que la próxima revolución sea capaz de destruir algo más que el feudalismo y las iniquidades políticas. La revolución que hoy se está gestando en la mente de los hombres, y que se está incubando en el dolor lacerante de los oprimidos, para ser consecuente con las ideas de la vida misma ha de tener una nueva virtud, la virtud de derribar, junto con los feudos, todas las instituciones que los han mantenido en pie hasta ahora. Mientras las leyes llamadas de justicia pretendan impedir el desarrollo normal de la acción individual y colectiva, aplicando para ello sanciones criminales, el progreso de los pueblos será sólo en apariencia, porque será mixtificado en la realidad latente. Cada día estoy más firmemente convencido que para que las ideas de justicia y libertad, en la más pura expresión de las palabras, lleguen un día a ser un hecho evidente, precisan de buenos artesanos que las propaguen y

las defiendan en toda su pureza, hasta llegar al fin por todos tan anhelado. Ante lo que acabo de exponerte, Albina, y que es lo que bulle en mi cerebro, me hice la decisión de lo que ya te comuniqué el otro día: me he tomado ya más que tiempo suficiente. Los pájaros no vacilan tanto para abandonar de una vez y para siempre el nido que se mece sobre las ramas del árbol, en el cual nacieron. El pájaro deja el nido para lanzarse al espacio en busca de vida y de libertad; yo dejaré este hogar para ir a sumarme a las falanges de los que por ir en pos de esa libertad no solamente pierden la que escasamente disfrutan, sino que en holocausto de una libertad, entregan abnegadamente la vida si ello es preciso. Cuando salga de este feudo, olvidaré para siempre que nací en una cuna de oro, en la cual fui esmeradamente cuidado y mecido por la fortuna que mis progenitores adquirieron a costa del sudor y de los sufrimientos de todos estos pobres parias que son poco menos que vasallos.

- ¿Y cuando piensas marchar, Andrés?

- Mañana por la mañana. Todo lo tengo ya dispuesto

- ¿Lo has comunicado ya a tu madre?

- Si. Le expuse a mi madre hace ya algún tiempo el deseo de hacer un largo viaje por Europa. Al principio ella no quería y se oponía a ello con todas las fuerzas de una madre que no quiere que su retoño se separe un momento de ella. Luego, a fuerza de insistir, he podido convencerla. Para concederme la libertad de marchar me ha puesto como condición previa que tengo que escribirle diariamente, para saber ella dónde me encuentro cada día, ¡Pobre madre mía! Ahora, Albina, sólo falta que tú me des la dirección de los compañeros de Barcelona y me hagas las indicaciones oportunas. Lo demás corre de mi cuenta. Por mi parte ya procuraré salir airosos de la difícil empresa que voy a emprender. No ignoro que son muchas las contrariedades y son muchos los que fracasaron al querer subir la pendiente que yo pretendo escalar. Ello fue indudablemente la falta de convicción en las ideas. En ese mar proceloso que se llama la lucha por la emancipación y la libertad sin límites, en que la vorágine arrastra al hombre hacia el naufragio de la claudicación ante su débil resistencia, procuraré navegar como abnegado timonel para que la nave de mis ideas permanezca inabordable ante todos los escollos y

ante todas las tempestades de la reacción desenfrenada. Es cierto que en los años que llevo de existencia no he conocido el más leve sufrimiento material. He tenido y he disfrutado de toda clase de comodidades en demasía, no he carecido de nada, más que de libertad, pero eso nada importa ni puede influir en mi ánimo. Tengo dos brazos fuertes y robustos como los troncos de esas encinas que tenemos frente a nosotros, y eso unido a mis convicciones me basta para salir triunfante. Si los escasos conocimientos que poseo sobre contaduría y cálculo no me son lo suficiente útiles para ganarme el pan en un empleo burocrático o sea, en un trabajo intelectual, trabajaré de los primero que me salga, sin el más pequeño escrúpulo, sin sentirme rebajado en lo más mínimo en mi condición auténtica de productor, como obrero manual. No puedes figurarte, Albina, el gran deseo que siento por ser algo útil a la humanidad. Más de una vez, yo, haciéndome un examen de conciencia a mí mismo, me he preguntado cual era mi obra en conjunto en bien de la humanidad, y he tenido que responderme, con harto dolor ante la hiriente realidad, que mi grano de arena aun no había sido echado para engrandecer la gran pirámide que constituye, en conjunto, la vida de la humanidad. Desde mañana, la causa noble de los oprimidos contará en sus filas con un nuevo Quijote, y ese Quijote habrá salido de las entrañas de un nido de buitres, que cual polilla humana sólo tiene la misión exclusiva de roer las entrañas de todo lo bueno y útil que los trabajadores crean con un titánico esfuerzo. Eso será en síntesis la consecuencia lógica de mi salida de este recinto dónde nací y me hice hombre.

Albina escuchó la referencia que su joven amigo le había hecho con todo el interés que el caso requería. Nada, ni el más insignificante detalle de aquella especie de confesión, se le había escapado a su espíritu analítico. Después de lo expuesto por Andrés, Albina reconoció en buena lógica que ella nada tenía que añadir de su cuenta a lo dicho ya por su camarada. Estaba íntimamente satisfecha. Bajó la vista que desde el principio de la narración de Andrés le había puesto en el espacio como si contemplara el vuelo de los pensamientos que salían de los labios de su amigo y cual madre que da vida a un nuevo ser en parto feliz, cogió

entre sus manos la cara de Andrés y estampó el beso maternal sobre su frente, aquella frente sin maculo de su hijo espiritual.

Así fue como terminó la última jornada de convivencia mutua de dos seres que por espacio de cuatro años habían vivido entre bosques y libros.

Andrés subió a las habitaciones de su madre a indicarle que a la mañana siguiente temprano emprendería el viaje. La condesa trató por todos los medios de disuadir a su hijo para que no abandonara la casa materna, pero viendo ella que todo era inútil, todos sus esfuerzos quedaron reducidos a una serie de observaciones a cual más infantil, cosa que las madres saben hacer tan magistralmente en casos parecidos.

También pretendió la madre de Andrés de convencer a su hijo para que se despidiera del conde, pero Andrés, que no quería por un momento más ser hipócrita se resistió a ello, no queriendo tener consideraciones para un hombre, del que había vivido siempre divorciado por su modo de ser incongruente.

## La partida

El día se mostraba lozano con toda su esplendidez matutina. En lontananza se dibujaba una inmensa mancha roja que parecía presagiar que en la otra parte de las altas montañas existía un nuevo mundo en estado incandescente. Tras los altos picachos, que una de las altas cimas elevadas sobre el castillo, cual gigante guardián, asoma la gran figura de Helios, con toda gallardía, que venía a cumplir su gran misión vivificadora.

Unas nubecillas tenues y transparentes como e humo salido de las máquinas de vapor, que corre a través de los valles y llanuras, avanzaban rápidas por la acción del viento, a dar la bienvenida al dios de la mitología.

El castillo se encontraba aquel día en estado de ebullición. Todos los trabajadores de la hacienda se habían enterado de la partida de Andrés, cosa que ellos sentían como una gran desgracia. Toda la noche la habían pasado en vela. El viejo Blas, junto con Perelló y los demás compañeros,

estuvieron toda la noche discutiendo la forma y la posibilidad de que Andrés no les abandonara. Ellos lo querían y lo necesitaban y no podían resignarse fácilmente a perderle de vista por un solo momento.

Desde las primeras horas de la mañana la casa parecía un hormiguero en plena actividad. Todos, sin distinción de sexos ni edades, esperaban el momento para despedirse de Andrés. Cuando Andrés bajaba las amplias escaleras de mármol del castillo, con una pequeña maleta que llevaba por todo equipaje, ya estaban todos los obreros en el patio, llorando unos y cabizbajos otros.

Al ver aquel espectáculo Andrés quedó hondamente emocionado. A no ser que él consideraba que la causa de la humanidad no se reducía sólo a un número reducido de explotados , sino que se hacía extensiva a todos los desventurados de la tierra, es casi seguro que hubiera vuelto sobre sus pasos y se hubiera quedado de nuevo entre aquellos humildes colonos, que tanto le querían y a quienes él tanto quería también.

Andrés se despidió de todos uno por uno con un fuerte y fraternal abrazo. Aquello, más que una despedida parecía un entierro, ya que todos lloraban. Hasta hubo quien vio llorar al conde, que desde tras de un ventanal observaba aquello dolorosa despedida.

En el jardín, junto al lago de las perdices, estaba Albina, como de costumbre, con el libro entre las manos leyendo. Andrés se acercó a ella para despedirse por última vez.

- Bueno, Albina, me marcho – le dijo- . Antes quiero hacerte saber que he pensado cambiarme el nombre. En lo sucesivo ya no me llamaré Andrés Artigas, como me pusieron por nombre mis progenitores. De ahora en adelante me llamaré Delfos Peralta. El cambiar de nombre lo hago desde luego con deliberado propósito de borrar mi procedencia, procedencia que no me interesa ya en nada recordar; por otra parte, con ello evitaré que mi pobre madre tenga que morir de pena al enterarse de mi nueva vida. Desde ahora en adelante todo cuanto se relacione con Delfos Peralta será cuestión que atañerá a mi persona, así es que ya lo sabes. Salud, Albina; ya veremos si un día nos encontramos a lo largo del camino que ambos hemos de recorrer de una manera paralela. Yo,

por mi parte, procuraré con mi actitud hacerme digno de los buenos ejemplos que de ti he recibido. Tu me has enseñado a amar y a odiar intensamente. Te estoy agradecido del mucho bien que me has hecho. Di, Albina, ¿porqué estas tan triste? ¿Por qué no apruebas mi actitud regocijándote como yo me regocijo de ser útil a la humanidad?

- ¡Ay, Delfos! Eres un niño grande sin experiencia. Los tiempos que corren son de mucho peligro y tu titánica empresa es muy temeraria, eres como la débil mariposa que corre alegre hacia la luz del fuego, sin pensar que puede perder las alas. Desde luego que te reconozco fuerte como un nuevo Arquímedes, pero también Arquímedes fue victima de un traidor que lo apuñaló traidoramente. Mucho me temo que tú no encuentres tampoco aquel punto de apoyo para mover el mundo, que era la buscaba Arquímedes.

- Te comprendo perfectamente, Albina. Veo que ahora no habla por tu boca la luchadora incansable, la heroína, lo que tú has sido hasta este preciso momento. Ahora habla en ti la hermana, la madre, que ve con dolor en el corazón el peligro que amenaza al hijo de sus entrañas. Eso hace hacer egoísta a la mujer por un momento. Ese egoísmo que en el hombre sería pernicioso e incomprensible, en la mujer es un egoísmo puro y sublime. Tú me ves correr hacia el abismo, hacia ese abismo que tú misma me has cantado como el mejor de los poetas, y ahora tu sensibilidad se sobrepone por encima de tus convicciones. Es el momento supremo de la vida, del cual el hombre ha de procurar salir triunfante, ya que de no ser así el fracaso es inmediato. Comprendo tus temores perfectamente, Albina. Sé con preferencia lo malvados que son los hombres que se erigen en jueces del hombre, y en cada uno de ellos veo un verdugo de sus semejantes; eso, sin embargo, no puede ser para mí un muro de contención; debo alistarme sin pérdida de tiempo en el pelotón de los que luchan sin descanso por una sociedad más perfecta y humana que la presente. Tú sabes que he leído "*Memorias de un revolucionario*" del maestro Kropotkin, así como "*La gran revolución*" del mismo autor. Quien haya leído esos libros y otros muchos más y se encuentre como yo, poco menos que entre rejas, no puede permanecer un momento más inactivo. No creo ni por un solo momento que pienses

que debo esperar aún más en este feudo. No, Albina, eso sería no quererme bien, ni amar como se merecen nuestras ideas. Tú debes apoyar sin vacilaciones mi decisión, ya que yo estoy seguro que tú estás identificada conmigo. ¿No es verdad, Albina, que estas identificada conmigo?

- Si, Delfos. He sido una ingrata contigo, y con nuestras ideas. Te he considerado como a un niño débil y me has demostrado que eres todo un hombre. Eres un titan. Tu sitio, como bien dices, está en la calle junto a los que luchan por la redención de la sociedad presente. A luchar, pues, Delfos que la lucha es vida. En la lucha es donde se forjan los grandes temperamentos y se caracterizan los hombres fuertes.

- Salud, Albina.

- Salud, Delfos.

# Capítulo 3

## *La tormenta*

Sobre las falanges proletarias anhelantes de pan y de justicia se cernía una formidable tempestad. Los corazones obreros permanecían latentes álgidos de revoluciones proletarias.

Los esclavos del salario se habían cruzado de brazos en actitud gallarda y desconcertante, y se mostraban dispuestos decisivamente a demostrar a los tiranos y explotadores de lo que eran capaces. Les iban a dar una prueba rotunda de lo que eran y representaban en el concierto de la vida social.

Barcelona, en aquel año histórico 1919, dio como nunca hasta entonces una prueba evidente de que la clase trabajadora es el todo de las actividades humanas. Con solo cruzarse de brazos los obreros, negándose a producir, dejando inmóvil la formidable palanca de la producción, frente primordial e insustituible de la vida humana, habían logrado paralizar todo el engranaje social, dejando a una de las principales ciudades de Europa paralizada, muerta por completo.

La gran Ciudad Condal no parecía en aquellos días otra cosa que un cuerpo enorme inerte.

Todo quedó paralizado. Hasta los corazones ciudadanos parecían latir diferente a los días normales. Todos sin distinción de clases esperaban, con impaciencia unos y con temor aterrados otros, lo que iba a acontecer. Era aquello una tempestad que amenazaba desencadenarse de un momento a otro sobre la gran urbe. El movimiento total de la ciudad había quedado paralizado, pero en las venas de los esclavos del salario la sangre hervía como el agua en una caldera de vapor. Entre las multitudes predispuestas para el choque sólo había hombres de una categoría,

revolucionarios que, aunque inconscientes, esperaban ansiosos el toque de rebato, para lanzarse a la calle y proclamar inmediatamente lo que entonces se creía el "alfa y omega" de la emancipación proletaria: "**la Dictadura del Proletariado**".

El soplo enervante de la revolución rusa había llegado hasta el pueblo hispano cual lluvia de verano, y en aquellos momentos de pasión revolucionaria, todos sin distinción de tendencias coincidían, se sentían revolucionarios, creían sinceramente que había llegado el momento de la Revolución Social.

Barcelona, Catalunya, y con Catalunya todo el resto de España, veían llegado el momento propicio de la gran cruzada revolucionaria, porque querían acabar de una vez con todos los crímenes que la sociedad capitalista y estatal llevan en sí aparejadas.

En esos momentos de lucha álgida, fue cuando Delfos se enroló en el gran ejército de los descamisados y de los hambrientos, como bien dijo Marat, el *amigo del pueblo*.

A partir de entonces ya nada más se supo de Delfos. Ni Albina, que desde el extranjero había sostenido correspondencia con él, sabia nada, ignorando su paradero y dónde podía dirigirle la correspondencia.

Muchas veces se preguntaba Albina, al no tener noticias del amigo: ¿se habría entregado por entero, moral y materialmente, en la lucha, en esa lucha donde los nuestros lo olvidan todo, hasta lo más querido?

Seguramente era eso: Delfos la había olvidado en su afán de poder lograr abatir a la casta privilegiada y al Estado, bases fundamentales de todas las injusticias humanas.

Así pasaron siete años sin que nadie supiera nada de Delfos. Sólo los amigos y camaradas que convivían diariamente con él, sabían la obra que éste realizaba viéndolo siempre colocado en el sitio de más peligro.

Después de siete años de ignorancia completa del amigo, Albina se enteró por los periódicos extranjeros que Delfos Peralta se encontraba en la cárcel de Madrid a disposición de la Dirección General de Seguridad, y supo, a más de eso, que estando preso se le había encartado en un proceso fantástico, como cómplice de una supuesta preparación de

atentado en Madrid contra Alfonso XIII y contra el entonces dictador, Primo de Rivera.

***

Era en uno de los meses de otoño de mañana fresca y lozana. La noche anterior había llovido copiosamente. Las hojas que se mecían ya secas, en los árboles del recinto, y que pronto se desprenderían una tras otra, estaban adornadas por gruesas gotas de agua cristalina que se mostraban como último recuerdo de la lluvia vespertina. Un vientecito húmedo y fresco hacía estremecer los cuerpos semidesnudos de los que habitaban tras las rejas que el viandante desde lejos contemplaba con tristeza.

En el patio de la casa maldita se paseaban cabizbajos varios grupos de presos con paso rápido y vacilante, como lo hacen los leones enjaulados. Aquellos hombres de facciones pronunciadas, porque en ellas estaban marcadas las huellas del dolor, iban de prisa y en su marcha acelerada parecía ver en ellos el deseo ferviente de ir a la conquista de algo que no se dibujaba a la vista. Cualquiera que no hubiera visto nunca pasear a los presos a través del ancho patio de la cárcel, al verlos por primera vez sospecharía que éstos iban de prisa hasta el muro para escalarlo y salir en busca de la tan deseada libertad. Sin embargo, cuando llegan los presos al extremo de la carrera han de dar media vuelta y volver sobre sus pasos si no quieren estrellarse contra el muro, o contra las bayonetas de los centinelas.

Tres horas escasas de ese paseo diario, y de conversación animada con el compañero de infortunio, es la expansión total del preso en la cárcel. Aparte de esas tres horas de paseo diarias, el resto del día, o sea, las veintiuna horas restantes, las pasa el preso (cuando sufre prisión preventiva) en su celda individual alejado de todo contacto y de toda distracción.

Sólo tiene una cosa el preso de la cárcel preventiva, y es que si tienes familiares o amigos en la calle, éstos pueden comunicar con él tres días a la semana, media hora cada uno de estos tres días.

Era día de comunicación. En el patio estaban los presos paseando. En el grupo donde paseaba Delfos se discutían quieres serían poco más o poco menos los que comunicarían aquella mañana. Delfos, desde luego, daba por descontado no comunicar, ya que los camaradas de Madrid, como era muy natural, cuando iban a comunicar con los presos, siempre, o la mayoría de las veces, sacaban a la comunicación a los compañeros de la localidad, ya que llevaban recados y cuestiones más o menos importantes que notificarles.

El ordenanza apareció en la puerta del patio con la tablilla de fichas en la mano y fue gritando uno tras otro todos los números señalados para la comunicación. Al llegar al 540, que era el número de la celda que ocupaba Delfos, todos los conocidos lo miraron y le indicaron que también había en la calle quien se acordaba de él. Delfos para cerciorarse de que efectivamente era él a quien se llamaba desde lejos, hizo señas al ordenanza, preguntándole si era él. El ordenanza hizo un signo afirmativo con la cabeza y Delfos se dio por satisfecho.

Como era muy natural, Delfos creía que lo llamaba algún camarada de la calle para distraerlo, como había ocurrido en otras ocasiones. Hasta ya tenia el presentimiento de quién más o menos podía ser el amigo que lo llamaba a comunicar.

Después de ser nombrados por segunda vez los números, en el centro de los que iban a comunicar, y puestos por orden de número en fila uno tras de los otros, fueron a ocupar sus respectivos locutorios, donde ya les esperaban los familiares y amigos.

Se cruzaron los consabidos y acostumbrados saludos, y luego vinieron las quejas, las lágrimas y los suspiros de unos y otros.

Los presos sociales, como siempre, tranquilos y risueños, con la convicción de sus ideas más fuertes que el dolor y que los hierros carcelarios.

- Hola Delfos. ¿Que tal?¿Como vais por ahí dentro?

- Bien. Tu ya sabes por experiencia, amigo y camarada Antonio, lo que es esto.

- Si, es verdad; lo sé por las muchas veces que he estado preso. Oye, Delfos: esta joven hermosa que está aquí en el locutorio conmigo, es una muchacha que viene a visitar a los presos, y, como no tiene a nadie conocido preso, me ha preguntado a mí si conocía a alguien que no comunicara con nadie, y yo le he indicado que podía, si quería, sacarte a ti a comunicar.

- Has hecho muy bien Antonio y te estoy agradecido. Tú, como yo, ya sabes la alegría que se experimenta estando preso cuando se puede comunicar con el exterior, y mucho más, cuando se trata de conversar con una persona de buenas sentimientos que espontáneamente viene a visitar a los privados de libertad. A usted, amable y simpática joven, me place también testimoniarle mi más profundo reconocimiento por su amabilidad y por su bondad.

A las sentidas palabras de Delfos, la joven desconocida hizo una leve inclinación de cabeza en señal de reconocimiento.

- Bueno Delfos, no te molesta más por ahora. Voy a ver a Raúl, que me está esperando en el próximo locutorio, que tengo que comunicarle algunas cosas. Salud Delfos.

- Hasta luego, Antonio.

Una vez se hubo retirado Antonio del locutorio para ir a comunicar con Raúl, Delfos, para principiar la conversación con la hermosa joven, le preguntó cómo se llamaba, y asimismo le preguntó si era la hija de Madrid.

Ella, por su parte, le respondió amablemente a las preguntas de Delfos y desde entonces se inició una bien animada conversación.

Antes de pasar más adelante, anticiparemos algo con respecto a la personalidad ética y estética de la bella Antonieta, como se llamaba dicha joven.

Antonieta era hija de un matrimonio humilde. Su padre fue tipógrafo y murió muy prematuramente, debido a haber contraído esa enfermedad traidora, que contraen casi todos los parias de dicho oficio.

Cuando murió el padre de Antonieta, la madre quedó completamente desamparada con ella y dos hijos mas de corta edad. El mayorcito de ellos, que era un niño que contaba al morir su padre ocho años, y la otra hermanita, que era menor tenía tres años. Antonieta tenia entonces cinco años.

Ante este lamentable cuadro, es de suponer la pobre madre la serie de calamidades que tuvo que pasar para poder salir a flote.

Ante la angustiosa situación que atravesaba la madre dolorida, se vio obligada a confiar por entero la educación de sus tres hijos a una comunidad religiosa de la corte.

Esta vez, como siempre, ante la desgracia o ante la ignorancia, el pulpo de múltiples ventosas llamado religión, hizo presa en tres inocentes víctimas lanzadas al arroyo por la sociedad capitalista.

Las dos niñas estuvieron varios años al cuidado de las religiosas. Estas procuraron sacar de las dos huérfanas, a dos autómatas de sus creencias absurdas.

Antonieta y Juanita, que así se llamaban la más pequeña, eran muy vivarachas y perspicaces, y cuanto ocurría en el convento, lo observaban con toda la picardía infantil, llegando a sacar con el tiempo una impresión negativa de aquel colegio religioso.

Las niñas pronto se desengañaron de aquella farsa, de aquella parodia de bondad, convirtiéndose en dos indiferentes de cuanto se les quería, más que inculcar, imponer. Con el tiempo llegaron a odiar aquella cárcel de menores.

Por fin llegó el día en que la libertad tan anhelada por las huérfanas fue un hecho.

Después de la salida del asilo, Antonieta apenas se interesó poco ni mucho de la cuestión religiosa. En varias ocasiones su madre le reprochó cariñosamente su indiferencia por la religión y si ella algún día festivo o domingo iba a la Iglesia, era más por complacer a su madre que por su voluntad espontánea. No era atea porque creía en la posibilidad que pudiera existir un ser sobrenatural, omnipotente. Un creador como ella decía, pero la religión no era para ella un teorema, y, por lo tanto, se mostraba siempre indiferente.

Desligada también Antonieta de la coquetería insustancial, se dedicó a la lectura provechosa que ella misma seleccionaba. Uno de los autores más preferidos por al bella joven era el gran e inmortal poeta Víctor Hugo.

Un día, hablando Antonieta con Delfos de Víctor Hugo, le decía:

- Víctor Hugo fue un mago de la pluma. Fue el autor que supo hacer de cada uno de sus personajes a un héroe, y de cada uno de sus paisaje, una poesía. Fue un hombre excepcional.

Físicamente, Antonieta no era menos interesante. Tenía diez y ocho años y era extraordinariamente bella. Su pelo, negro como el azabache, que siempre lleva cuidadosamente peinado con un gusto delicado, la hacía una mujer interesante. Sus ojos bellos, de color indefinido, eran penetrantes y estaban adornados maravillosamente por sus largas y espesas pestañas. Sus labios un poco gruesos, alegres como el agua cristalina de un manantial, adornaban perfectamente su boca, bien proporcionada, que dejaba fácilmente al descubierto sus dientes blancos y madrileños.

Bajo su blusa blanca como la nieve del Guadarrama, se cobijaban sus senos bien disimulados, que eran suavemente aprisionados por los envidiados encajes. El conjunto de su cuerpo, algo delgado, pero muy fino, se mecía sobre el ritmo de su paso corto y ligero, que daba un armonioso realce a sus bien torneadas piernas, que parecían estar talladas por un experto escultor.

Era Antonieta una verdadera mujer de novela.

La visita de Antonieta a la cárcel tenia un objetivo bien significativo para ella. Necesitaba la joven vivaracha compartir sus inquietudes con alguien que supiera comprenderla, y fue por eso que se dirigió aquel domingo otoñal hacia la Moncloa, en vez de ir a misa, como era el deseo de su querida madre.

Hay poetas que han tomado como plataforma de sus inspiraciones los cementerios y las catedrales. Antonieta, que era presa de inquietudes menos líricas y más profundas, quiso investigar el alma de los presos,

ya que el hombre muchas veces pierde su libertad limitada por querer dejar de ser esclavo.

El solo hecho de que Antonieta se dirigiera a la cárcel a investigar entre los privados de libertad, entre los que hoy se les llama la "escoria social", encontraría, no solamente vulgares delincuentes o irresponsables, que es lo que abunda más en la cárcel, sino que, por el contrario, sabia, aunque de ello tenía sólo la convicción moral, que en la cárcel encontraría también quien llenaría sus inquietudes espirituales.

Ese fue el motivo principal, el por qué Antonieta se dirigió a la cárcel, donde conoció primero en el patio exterior a Antonio, y luego por medio de éste conoció a su camarada y amigo Delfos, que se hallaba entre rejas.

- Supongo, Antonieta, que mi amigo Antonio ya le habrá hablado algo sobre el por qué de mi encarcelamiento, como también de mis ideas.

- Si, señor, si. Ya estoy algo informada de cómo piensan ustedes y los motivos porque les llevan a la cárcel. Son muy injustos para con ustedes los poderosos.

Al llegar aquí, Delfos comprendió perfectamente que su camarada Antonio ya había informado a la joven de los detalles más salientes , durante el tiempo que estuvieron en el patio esperando poder comunicar con los presos.

- Nosotros los hombres de ideas vivimos una vida completamente distinta a la de los demás ciudadanos. Estamos completamente desplazados de ese ambiente enrarecido y en extremo vulgar que, por desgracia de todos, agita hoy a la humanidad entera. Por eso yo me temo no poder desempeñar mi papel a la perfección en esta animada conversación que hemos iniciado.

- No le entiendo, Delfos. No sé lo que quiere usted decir con esos conceptos.

- Es verdad, Antonieta: le debo una previa explicación. Usted no ignora, y de ello es más conocedora que yo, como es muy natural, que las jóvenes de nuestros tiempos se interesan más por las cuestiones vulgares y superficiales que por lo importante y lo serio que hoy tiene planteado la humanidad. Colocado yo en el terreno difícil de tener que hacerle a usted agradable en el transcurso de nuestra conversación, mucho me temo no poder cumplir, como sería mi deseo, la delicada misión que me está reservada.
- Es una verdad incontrovertible lo que usted acaba de decir, Delfos; pero, a pesar de ello, permítase que le objete que no debe usted olvidar que entre lo vulgar y al margen de lo insustancial, tanto en la mujer como en el hombre, también se puede encontrar algo que se aparte de lo vulgar y de lo insustancial.

Ante la inesperada respuesta de la hermosa joven, Delfos se mordió la lengua, como queriendo así reparar su imperdonable torpeza.

- Es verdad, tiene usted mucha razón, Antonieta: siempre suele haber excepciones en la regla.
- Conste que mi objeción no es ningún reproche, Delfos. Yo como usted reconozco y comprendo perfectamente que la mujer de nuestros días es, a más de superficial, tonta y vulgar en grado sumo; sin embargo, hay que convenir que la mujer tiene disculpa, ya que ella no es la principal responsable de su lamentable estado moral e intelectual. Hoy, para que la mujer pueda llegar a comprender tan sólo un poco de las realidades de la vida, es preciso que tenga una voluntad de acero y un valor inquebrantable. El hombre ha elaborado contra la mujer una tupida red de obstáculos para que se desarrolle en todos los órdenes de la vida, como la planta en la sombra. Es lamentable, pero es una realidad que hoy la mujer se encuentra fuertemente amarrada al yugo del hombre y luego éste se queja de la ignorancia de la mujer. No soy yo de las mujeres que creen que el hombre debe ser quien eleve la ética de la mujer, porque creo que ha de ser ella misma la que debe elevarse al nivel del hombre por su propio esfuerzo, pero hay que convenir también, que si

entre las mujeres hay alguna que quiere romper las amarras de la tiranía a que está sometida, tanto el hombre como la religión, pretenden y hasta cierto punto logran, impedir que la mujer se incorpore y se coloque en el mismo plano del hombre. Si, Delfos, la mujer que se sale de la vulgaridad de las demás mujeres, tiene que disponerse de una manera enérgica y decisiva a sufrir toda una serie de injusticias que los hombres caducos y retardatorios tuvieron a bien inventar contra ella.

Al llegar aquí, Delfos comprendió perfectamente que Antonieta no era una mujer superficial ni mucho menos vulgar, sino que, por el contrario, comprendió que Antonieta había substituido el mito religioso por lo racional, y el tocador por la biblioteca.

- ¿Qué significa ese timbre, Delfos?
- Es la señal que indica que ha terminado la comunicación.
- Pero, ¿ya hace media hora que estamos comunicando?
- Si, Antonieta, ya hace media hora, aunque en realidad no lo parece.
- ¿Tendrá usted algún inconveniente que el próximo domingo vuelva de nuevo a comunicar con usted, Delfos?
- Ningún inconveniente: al contrario, Antonieta. Lo que tendré es una intensa alegría si viene usted de nuevo a comunicar el próximo domingo.
- Siendo así, me reservo el derecho de volver a verle el domingo que viene.
- Muy bien, de acuerdo.
- Adiós, Delfos.
- Salud, Antonieta.

***

Los presos y los visitantes fueron despidiéndose con lentitud. Un carcelero iba avisando a los presos para que se dieran prisa, ya que había

aún otras comunicaciones que efectuar y esperaban los presos en el centro. Delfos, después de despedirse de Antonieta y de su amigo Antonio, se retiró del locutorio para evitar el aviso del carcelero. En el pasillo encontró Delfos a Raúl que había comunicado con Antonio.

- ¿Qué noticias trae Antonio de la calle, Raúl?
- Poca cosa, como siempre. Todo marcha igual. Ya hablaremos en el patio.

Cuando llegaron Delfos y Raúl a la galería, los presos ya estaban en las celdas. Había terminado el paseo. Hacía un momento que el corneta había dado el aviso con el cornetín.

Delfos estaba animado aquel día. Hasta comió el rancho, aquella bazofia indecente, con gran apetito, y le pareció que aquella mañana era mejor que los otros días.

El preso siente con más intensidad las cosas por insignificantes que sean que no el que goza de libertad. El más pequeño acontecimiento desarrollado en la calle influye poderosamente en el ánimo del preso, porque éste vive sujeto al flujo y reflujo de los acontecimientos que pueden contribuir poderosamente al feliz desenlace de conseguir la anhelada libertad.

Pensado en todo eso Delfos cogió el libro y se puso a leer. Sus ojos recorrían veloces los renglones y las páginas del libro, pero su imaginación corría también veloz por otras regiones que no abarcaba el libro. Cuando llegó al fin del capítulo, se dio cuenta que no se había enterado de nada de cuanto decía el libro. Lo dejó y se puso a pasear por la celda estrecha envuelto en múltiples pensamientos.

Sus meditaciones fueron bruscamente cortadas por el toque chillón y discordante del cornetín.

En un abrir y cerrar de ojos todas la celdas se abrieron. El carcelero batió palmas en señal de que todos los presos podían desfilar ordenadamente hacia le patio. Era el paseo de la tarde.

Una vez los presos en el patio, los sociales se juntaron todos, como de costumbre, interrogándose mutuamente sobre las noticias de la calle.

Raul informó a sus camaradas de cuanto Antonio le había comunicado, tanto en el terreno público como privado, es decir, clandestino.

Delfos, a su vez, les comunicó que había conocido en la comunicación a una bella joven en extremo interesante, cosa que dio motivo a que se cruzaran frases bien intencionadas que causaron un momento de general alegría entre los amigos de Delfos.

Los presos sociales no dejan jamás de ser un factor influyente, y muchas veces determinante, de cuando interesante ocurre en la calle en momentos decisivos. A pesar de estar privados de libertad, los presos influyen poderosamente en los acontecimientos de la calle, y los camaradas que gozan de libertad y actúan intensivamente consultan muchas veces a los presos sobre ciertos extremos decisivos de la vida pública.

Los tiranos de las ideas creen que con hundir en una inmunda mazmorra a los idealistas, es lo suficiente para anular su influencia sobre las colectividades que se agitan. Eso es un error mayúsculo, y ese error se hace extensivo a todos los procedimientos más o menos de violencia por ellos empleados en detrimento de la libertad.

Reunidos en el patio todos los presos sociales en un sitio aparte de los presos comunes, se discutió ampliamente la cuestión puesta de manifiesto por Raúl, que era lo que Antonio le había comunicado aquel día por la mañana.

Raúl, después de explicar con toda clase de detalles cuantas consideraciones le había hecho Antonio, dio su opinión, y a continuación rogó a cada uno de sus camaradas que expusieran sus puntos de vista.

Varios fueron los que se manifestaron, y otros que no lo hicieron por coincidir con lo ya expuesto por algunos camaradas. El resultado de los acuerdos tomados entre los privados de libertad fueron transmitidos a la calle por conducto particular o irregular.

Se comprende fácilmente ante esto, que, a pesar de estar el hombre preso, y sujeto entre gruesos muros. Su pensamiento vuela alto, como las águilas, poniéndose a salvo y escapando al alcance de la mano del tirano. Ante eso no hay espesos muros ni gruesos barrotes que detengan el pensamiento humano.

El hombre perverso podrá inventar toda clase de medios de tortura, podrá aniquilar al hombre de sentimientos elevados en franca rebeldía contra la perversidad, pero lo que no podrá lograr jamás por muchas fuerzas mercenarias de que disponga, es aniquilar, destrozar las ideas, si éstas son sanas, son justas, en el más bello sentido de la palabra.

Un ordenanza de la cuarta galería se presentó en el patio de la primera. Desde el dintel de la puerta buscó con la vista a los presos sociales y se dirigió hasta donde estaban todos reunidos. Al llegar al grupo preguntó por Delfos Peralta. Delfos salió del grupo para ver de que se trataba.

- ¿Es usted Delfos Peralta?

- Si. ¿Qué hay?

- Soy el ordenanza de la cuarta galería y vengo a comunicar de parte de un compañero de usted, que está aquí de paso para el presidio de Alcalá de Henares, que me ha dicho que desea hablar con usted.

- ¿De dónde viene?

- De Barcelona.

- ¿Te ha dicho cómo se llama?

- No: ni él me lo ha dicho a mi ni yo se lo he preguntado. No debe haber pensado en ello.

- Está bien. Dile que se apunte para baño y mañana nos veremos, allí podremos hablar un rato. Pregúntale si necesita algo y ven a decírmelo en seguida.

- Está bien. Hasta luego.

- ¿Ocurre algo, Delfos? - Preguntaron los demás camaradas.

- Si. Otro camarada que está aquí de paso para Alcalá de Henares. Otro que va camino del calvario.

- ¿Quién es?

- No me lo ha dicho, pero supongo de quién se trata. Hace unos días me escribió que había sido condenado y que esperaba de un momento a otro su traslado al presidio. Viene de Barcelona. Es un muchacho joven: 19 años. Lo condenaron a doce años por repartir hojas clandestinas. ¡ Que miserables ! Esto está ya peor de lo que estuvo la Rusia imperialista. Mañana lo veremos. Le he mandado recado para que se apunte

a baño. Pobre muchacho, es muy de lamentar lo que ocurre con este compañero. Además de ser tan joven, está muy delicado de salud. Mucho me temo que no pueda resistir el peso aplastante del penal.

Todos los allí presentes quedaron meditabundos ante las sentidas palabras de Delfos. Por la imaginación de cada uno de ellos pasaron las imágenes de las torturas y de las brutalidades que se cometen en el penal con los desgraciados presos.

La corneta los sacó de aquella situación angustiosa. Se anunciaba la terminación del paseo. Los enterrados en vida tenían que entrar de nuevo en la tumba. Ya no representaba otra cosa la celda.

Una vez en la celda, Delfos recibió de nuevo la visita del ordenanza de la cuarta galería. Le traía una nota que su amigo le había entregado.

Efectivamente, Delfos no se había equivocado de quién podía ser el amigo que había en la cuarta galería de paso para el penal.

La nota de Pineda decía así:

*"Querido hermano Delfos: Como ya sabes, me encuentro en esta cárcel de paso para Alcalá de Henares, como estaré en ésta hasta mañana por la tarde, espero que si tienes sobres y cuartillas me mandes algunos, pues así podré aprovechar esta noche para escribir a los camaradas de Barcelona y a mi familia. Lo haré desde aquí, ya que desde el penal no podré escribir sin que no hayan transcurrido los meses llamados de período. Supongo que te habrá extrañado mi traslado y mi llegada a ésta sin que te haya escrito desde Barcelona. Ello ha sido que nuestros verdugos, desde hace ya bastante tiempo han olvidado que deben avisar tres días antes a los penados al ser trasladados al penal. Ayer a las siete y media de la tarde, me avisaron que salía en conducción, y no me dijeron ni siquiera el penal que me conducían. Lo he sabido por la hoja de ruta. Es por falta material de tiempo que no te avisé mi traslado. Ahora, como ya sé al penal que voy, esta noche aprovecharé el tiempo para escribir a Barcelona. Bueno, por ahora no te digo nada más. Mañana ya hablaremos en el baño. No te digo que saludes de mi parte a los demás camaradas porque sé que no podrás hacerlo hasta mañana. Salud, Delfos. Pineda."*

Después de leída la nota, Delfos dio papel, tinta y pluma al ordenanza para que lo entregara a Pineda.

***

Pineda era hijo de un pueblo de la provincia de Barcelona. Siendo aún niño tuvo relaciones con unos compañeros de trabajo que todas sus actividades las dedicaban a sembrar sus ideas entre los explotados; ideas que se basan en que los hombres no debían ser esclavos de sus semejantes, ni los explotados en beneficio de otros hombres.

Le dieron libros y bellos ejemplos, y así fue como Pineda llegó a interesarse intensamente por las cuestiones sociales. Después de la iniciación, Pineda, que era de un temperamento inquieto, dejó su pueblo natal y se dirigió a la gran ciudad, donde se forjan y se templan sobre la llama roja de la lucha las voluntades.

Pineda era de temperamento impulsivo,y cuando a su alrededor se cometía una injusticia, siempre era el primero en protestar enérgicamente, asumiendo toda la responsabilidad del caso por muy grave que fuera.

Estando sufriendo prisión preventiva en la cárcel de Barcelona, más de una vez tuvo fuertes altercados con los carceleros, debido al trato inhumano que éstos daban a los infelices presos por delito común. Un día golpeó a la cara a uno de los esbirros carceleros; porque éste dijo que domaría a la fiera, refiriéndose a Pineda.

Aquel hecho le valió un proceso y si no hubiera sido porque todos los testigos fueron en sus declaraciones favorables a Pineda, seguramente que le hubieran condenado a cuatro años de prisión correccional, que es la pena que corresponde al delito de atentado al funcionario de prisiones en servicio.

Todo lo ocurrido en los dos años de prisión preventiva que Pineda pasó en la cárcel de Barcelona antes de ser condenado, constituía una mala nota para el régimen carcelario interior; y eso constaba todo en el parte como nota pésima en contra del penado. En el penal le esperaba

un mal porvenir. Allí le harían purgar cobardemente lo que no habían logrado hacer en la prisión preventiva.

Eso lo sabía Pineda, porque otros condenados antes que él, habían pasado ya por ese trance doloroso. A pesar de ello, Pineda estaba dispuesto a no dejarse atropellar mientras tuviera fuerzas para rebelarse contra los mercenarios.

La noche se cernía en lo infinito con su manto tenebroso. A lo lejos se sentían tenuamente unas tiernas vocecitas que cantaban graciosamente un cuplet de moda. Canto de niños, en la calle, canto de pájaro en la pradera.

Toda aquella mole, todo aquel antro de dolor, permanecía frío y silencioso, completamente insensible al dolor que en sí encerraba. Sólo había en aquella gran necrópolis viviente unas docenas escasas de hombres que a la luz mortecina estudiaban y leían en los libros los grandes problemas humanos.

La corneta tocó su último toque de la noche que parecía el aullido de un lobo hambriento. Era el toque de silencio, desde entonces en adelante todo, absolutamente todo, tenia que permanecer como muerto.

El carcelero de guardia pasó revista a todas las puertas, una por una, para convencerse que no había quedado ninguna abierta. El ruido seco de sus pasos fue alejándose cada vez más hasta perderse el eco en lo lejano. Aquello fue la última señal de vida de aquel día abrumador.

Dos sensaciones completamente distintas había recibido Delfos aquel día que acababa de morir para siempre. La primera fue agradable, porque había conocido a Antonieta, mujer verdaderamente interesante. La segunda impresión no podía ser más dolorosa, al ver que su camarada Pineda estaba allí de paso hacia el "jardín de los suplicios".

Ante tales hechos tan incongruentes el uno del otro, Delfos pensó si es que no sería posible que el preso tuviera en su encierro un día tan solamente, que fuera ajeno al dolor de las injusticias divinas y humanas.

Rendido ya por el dolor, Delfos se tendió sobre la mugrienta cama. Después de dar muchas vueltas y cambiar de postura en el duro camastro, pudo por fin conciliar el sueño, que se hizo dueño absoluto de aquel ser de voluntad inquebrantable.

Aquella noche, como muchas otras noches, también soñó Delfos. Soñó que por fin la realidad de la justicia se había impuesto y que todos los humanos eran ya felices. Y él entonces era más feliz que todos los demás. Era más feliz que todos los demás porque tenía la satisfacción de haber luchado sin descansa por el advenimiento de aquella realidad que sólo latía en su pecho.

Triste despertar. Todo continuaba lo mismo. Había sido un sueño más, una nueva quimera. Había que empezar de nuevo para que el sueño fuera justo con los hechos

La situación especial de Pineda tuvo hondamente preocupado a Delfos por espacio de varios días. Después, de haberse despedido de él, Delfos tenía el presentimiento de que aquel muchacho, aquel querido camarada, sucumbiría en el presidio, como había sucedido ya con otros camaradas. Un sin fin de detalles y pruebas tenía Delfos para que aquel doloroso presentimiento no se apartara de él un momento.

Ante ese mortificante recuerdo, Delfos apenas pensó en toda la semana en Antonieta. Si alguna vez el recuerdo de la joven pasó por su imaginación fue de una manera fugaz y desarticulada. Pineda lo tenía hondamente preocupado. El caso no era para menos.

Antonieta, por su parte, no estaba menos preocupada, desde que conoció al preso. La preocupación de Antonieta era, sin embargo, muy distinta a la de Delfos. Conservaba en su imaginación una impresión des-coordinada en cuando al preso y sus ideas se refería.

En distintas ocasiones intentó hacerse una conclusión definida de lo que en la cárcel había visto y oído, pero todo aquello, al fin de sus hondas meditaciones, quedaba siempre oscuro e indefinido.

¿Seria ello acaso debido a lo poco que había tratado aún a Delfos?

Ese interrogante era el que más bien definía al fin su embarazosa situación. Había que dar tiempo a las cosas; ese tiempo preciso sería el encargado de dilucidar todo lo demás;

A pesar de todo, Antonieta no tuvo ninguna vacilación en sus decisiones. Tenía el premeditado propósito de visitar a Delfos cuantas veces le fuera posible para allanar en su mente cuantas dudas pudieran existir.

Ahora tendré contenta a mi madre, se decía. Todos los domingos me verá salir de casa por la mañana en dirección a misa, y creerá mi pobre madrecita que ha renacido en mí aquella devoción que no existió jamás en mi conciencia.

- ¡Pobre madre mía! si ella supiera que en mi fuero confesor es un enemigo de la religión, de todas las religiones. Lo que más le desconcertaría aun sería, si se enterara que en vez de ir a misa los domingos voy a visitar a los presos de libertad. No importa, no causo ningún daño a nadie, al contrario, contribuyo a hacer más soportable la vida de una víctima de sus ideas. Si un día mi madre se enterara por algún conducto que la engaño, yo sabría justificarme. Le diría que la engaño porque la quiero mucho, porque sufro de ver sufrir a los demás semejantes. Le haría ver que engañándola a ella hacía un bien a la humanidad, que sufre por redimir a todos los desgraciados.

Así razonaba Antonieta en su fuero interno cuando juzgaba su propia conducta.

Los días de la semana fueron automáticamente sustituyéndose los unos a los otros. El sábado iba ya a dar paso al domingo tan esperado tanto por Antonieta como por Delfos. Durante la semana Delfos no dudó un solo momento de que Antonieta iría a visitarle el domingo. Si no está enferma u ocurre algo anormal en su casa, ella vendrá a comunicar, se decía.

No estaba equivocado. Antonieta estaba esperando como él el momento de poder acudir a la visita.

El día se presentó majestuoso y lozano. Cuando la corneta tocó a diana Delfos ya hacía rato que estaba levantado y estaba ejecutando su acostumbrado repertorio diario de gimnasia. Había que articular diariamente los nervios y los miembros para evitar la parálisis por el anquilosamiento del organismo humano.

Momentos después, el ordenanza de la galería avisó como cada día a todos los que estaban apuntados para el baño, que siempre eran los mismos con pequeñas variantes. Salieron los sociales, que eran los úni-

cos que se bañaban en invierno, y después de cambiarse el consabido saludo, se entregaron a su higiénica tarea.

Vueltos del baño fueron de nuevo a la celda, la corneta tocó de una manera vibrante otra vez: era el recuento.

Pasada la diaria revista ocular, el carcelero fue a dar el sin novedad. Sin novedad, equivalía a decir que durante la noche no se había escapado ningún preso.

Si algún día alguno de aquellos desgraciados reventaba de frío o de hambre, o de lo que fuese, el carcelero también daba el sin novedad. El caso era que estuvieran todos, vivos o muertos. Lo importante para ellos era que los cerrojos permanecieran cerrados y las rejas permanecieran también inviolables. Un "delincuente" más o menos no tenía para ellos ninguna importancia.

La cárcel con su visión y su régimen infamante e inhumano es el espectáculo más doloroso que el hombre de conciencia puede imaginarse. No se puede concebir racionalmente, que hayan magistrados que condenen, ni verdugos y carceleros que ejecuten la sentencia. En nombre de la ley el hombre elevado a la categoría de juez y de verdugo se convierte, consciente o inconscientemente, en lobo del hombre.

Los presos estaban todos preparados ya para salir al paseo. La corneta, a la hora indicada sin hacerse esperar se hizo sentir vibrante en todo el edificio, y los presos salieron de sus respectivas celdas a respirar un momento el aire puro del patio. Aquella era una de las raciones diarias más apreciadas de los privados de la libertad, que tanto aman a la naturaleza.

Cuando más distraídos se encontraban los reclusos hablando unos, meditando otros, el ordenanza de la galería irrumpió en el patio cortando todas las conversaciones y todas las meditaciones con aquel típico y agradable: oído, comunicación.

Todos los presos prestaron atención un momento, el ordenanza fue nombrando uno tras otro todos los números que estaban señalados para comunicar.

Entre los favorecidos con la suerte de la comunicación se encontraba también el 540, que era el de la celda correspondiente a Delfos.

Después de las acostumbradas maniobras, los presos se dirigieron al departamento de comunicaciones.

Esta vez, como otras tantas, los presos llegaron a los locutorios antes que los visitantes. Colocados cada uno en su respectivo departamento, tuvieron que esperar un momento a que llegaran los familiares y amigos.

Simultáneamente por los pasillos del exterior se oyeron rumor de pasos y de voces aquietadas. Con una rapidez inopinada los visitantes invadieron aquel departamento, y cada uno con el número en la mano buscaron su sitio correspondiente, principiando en seguida una general y animada conversación.

Antonieta no fue de las últimas en llegar al locutorio donde ya esperaba Delfos.

- Buenos días, Delfos. ¿Qué tal?¿Cómo ha pasado usted la semana?

- Bastante mal, Antonieta, muy agobiado.

- ¿Y eso? ¿Le ha ocurrido algo desagradable?

- Sí. Precisamente ha sido por eso por lo que he pasado unos días angustiosos.

Entonces Delfos le explicó a su visitante lo que había ocurrido con el camarada Pineda.

- ¿Y cree usted, Delfos, que ese amigo suyo tendrá el fin que usted presiente en el penal?

- Desgraciadamente será así. Tengo el presentimiento y también la convicción moral de ello.

- ¿Y no hay la posibilidad de evitar que se cometa esa monstruosidad con ese joven?

- No. De ninguna manera. Ante la maldad de esos hombres sin sensibilidad y sin conciencia no hay posibilidad del triunfo de la razón.

- Pero Pineda podrá escribir desde el penal y podrá poner al corriente a su familia de cuanto le ocurra.

- Nada de eso, Antonieta. Desde el penal se puede escribir cuando el penado se amolda a todas las bajezas que el régimen inhumano interior le impone. Cuando no es así y el preso se rebela contra esas bajezas, entonces todo está perdido. Por otra parte, hay que tener en cuenta que todas las cartas que se escriben en el presidio, antes de salir del establecimiento, viene el preso obligado a entregarlas abiertas a la dirección, y ésta, si en alguna cosa no está de acuerdo por hacerse mención de malos tratos o cosa parecida, entonces no solamente no da curso a la carta, sino que a más de eso impone severos castigos a quien la haya escrito. Ante esas circunstancias especiales, como usted puede comprender, los crímenes más abominables cometidos en el presidio quedan impunes, hasta que un día sale alguno de los presos de cumplir condena y lo comunica a los interesados de la calle. Hasta esto se hace con mucha dificultad, debido a las graves consecuencias que ello puede reportar a quien señale estas barbaridades. Los presos en la cárcel, y particularmente en el presidio, vivimos en un mundo aparte de los demás seres humanos. Se dan casos tan bochornosos en estos establecimientos que eso da como consecuencia que incluso los presos entre sí no se tengan confianza. Desde luego que ahora me refiero a los presos comunes, aunque en ellos hay honradas y valiosas excepciones. Los "chivatos", como aquí se llama a los traidores, es una fauna que no se conoce, que no existe entre los presos sociales. Por eso los presos de delito común nos tienen tanto respeto y tanta confianza. Porque saben que entre nosotros solo hay hombres.

- A propósito de eso que me habla ahora de delitos. Usted, Delfos, ¿Por qué delito está preso? Yo ya sé que está usted preso por cuestiones sociales, pero supongo que se le acusará de algún delito.

- No, Antonieta, está usted equivocada. En España, desde hace ya muchos años, el gobierno tiene como norma de conducta general (tanto gobernando los liberales como gobernando ahora la dictadura) de suspender todas las garantías ciudadanas. Estando las garantías constitucionales en suspenso, y muchas veces aun estando en vigor, el gobernador de una provincia, el comisario de policía o cualquier pobre diablo uniformado, está facultado para meter en la cárcel a cualquier ciudadano, sea o no

sea enemigo del sistema de gobierno establecido. Se han dado una infinidad de casos verdaderamente desconcertantes. Hay algunos hombres que han venido a la cárcel y en ella se han pasado largas temporadas por el solo hecho de que la mujer de un policía haya tenido cuestiones de vecindario con otra mujer, o porque algún patán con sable ha sospechado, fundada o infundadamente, que su mujer o su hija tenía o dejaba de tener amistad con cualquiera que no fuera de su agrado. Todos estos líos de familia o de vecindario muchas veces son pagados con la cárcel. Es bien evidente que en España hemos llegado ya a la pendiente gubernamental. Basta que cualquier lacayo de los poderes constituidos tenga rencor o enemistades con alguien para que el gobierno imperante compuesto de tartufos le dé toda clase de facilidades para cometer cualquier injusticia. Esas injusticias que se aplican como norma de gobierno en España desde hace muchos años, suelen ser siempre documentadas cuando se trata de perjudicar a los hombres de ideas.

- Pero no es posible que un gobierno tolere esas cosas, ni mucho menos se haga solidario de ello, Delfos. En ese caso el gobierno constituido pierde toda la autoridad moral, la cual tiene que mantener en todos los momentos y en todas las ocasiones

- No comprende usted que estas cosas sucedan, ¿verdad, Antonieta? Pues bien, oiga, que aun no he terminado.

¿Sabe usted el tiempo que llevo yo preso, y por qué me tienen en la cárcel?

- Lo ignoro y eso es lo que yo pretendía aclarar al hacerle la pregunta que le hice.

- Mi detención es completamente arbitraria, ya que hasta el momento presente no se me ha demostrado lo contrario. Hace catorce meses que me encuentro en ésta privado de libertad, y hasta la fecha, aun no ha venido ni una sola vez el juez para interrogarme sobre ninguno de los extremos relacionados con mi detención. ¿Cree usted que ha tenido el juez tiempo suficiente para venir a interrogarme o acusarme sobre algún hecho o delito?

- Su pregunta cae por su propio peso y razón, Delfos.

- Pues aun estoy esperando al juez, seguro que no vendrá.

- Pero la policía debe fundamentar en algo las persecuciones y las detenciones de ustedes.

- Ahora ha dado usted en el blanco, Antonieta. Eso ya es barro de otra charca. Es indudable que la policía fundamenta en algo su actitud descabellada, Ahora vamos a tratar de analizar si es que la policía tiene derecho, por el solo hecho de cobrar un sueldo sin doblar el espinazo, de hacer con los ciudadanos lo que hace, en recompensa a ese sueldo injustificable. Yo soy un obrero y mi único modo de vida es el trabajo. Eso me da derecho a condenar a todos los parásitos que no trabajan gozando de buena salud y que viven holgadamente a costa de los trabajadores. Para mí todos los humanos me son respetables, éstos me tratan de avasallar y al mismo tiempo de poner toda clase de obstáculos a mi libre pensamiento. Yo nunca he pretendido perjudicar a nadie ni mucho menos de avasallar a ningún ser viviente. Lo único que hice siempre fue combatir todas las injusticias de los que por la fuerza bruta se impusieron a la razón. Donde vi el atropello me creí siempre en el derecho y en el deber ineludible de protestar, fuera quien fuera quien cometiera el atropello. Ese fue siempre mi lema y mi único delito, Antonieta.

- Verdaderamente,eso que acaba usted de exponerme Delfos, no es ningún delito, sino que es lógico y más que lógico, humano. Yo creo que todos los humanos tendríamos que obrar así.

- Desde luego que la lógica y la razón lo aconsejan así, pero tenga usted en cuenta, Antonieta, que hoy a los que pensamos de esa manera se nos tacha con el estigma flamante de perturbadores y enemigos del orden.

- Así, ¿es ese el delito por el cual a usted hace tanto tiempo que lo tienen entre rejas?

- Si usted le llama a eso delito, es ese el único delito, el por qué me tienen a mí preso y a muchos camaradas más.

- No, Delfos. Yo a eso no le llamo delito, porque pensar no es ningún delito. El que piensa no delinque, aunque al pensar esté equivocado.

- Bien, Antonieta, veo que es usted razonable y justa. Ahora bajo ese tema puede usted formarse un sano criterio de lo que yo he expuesto y

del proceder de los que como yo dan la libertad por querer conquistar la propia libertad y la libertad de toda la humanidad.

- Lo que no acabo de comprender, Delfos, es cómo hay hombres que por un jornal diario se prestan a perseguir y encarcelar a honrados obreros, por el solo hecho de tener ideas, como si fueran malhechores.

- No es extraño, Antonieta, que usted no se explique la actitud de esos mercenarios. Tampoco yo me lo explicaba, pero cuando vi con mis propios ojos que esos esbirros martirizaban, con gran placer para ellos, a mis camaradas, para que se confesaran autores de delitos, que ellos momentos antes habían realizado, o habían pagado para que se realizaran, entonces comprendí que habían monstruos con figura de hombre.

- A propósito de eso, Delfos. ¿Es verdad lo que se ha dicho de las torturas a los detenidos?

- Es verídico y más que verídico, ha sido en proporciones mucho más aterradoras de lo que se ha dicho.

- ¿Ha sido usted torturado alguna vez?

- Sí, pero he sido de los menos castigados en ese sentido. He cogido buenas épocas, o mejor dicho, me han cogido en buenas épocas, cuando no se hacía abuso de esos criminales procedimientos. De todos modos moralmente he sido muy castigado. Más de una vez han acudido a mi mente intenciones funestas en que he creído que la única solución era el suicidio.

- ¡Por Dios, Delfos, no sea usted niño! Eso sería una solución poco digna de usted. Sería no tener confianza en sí mismo y en sus ideas. El que siente un ideal de vida y de grandeza debe luchar siempre sin desmayos hasta lograr los fines perseguidos.

- Ese ha sido siempre mi pensamiento, pero hay a veces pendientes tan pronunciadas en el camino, que difícilmente se pueden escalar. Yo no he dudado un solo momento de la bondad de mis ideas. Por el contrario, cada día se acumulan en mi mente y en mi convicción nuevas pruebas que vienen a fortalecer cada vez más mis arraigadas convicciones.

- Así, por lo visto, tiene usted esperanzas de llegar junto con los que piensan como usted al establecimiento de sus ideales, ¿no es eso?

- En ese sentido e interés dedico todas mis actividades, seguro del terreno que piso. Podré quizás quedarme en el camino, como muchos otros camaradas quedaron, siguiendo la misma ruta que yo, más eso no puede ser motivo de desmayos, ya que el objetivo a conseguir es tan sumamente capital que supera él, en grado sumo, todos eses pequeños sacrificios.

- Y si sucumbe usted en la lucha, como al parecer será lo más seguro, ¿qué habrá conseguido con ello al final de su existencia?

- Cumplir con un deber que la conciencia me impone de una manera imperiosa, y habré sentido la gran satisfacción de darlo todo por la causa, demostrando con mis actos que condeno la presente sociedad con el desprecio a la vida, por ser ésta indigna de ser vivida y amada por seres racionales.

- El hombre que reconociendo que la actual sociedad es imperfecta y más que imperfecta, nociva, y no hace nada para lograr derrumbarla e implantar sobre sus ruinas otro sistema de convivencia social más justo y equitativo, ese hombre es indigno de mejor suerte de la que no esta conforme a sufrir, pero que soporta por cobardía. Yo moriría seguramente de fastidio si tuviera que vivir aceptando resignadamente la vida estúpida de la sociedad presente, que con sus costumbres insustanciales hace del hombre un ser despreciable. Sé que me objetará usted, Antonieta, que la vida que llevamos nosotros es poco envidiable. Es cierto, pero yo prefiero ir de cárcel en cárcel y vivir de sobresalto en sobresalto, ya que esta vida agitada es mucho más atractiva y mucho más bella que no esa vida vegetativa de las multitudes sin nervio y sin conciencia de su existencia despreciable. A pesar de lo que acabo de exponer, no crea usted que nosotros nos encontramos felices y contentos encerrados en estas mazmorras. Nada más lejos de la realidad que eso. Nosotros, los que soñamos en una sociedad más justa y equitativa que la sociedad presente, sabemos el valor incalculable que tiene la libertad por la cual luchamos. Por eso al vernos privados de esa libertad rebajada de que hoy se disfruta en la calle, sentimos a más del peso de la cárcel, nuestra moral ultrajada. Si no fuera por la esperanza que el hombre siempre acaricia, como a la mujer amada, y

si no fuera por el instinto de conservación, moriríamos de pena como muere el pájaro en la jaula, añorando la libertad infinita del espacio.

Por otra parte, la vida en estos tétricos establecimientos es poco menos que imposible. En el alma del preso hay constantemente una herida abierta difícil de restañar. A pesar de ello, no por eso, por el miedo a ser detenidos, tenemos que amoldarnos al capricho y a los mandatos insolentes de nuestros tiranos. Si tal hiciéramos seríamos unos hombres superficiales sin temple, indignos de mejor suerte.

- Me estoy dando cuenta que ha sentado usted plaza de mártir, Delfos.

- Nada de eso, Antonieta. Aquello del mártir ya pasó a la historia. En nosotros sólo existe la satisfacción del deber cumplido.

- ¿Cuántos años tiene usted ahora, Delfos?

- Es una cosa esa que no me interesa mucho. Creo que actualmente tengo de veinticinco a veintiséis años.

- ¿Cuántas veces ha estado usted preso?

- Varias. No recuerdo ahora fijamente el número exacto: cuatro o cinco veces.

- ¿Ha estado alguna vez preso en Barcelona?

- Claro. En la cárcel de Barcelona fue precisamente donde aprendí a ser fuerte. Allí conocí a Pineda y a muchos otros buenos camaradas más.

- ¿Es usted catalán, verdad?

- Si esa pregunta tiene por objeto saber dónde nací, le diré que nací en Barcelona.

- ¿Así, seguramente habrá usted vivido varios años de vida agitada de la ciudad condal?

- Casi puedo decir que he nacido en el seno de esa vida agitada a la que se refiere usted, aunque desde luego me faltaba mucha de la experiencia adquirida en la cárcel a fuerza de estudiar.

- ¡Cuántas cosas deben haber ocurrido en Barcelona durante aquel desborde de pasiones. Aquí en Madrid la prensa habló muy extensamente de cuanto allí ocurría, pero yo siempre creí que verdaderamente la prensa no reflejaba la verdad en sus tendenciosas informaciones.

- Ni reflejaba la verdad la prensa burguesa de Madrid, ni la de Barcelona, que estaba obligada a ello, tampoco. Todo fue una farsa sangrante contra lo único sano que existía en la gran ciudad del Mediterráneo.

Cuando más animada e interesante se hacía la conversación entre ambos jóvenes, el timbre sonó enérgico e imperativo, anunciando el fin de la comunicación El carcelero daba con la mano suaves golpes a las puertas de los locutorios para avisar a los rezagados que había terminado la comunicación. Delfos y Antonieta se despidieron amistosamente después de haber convenido venir de nuevo el próximo domingo

Cuando Delfos llegó a la galería, después de la comunicación, los demás presos aún estaban en el patio paseando. Sus amigos le comunicaron que momentos antes había sido castigado un camarada a cinco días sin paseo por haber sostenido un fuerte altercado con uno de los carceleros.

El hecho había ocurrido de la siguiente forma: cuando estaban todos los presos paseando en el patio, entró inopinadamente el ayudante del director pretendiendo obligar a todos los reclusos a formar de espaldas a la pared de la galería.

Raúl, que no se había dado cuenta de aquella rápida e inesperada maniobra (por encontrarse en aquel momento sentado al sol leyendo un libro), fue duramente reprimido por el ayudante, el cual llegó a decirle que los hombres bien educados debían respetar en todo momento a sus superiores.

Al oír Raúl tal necedad de boca del carcelero sonrió maliciosamente y le dijo:

- Yo tengo un concepto de la educación y de la cultura mucho más elevado que usted. El hombre que medianamente se precia de culto y de condición moral elevada no se presta a ser esbirro de sus semejantes Luego añadió:

- No sé en qué podrá usted demostrarme que es un superior mío.

- De sobras sabes tú que soy el ayudante del director y se me tiene que respetar como a tal en esta casa.

- Está usted equivocado, señor. Para mí es usted tan respetable como cualquiera de los demás empleados de esta casa, y si yo respeto a todos ustedes no es porque se merezcan el respeto, sino que al hacerlo lo hago por respeto a mí mismo. En cuanto a la superioridad es una cosa que no acato bajo ningún concepto, ya que no tengo el por qué reconocerme inferior a usted. Usted será un superior de sus subordinados, ya que ellos lo entienden así; pero de eso a que usted sea un superior mío hay un abismo. Yo no tengo superiores ni aquí dentro ni fuera de aquí.

- ¿Es así como quiere demostrarme que es usted superior a mí? Qué desgraciados son ustedes. Confunden la superioridad con la brutalidad y la justicia con la violencia del castigo.

Cuando Delfos se enteró detalladamente de lo que había ocurrido con Raúl, preguntó a sus camaradas si habían tomado ya algún acuerdo sobre el particular. Estos le respondieron que efectivamente habían acordado solidarizarse con el castigado, ya que había sido una arbitrariedad lo que se había cometido con él.

Había dos opiniones entre ellos. Los unos eran partidarios de retirarse a sus respectivas celdas y no salir de ellas hasta que no saliera Raúl. Otros eran de la opinión de que antes de tomar tal determinación debían pedir una entrevista con el director para exponerle lo ocurrido, y si el director no hacía justicia desaprobando la conducta del ayudante, entonces procederían en consecuencia.

Todos quedaron de acuerdo en ver al director y se nombró una comisión al efecto.

Delfos y Sergio, este último uno de los que llevaban más tiempo preso, fueron los encargados de ver al director y se entrevistaron con él.

No hubo necesidad de poner en práctica nada de lo que ya en principio se había acordado. El ayudante, que sabía perfectamente por experiencia el modo de obrar de los presos sociales, vio en seguida que la situación se agravaría en prejuicio suyo y cuando hubo terminado el paseo, se presentó en la celda de Raúl y, después de haber reconocido ante el preso que había obrado impulsado por los nervios, le dijo que el castigo quedaba sin efecto.

La cuestión quedó zanjada y ya nada se mencionó por parte de los presos sociales.

Solo los presos de delito común comentaron el día siguiente aquel hecho de una manera apasionada.

- Esos sí que son hombres- decía uno de ellos.

- Ellos no sufren tantos atropellos como nosotros.- Decía otro.

- Claro es, porque no son tan "chivatos" ni tan "boqueras" como nosotros - decía el de más allá- nosotros sólo somos buenos para hacer baldeo en las galerías y para limpiar los zapatos de esos "pelaos", cosa que no haríamos en la calle por todo el dinero de Romanones.

Todos los allí reunidos hicieron un signo afirmativo con la cabeza.

***

El sol con su marcha ininterrumpida iba ya trepando allá en lo lejano las cimas de las montañas. Los gorriones piaban saltando de una a otra galería, buscando el sitio adecuado para pasar la noche. Las urracas pasaban volando por encima de los patios, dando fuertes graznidos como última despedida del día. Un halcón, remontando a una altura formidable que casi se perdía de vista, estaba preparando la última celada de ave de rapiña a unos pajaritos que canturreaban confiados en las copas de unos árboles cercanos. Una ráfaga de viento seco y glacial elevó varias hojas que iban rodando por el patio hacía unos días, después de haberse desprendido de los árboles del recinto. Las hojas secas, empujadas por el viento, traspasaron los muros carcelarios. Todo eran signo de libertad.

Delfos observaba atentamente todos aquellos signos y detalles de la naturaleza. Entonces pensó que era lástima que los hombres no imitaran a la naturaleza, barriendo también todas las injusticias.

La corneta cortó secamente el paseo de los presos, como la muerte corta la vida. Los presos, lentamente, fueron poniéndose en fila unos tras otros, dispuestos a regresar cada uno a su respectiva celda.

La noche era intensamente fría. A través de las ventanas de las celdas y de sus gruesos barrotes de hierro silbaba el viento hiriente del Guadarrama, que helaba sin compasión los cuerpos semidesnudos de los reclusos.

En esas noches inclementes, los presos, desarropados, no esperan casi nunca que la corneta toque silencio. Todos se echan sobre el jergón hechos un ovillo. Así esperan el nuevo día.

Los libros también duermen al unísono con los presos. Las manos de los reclusos permanecen frías, agarrotadas, como el corazón de los tiranos, y no lo pueden acariciar, a pesar del deseo.

Cuando el silencio era más profundo en la galería, una puerta de la planta baja se abrió, dejándose sentir en toda la galería el rechinar de los cerrojos llenos de herrumbre. Los presos, que aun no dormían, no hicieron el menor caso. Era un ingreso: otra víctima más. Sólo Delfos, que estaba en la celda contigua a la del ingresado, pensó que al día siguiente tendría que saludar al nuevo recluso y quizá, si no había estado nunca preso, tendría que darle algunas pequeñas explicaciones con respecto al régimen interior de la cárcel.

La noche transcurría lenta, como el dolor. Nada, ni el más leve ruido se sentía en el inmenso edificio donde tantos corazones latían al unísono, apenados por su suerte poco envidiable. Sólo cada cuarto de hora, cuando el reloj de la torre del edificio maldito daba la primera campanada, la voz tétrica e hiriente de los centinelas dejaba sentir, unas veces ronca y otras veces clara, aquel: ¡Y Alerta está! Que se perdía a lo lejos como el misterio.

El día amaneció gris. Una espesa niebla envolvía el gran edificio, que aun lo hacía más simbólico y triste. Momentos después la corneta rompió el silencio con su matutino y acostumbrado toque de diana. Los presos hicieron caso omiso de aquella orden, y como si les hubieran movido a todos por mediación de un resorte, se giraron de lado y continuaron en la cama esperando el segundo toque, que era el de recuento, para el que entonces todos tenían que estar en pie.

El preso que había ingresado la noche anterior y que estaba junto a la celda de Delfos, se levantó al toque de diana, obedeciendo la ordenanza

carcelaria. Entonces Delfos, que oyó que el nuevo recluso se levantaba de la cama, pensó que su vecino seguramente venía del penal, ya que de aquella manera tan automática obedecía la orden. En el penal se abusa mucho mas del recluso que en la preventiva.

Los ordenanzas se pusieron inmediatamente a abrir los cerrojos de las celdas, para tenerlo todo preparado en el momento del toque de recuento.

Cuando el ordenanza llegó y abrió la celda del nuevo ingreso, éste preguntó al ordenanza si conocía. a Delfos Peralta.

- ¿Delfos Peralta has dicho?
- ¡Sí!
- Pues mira, no largues la mano mucho porque lo vas a tocar. Ocupa la celda de la derecha. ¿Qué, eres sindicalista tú también?
- No, yo no soy sindicalista, aunque simpatizo con ellos. Vengo de Alcalá de Henares y llevo un recado de un amigo de Delfos para él.
- Bueno, pues dentro de un momento podrás hablar con él. Ahora mismo voy a avisarle.

El ordenanza que, a pesar de ser un preso común era un buen muchacho, comunicó inmediatamente a Delfos lo que le había dicho el ingreso.

- ¿Te ha dicho si era compañero nuestro?
- Me ha dicho que no es sindicalista, pero que es simpatizante. Valiente descubrimiento. Como si aquí no fuéramos todos simpatizantes vuestros. Si quieres, le abriré la puerta a la hora del baño y así podrás hablar con él más pronto.
- No, eso no. No, porque él ingresó anoche a última hora y, por consiguiente, ayer no pudo pedir permiso, y si tú le abres la celda para el baño, pueden castigarte. Ya hablaré con él a la hora del paseo.
- Como quieras, Delfos

A la hora del paseo el penado habló con Delfos y sus camaradas.

- Yo vengo de Alcalá de Henares, de aquello que llaman reformatorio de adultos y que es un infierno dantesco. Allí he conocido a todos vuestros camaradas con los cuales desde el principio me sentí estrechamente ligado a ellos. A ser sincero he de deciros que teóricamente desconozco casi por completo vuestras ideas, porque en el penal no nos dejaran leer otros libros que los religiosos y otras tonterías por el estilo, pero el tiempo que he convivido con vuestros hermanos en ideas, me ha bastado para reconocer en vosotros a los hombres más elevados en sentimientos humanitarios. No creáis que lo que digo es producto de un momento, y nada más que de un momento. Sentiría que me confundierais con uno de esos muchos pobres diablos que andan por estas casa y que por el solo hecho de haber convivido con vosotros más o menos tiempo han aprendido cuatro frases más o menos corrientes en vuestros medios y luego las van repitiendo por todas partes, llegando muchas veces a explotar la buena fe y el sentimiento de vuestros camaradas en la cárcel y en la calle. Yo no pretendo nada de eso. Me consideraría indigno de vuestra amistad. Simpatizo con vosotros, que equivale a decir con vuestras ideas, y cuando salga en libertad, que será muy pronto, porque ya estoy cumplido, procuraré estudiar para hacerme por el estudio digno de vuestras ideas, que ya son las mías también.

Ahora, aquí tenéis estas cartas que vuestros camaradas me han dado para vosotros. Luego ya os explicaré algo sobre la situación desesperada de vuestro camarada Pineda.

# CAPITULO IV

## *Aurora Nueva*

Hacía uno años que Antonieta estaba preocupada. Desde que conoció a Delfos y comprendió sus ideas, se forjó en ella una nueva aurora.

Donde fuera que viera un acto reprobable o una injusticia, no podría por menos que hacer patente su protesta, aunque para ello guardaba siempre todos los respetos. Su protesta se hacía más enérgica y viril cuando algún botarate cualquiera se dignaba calumniar a los hombres que ella creía héroes y esperanza del mañana. Entonces Antonieta se sentía herida en lo más interno de su consciencia, considerando a los calumniadores como a los seres más despreciables.

Delfos cada momento sacaba libros de la cárcel para que su amiga pudiera dedicar algún rato a la lectura. Antonieta leía todos aquellos libros con gran interés, abriéndose en ella cada día nuevas ansias de saber.

En más de una ocasión su madre la había encontrado en su habitación con un libro en las manos y durmiendo, rendida por el sueño a horas muy avanzadas. Alguna vez, entusiasmada Antonieta por aquella lectura conmovedora, se colocaba al lado de su madre y le leía capítulos enteros, cosa que la madre, mujer de grandes sentimientos y noble corazón, escuchaba llena de emoción.

- Qué vida la de esos hombres, se decía Antonieta, cuando recordaba serenamente lo que Delfos le exponía en el locutorio. Para ser así se necesita tener una valentía inquebrantable. Debe haber entre esos jóvenes existencias verdaderamente interesantes. Yo quisiera conocer la vida de Delfos en todos los aspectos más hondos.

Y del amor, ¿qué concepto tendrá Delfos del amor? ¿No habrá amado nunca a ninguna mujer? Si en el amor es tan abnegado como lo es en sus ideas, será un hombre verdaderamente excepcional.

Yo no sé. Aún no he podido de una manera concienzuda calificar en justicia a esos hombres. Muchas veces los conceptúo como locos visionarios, como hombres que han perdido la visión clara de la realidad de las cosas. Otras veces, sin embargo, veo en ellos lo único sano, lo único provechosos de esa sociedad, llena de concupiscencia y de injusticias.

¿Será acaso eso el flujo y reflujo que se está operando en mi conciencia al describir ante mi los nuevos horizontes desconocidos?

Mucho me temo ser injusta en mis pensamientos al enjuiciar a Delfos y sus ideas. Cuando se reflexiona en ello pronto se dilucida que esos hombres no son locos y si algo tienen de visionarios es una visión privilegiada sobre los demás visionarios.

Lo que es verdaderamente significativo es que cada palabra, cada concepto que vierten, son armoniosos como las notas musicales. En el obrar es igual. Cada acto que realizan es audaz,y, a pesar de ser arriesgado, no se detienen ante el peligro. Es debido ello, indudablemente, a que siempre es el cerebro el que determina la acción que tanto les caracteriza.

Tal pensaba Antonieta de Delfos, sus amigos y sus ideas.

Ella, a pesar de estar desligada de ciertos prejuicios profundamente arraigados en la mujer, apenas comprendía lo que era tan comprensible, ni lo que era para Delfos claro como la luz del sol.

A pesar de todo, la bella joven estaba colocada en el terreno de la lógica, y eso sólo bastaba para que Delfos, de una parte y los libros, por otra, se encargaran de completar la obra.

A medida que Antonieta fue investigando las cosas de la vida en todas sus más pequeñas manifestaciones, vio las muchas lacras e impurezas que corroen la humanidad doliente.

***

Los familiares y amigos de los presos esperaban en el amplio patio exterior la hora de la comunicación. Unos tras otros y por turno, fueron recogiendo los números correspondientes a los locutorios que les estaban reservados. Antonieta había ido aquel domingo más temprano que de costumbre a la cárcel, y fue de los primeros en recoger la comunicación. Pronto estaría en el "confesionario", como decían ella y Delfos muchas veces en broma, cuando enjuiciaban el estrecho locutorio.

Rejas adentro se encontraba también Delfos, esperando en el centro aquel "vamos" del carcelero.

- ¡Buenos días, Delfos!

- ¡Salud, Antonieta!

- ¿Que tal? ¿Como ha pasado usted estos últimos días de encierro?

- Los he pasado bien, Antonieta. Aquí los días, los meses y los años, pasan, con pequeñas variantes, iguales unos a otros.

- ¿Se ha extrañado acaso que haya venido hoy a comunicar más temprano que los otros días?

- Si, algo de eso me ha ocurrido cuando he visto que me llamaban a la primera comunicación, Creí que no fuera alguno de mis camaradas que, a lo mejor, venía a comunicarme algo de interés sobre la situación política y social de la calle.

- Pues ya ve que se ha equivocado usted.

- Así lo veo, Antonieta.

- Es tan larga la semana... Que yo quisiera que hubiera un día festivo entre la misma, para poder venir dos veces por semana. Comprendo que soy un poquito egoísta, pero qué vamos hacer... Ya ve usted, Delfos. Yo, estando en libertad, me aburro y no encuentro apenas ningún atractivo a la vida. Cuando veo que a mí me ocurre eso, pienso que será de ustedes que están encerrados en estas mazmorras, como dice usted. El techo de este edificio debe ser para ustedes aplastante como una loza de plomo.

- La vida del preso, como creo, ya le dije en otra ocasión, es un constante flujo y reflujo. Hay veces que nuestro ánimo está tan decaído y pesimista que no puede usted llegar ni a imaginarse los absurdos tan

grandes que llegan a nuestra mente. Sin embargo, ese pesimismo afortunadamente es sólo pasajero; el menor acontecimiento en la calle influye tan poderosamente en nuestro ánimo, que frente al pesimismo vemos renacer ante nosotros, constantemente, el optimismo cada vez más puro, el que siempre viene a borrar las horas tétricas de nuestra obscura existencia.

- Yo creo, Delfos, que los carceleros son demasiado severos con ustedes. Usted mismo me ha dicho en varias ocasiones que estar sueltos en el patio constituye para ustedes una gran distracción, y además, una pequeña libertad. Y bien, si es así, ¿por qué esos señores no procuran tenerles a ustedes todo el día en el patio, haciéndoles así más llevadera su estancia en la cárcel? Porque eso de tenerles a ustedes durante veintiuna horas encerrados en la celda es un castigo perpetuo, a que están ustedes sometidos diariamente. Eso en los tiempos de la inquisición podía tener una justificación para aquellos desalmados que la aplicaban con tanta crueldad y placer, pero hoy, en pleno siglo XX, es ignominioso.

- Cuanto dice usted es muy razonable, muy humano. Antonieta; pero en el corazón que anida en su pecho es un corazón sensible y humanitario, mientras que el corazón de nuestros esbirros, si es que tienen corazón, es un corazón de piedra borroqueña. Ellos tienen la convicción insospechada que la prisión, y en particular el presidio, es un antro de tortura del preso. A pesar de ello, gozan tiranizando al recluso diciendo que así escarmentarán antes de volver a delinquir de nuevo. Dígase lo que se quiera, por parte de la magistratura y por parte de todos los que de una manera y otra están considerados como criminalistas, la cárcel, por diferentes motivos, es la escuela del ladrocinio, y el presidio es la antesala del crimen. Lo que el hombre no es capaz ni remotamente de imaginarse y concebir en la calle, lo aprende a la perfección en la cárcel, al lado de los viejos profesionales. Podemos afirmar que en la cárcel y en el presidio es donde se incuban los grandes robos y los más repugnantes crímenes, que más tarde se ejecutan en la calle. Esa es la única obra positiva que realizan los llamados guardianes del orden con su sistema equivocado de la penalidad y el encierro. Muchas veces, por envidias, por intereses o bajas pasiones, se lleva a

hombres honrados a la cárcel, sin tener en cuenta el gran determinismo histórico, en el cual se tendrían en buena lógica que basar todos los criminalistas. Esas víctimas que van a la cárcel de una manera tan ignominiosa, durante su encierro, tienen tiempo más que suficiente para estudiar la venganza o el desquite. Lo mismo ocurre con el expropiador, que en la cárcel estudia el Código Penal hasta aprendérselo de memoria, para "actuar con más fundamento de causa", a la par que estudia la forma de dar un "buen golpe", cuando salga en libertad.

- Debe haber entre ustedes hombres verdaderamente monstruosos. ¿Verdad, Delfos?

- Aquí hay hombres que son ya incurables de sus defectos. Aquí se puede observar de una manera corriente, al tipo ese de hombre, tan maravillosamente descrito por Gorki, y que él les llama ex hombres. A los ex hombre les ocurre lo que a la sociedad y al régimen capitalista, los cuales ya no se pueden reformar ni transformar. Por higiene y por humanidad deben desaparecer los unos y la otra, en su origen más remoto.

- Así, ¿es usted partidario del exterminio de esos incurables en el momento preciso de destruir la actual sociedad capitalista?

- Nada de eso, Antonieta. La sociedad burguesa no desaparecerá seguramente jamás, si no es a base de la violencia de los de abajo contra los de arriba; es decir, de los tiranizados contra los tiranos. Sin embargo, el individuo pernicioso, gastado e in-aprovechable, desaparecerá poco después de la transformación social, porque indudablemente la una cosa es la consecuencia lógica de la otra. Lo que deberían tener bien en cuenta los ciudadanos activos de la futura sociedad libertaria, ha de ser que esos seres lacrados, no tengan ocasión de reproducirse, evitando que esa mala semilla fructifique en el nuevo ambiente, que cada vez más ha de tender a purificarse. A mi modo de ver las cosas, creo que esos hombres deben mantenerse, en la forma más humana posible, apartados de todo contagio, y sobre todo del contacto sexual. Es decir, que los hombres y mujeres tarados, deben permanecer estériles durante el resto de su vida, para que con ellos desaparezca toda la degeneración que llevan en sí.

- Estoy completamente identificada con su punto de vista, Delfos; lo creo muy racional y humano, pero ¿quien podrá evitar que esos seres procreen y se reproduzcan?

- La ciencia médica, puesta incondicionalmente al servicio de la nueva sociedad naciente, habrá de ser la encargada de esa depuración sagrada.

- Si es así, se habrá dado un paso definitivo en ese importantisimo aspecto.

¿Cuantos presos hay en total, sobre poco más o menos actualmente, en ésta cárcel?

- Somos aproximadamente unos seiscientos.

- ¿Todo jóvenes, verdad?

- La casi totalidad somos jóvenes. También hay algunos que tienen sesenta años y más, pero ésos son muy pocos. Lo más lamentable de todo no es que hayan viejos de sesenta y más años, sino que también hay muchos niños de ocho a quince años.

- Cómo, ¿también hay niños presos, aquí? ¿Y por qué están presos esos niños, qué delito han cometido?

- El delito más grande de esos pequeñitos, el único delito de esas criaturas, es el terrible delito de haber nacido de las entrañas de una madre desnaturalizada, que aferrándose a la moral caduca de la actual sociedad burguesa, después de haberlos concebido con amor o sin él, y después de haberlos parido con dolor, siendo solteras o casadas, para encubrir su "falta" los han abandonado para fingir una honradez que perdieron para siempre, no al entregarse por amor o por dinero, sino por lanzar al arroyo al hijo de sus entrañas. Es así la sociedad presente para con los hijos del amor "ilícito", como si el amor, eso que se llama el amor, fuera algo susceptible de someterse a un freno, a una regla concebida sólo en la estupidez de la religión, nido de toda perversión, y en la mentalidad calenturienta de los viejos y nuevos moldes caducos de esta sociedad corrompida. Una sociedad que llama "bastardos " a los hijos del amor e hijos adoptivos y naturales a los "bastardos". Esos niños los encontraron en el arroyo, sin hogar, abandonados por sus progenitores, y los trajeron aquí por haber cometido alguna pequeña falta: la falta de no tener pan y buscarlo, que es lo que hacen incluso lo animales más inofensivos.

- Así ¿los niños que hay aquí presos no conocen a sus madres ni a sus padres?

- No, no los conocen, ni falta que les hace. Se ha demostrado en diferentes ocasiones, que señoras de pomposa posición social, como cualquiera otra mujer ignorante, a pesar de los muchos adelantos modernos que hoy la ciencia pone en manos de la mujer para evitar el embarazo, por ignorancia y por dejadez, la mayor parte de las veces, no han sabido sustraerse a lo que ellas creen una fatalidad, como es el hecho de tener un hijo; y luego de haber dado la vida a un nuevo ser, ante los convencionalismos sociales estúpidos, no han vacilado un momento en abandonarlo o estrangularlo en el preciso momento de nacer. Y claro está, siempre llegamos a la misma conclusión. La sociedad presente, que tiene dos velos que lo cubren: el oro y la hipocresía. Una persona puede ser lo peor, el desecho más repugnante de la especie humana. Un sarnoso, un leproso, un apestado por el virus canceroso o sifilítico, puede serlo todo, lo más gastado. Pero si esa persona posee una fortuna, todos los males que la corroen serán aparentemente disimulados al calor de sus millones. Eso es en síntesis la realidad más latente de la sociedad actual. Por dentro, todo podrido: por fuera, todo lujoso y engalanado. El manto de la hipocresía sabe cubrir paternalmente el cuerpo corroído de la sociedad capitalista, base de todas las angustias humanas. Perdóneme, Antonieta, si me he desviado un tanto de lo que usted me preguntaba con arreglo a esos pobres pequeños.

- Nada de eso, Delfos. He de manifestar le con toda sinceridad, que le estoy profundamente agradecida por la molestia que para usted representa tener que darme tantas explicaciones, explicaciones que yo agradezco en el alma. Vivimos tan alejadas las mujeres de todas esas inquietudes, que yo me siento verdaderamente transportada a regiones cuando usted habla de esa manera para mí tan desconocida. Dígame Delfos. Volviendo de nuevo los niños presos. ¿A esos chiquitines también los tienen todo el día encerrados en la celda?

- No. A ellos los tienen todos juntos en un aglomeración, aglomeración que por cierto está en pésimas condiciones higiénicas.

- Y la comida ¿qué clase de comida les dan a ellos?

- Ellos comen del mismo rancho que nosotros, con la agravante que a ellos les dan menos cantidad que a nosotros, cuando ellos necesitan mucho más alimento que nosotros, ya que de no ser así se exponen fácilmente a la tuberculosis, por encontrarse su organismo en pleno desarrollo. En esta caso no se hace nada por nadie en sentido humanitario, ni aunque se trate de niños. En esta mazmorra, como en todas las otras muchas que yo he habitado de este género, sólo he visto la barbarie entronizada en ellas. El ordenanza de la galería donde yo estoy, es un chico muy bueno. Este preso, desde que lo hicieron ordenanza, en vista que él no ignoraba las pésimas condiciones en que se encuentran esos pobres pequeños (los "micos", como les llaman aquí) desde el primer día que ese ordenanza, a última hora de la tarde recorre todas las celdas de la galería, y recoge todo el pan que les ha sobrado a los reclusos, lo lleva a esos desgraciados, que se lo comen como si fuera el mejor de los manjares. Da pena ver a esas pobres criaturas como devoran los mendrugos de pan seco. El verlos comer produce el efecto del que se encuentra en un parque zoológico, viendo comer a los animales salvajes.

- Diga, Delfos. ¿Quienes son los ordenanzas? ¿Son empleados?

- No. Los ordenanzas son presos como nosotros. Estos presos van sueltos por la cárcel, y son lo que se cuidan de abrir y cerrar las puertas, que es lo que tendrían que hacer los carceleros, y que ni eso quieren hacer. También son los que se cuidan de barrer y hacer baldeo en la galería.

- Entonces, los carceleros ¿Que hacen?

- Nada, absolutamente nada. Es decir, sí que hacen. Se cuidan de castigar a los reclusos por lo más mínimo.

- Así diga usted que esos señores padecen todos los males.

- Todos los males. Es cierto.

- Y de Pineda. ¿Ha tenido usted noticias de Pineda?

- ¡Sí! Hace unos días tuvimos noticias directas de él. Nos las dio un penado de delito común que estuvo en ésta de paso para el penal de Ocaña, y que venía de Alcalá de Henares. Según nos comunicó dicho penado, nuestro camarada Pineda se encuentra en el penal pasando el período. El periodo es una de las tantas injusticias que se come-

ten en el presidio contra los reclusos. Como es sabido ya por los que de lejos o de cerca han tenido relación con los privados de libertad, los presos todos, antes de ser condenados o absueltos por los tribunales llamados de justicia, pasan varios meses, hasta varios años en prisión preventiva, mientras se instruyen los sumarios y se fallan las causas en la Audiencia. Una vez fallada la causa, si el fallo es desfavorable para el procesado, este después de condenado es confinado, según la condena y la edad a los distintos presidios de la península, donde han de extinguir la condena, si no revientan antes de cumplir. Al llegar los penados al presidio destinado, para amargarles aún más la existencia se les somete a ese rigoroso periodo. El periodo es más o menos largo, según la condición moral y sentimental del director del penal, siendo limitado ese tiempo máximo por la dirección de penales, a nueve meses, el cual de una manera legal, ningún director presidario podrá excederlo sin contravenir esa disposición oficial. Son la mayoría, los penados que en estos tiempos de represión inocua cumplen los nueve meses de periodo, que es el tiempo suficiente para el penado quede completamente agotado ya para el resto de su vida. Nueve meses de periodo. Nueve meses de celda perpetua, sin libros, sin sol, sin luz, sin noticias de ninguna parte, sin relación ni con los compañeros de infortunio. Eso es el período; un régimen criminal que no sirve para otra cosa que para amargar y acobardar la existencia angustiosa del preso. Aquí en la cárceles preventivas, o sea en las celulares, no existe eso del período, pero sin embargo existe la celda perpetua, veintiuna horas diarias de celda, desde que se ingresa hasta que se sale.

- Oiga, Delfos. ¿No les dan a ustedes medios para trabajar y ganarse algo en el encierro, para hacer sus vidas más soportables?

- No me hable usted del sistema llamado de talleres de estos establecimientos. Hay algunos reclusos que trabajan en los "talleres" aquí establecidos, pero trabajar en las condiciones que aquí se trabaja en todos los órdenes de la vida, es verdaderamente inhumano. Aquí se explota al preso de una manera bochornosa. No creo que haya habido en la historia de los pueblos un sistema de explotación tan abominable. Ni los antiguos negreros. Los presos que aquí van a los "talleres", tra-

bajando todo el día, los que tienen oficio, como carpintero, zapatero, mosaísta, etc. Ganan el jornal máximo de una peseta diaria. Eso los que son admitidos en los talleres, que no lo son todos los que lo solicitan. Dígame usted ahora si en esas condiciones se puede trabajar, aceptando esa limosna humillante para el hombre que sabe el valor del rendimiento diario de su trabajo.

- Sí, pero eso de estar tantas horas encerrado en celda, ha de ser horroroso, Delfos. Yo, muchas veces lo he pensado y no he llegado a descifrar en qué podría emplear todas esas horas de celda.

- Nosotros, los presos políticos y sociales, pasamos el tiempo bastante distraído, yo mismo dedico muchas horas diarias al estudio. La lectura me absorbe materialmente la mayor parte de las horas del día, Como a mí, les ocurre a todos los demás camaradas míos.

- ¿Tienen ustedes libros suficientes para dedicarse a la lectura y al estudio?

- Hasta ahora no nos han faltado libros. Es de la única cosa que no carecemos de momento. Tenemos libros y mucho tiempo suficiente para leer y estudiar.

- Aún veo que la Dirección tiene en cuenta la necesidades sentidas en ustedes del estudio facilitándoles lectura para instruirse.

- No, Antonieta; está usted en un lamentable error; no es la Dirección la que nos facilita nuestro pan espiritual. La Dirección no se preocupa de nuestras necesidades intelectuales; como tampoco se preocupa por las demás necesidades. Los libros que nosotros poseemos y leemos, no son del establecimiento éste. Esos libros son nuestros, seleccionados por nosotros, comprados unos y regalados otros. Nosotros, los presos sociales, tenemos una hermosa biblioteca particular, compuesta de más de 600 volúmenes. Eso representa un gran esfuerzo por parte nuestra y es precisamente por ese esfuerzo por el que hoy disfrutamos de esa mejora tan apreciable.

- Así, ¿esos libros pertenecen a todos los presos de la cárcel?

- ¡No! Esos libros sólo pertenecen a los presos políticos y sociales, si bien nosotros, cuando vemos que hay presos capaces de conservar y tratar los libros como se merecen, no tenemos ningún inconveniente

en prestarlos a quien los solicita. Claro está que esta conducta nuestra nos ha traído algunos disgustos, porque son muchos los libros que nos desaparecen, pero a pesar de ello, nosotros dejamos los libros que nos solicitan, porque sabemos lo mucho que vale un libro en la celda.

- ¿Qué clase de libros tienen ustedes? ¿Son todos de carácter social?

- ¡No! Hay en nuestra Biblioteca libros de todas clases; de historia, ciencia, arte, geografía, filosofía, astronomía; en fin, de todas las ramas del saber humano. Para que no nos falte "nada", tenemos hasta la Biblia.

- ¿Qué libros son los preferidos por usted?

- Me gustan todos, porque en el tiempo que llevo preso he leído ya todos y muchos otros, que no están aquí. Los libros preferidos por mí son los que tratan de historia, sociología, geografía y astronomía.

- Debe usted dedicar muchas horas al estudio diario, ¿verdad?

- ¡Sí! Pero eso según los días. Ya le he dicho que en otras ocasiones, que el preso pasa por una serie de pruebas verdaderamente incongruentes, las unas de las otras. A veces cojo un libro y no lo dejo hasta terminarlo por completo; tal es el interés que me sugiere su lectura. Pero otras sin embargo, me paso a lo mejor una hora con el libro abierto, y mis ojos recorren sus páginas hasta que tengo que cerrarlo, porque me doy cuenta que mi cerebro está ausente de lo que leen mis ojos, y no digiere su contenido.

- ¿A qué atribuye usted, Delfos, esa anormalidad intelectual que se manifiesta en usted?

- Esa anormalidad cerebral que no se da sólo en mí sino en todos los que leen mucho, yo la atribuyo a dos cosas. El motivo principal creo debe ser la debilidad; por falta de alimento en nuestro organismo; la otra causa debe ser las muchas horas dedicadas a la lectura. El cerebro, como el músculo, llegan a quedar agotados por el trabajo intensivo, sin método.

- Así resulta que han convertido ustedes las celdas en aulas. Y escribir, ¿no escribe? ¿Colabora usted en algún periódico?

- Alguna vez me da por hacer alguno que otro trabajo para los pocos periódicos obreros que hoy salen en España, debido a la gran represión

que ese pobre generalote lleva tan sistemáticamente contra todo lo que en sí lleva algún matiz liberal.

- Lo que debe usted hacer, es practicarse en eso del periodismo y hacerse periodista.

- Veo que no me quiere usted bien, Antonieta. Antes que periodista preferiría ser cualquier cosa. Lo considerado como más modesto, lo haría, antes que dedicarme a esa profesión servil e inconsciente. Hoy, los periodistas están colocados en el mismo terreno moral que las prostitutas. La mujer pública vende su cuerpo, y eso para ella es el modo de vida más consubstancial con su lamentable profesión. El periodista no vende su cuerpo, pero prostituye su consciencia, que es mil veces más denigrante aún. Por un plato de lentejas, servido en los centros oficiales, los periodistas se doblegan ante el tirano, como lo hace cualquier sacristán en la iglesia.

- ¿También con los periodistas, Delfos?

- También; ya verá usted cuando llegue el momento de hablar detenidamente de esos lentejuelas, cuanta es la razón que me asiste para tratarles como se merecen casi todos ellos.

- Pues contrariamente a lo que usted dice, yo sé que hay algunos de ellos que han ido a la cárcel por combatir a los actuales gobernantes.

- ¡Sí! Alguno que otro sin más consecuencia que unos días de cárcel o de destierro ha habido por ahí. Cosa de periodistas castizos, y cosas del no menos castizo Primo de Rivera. Desde luego que entre los muchos hay quien no se ha sometido al tirano y se ha puesto incluso frente a él, pero han sido tan escasos esos hechos, que todos juntos se pueden contar con los dedos de una mano. Han preferido cobrar, la casi totalidad, doblegándose servilmente ante quien les paga, sea en la oficina del periódico, o sea en los centros oficiales. ¿Sabe usted, Antonieta, lo que sucedería si a un famoso cantante le impusieran como condición previa para cantar, que se colocara un bozal en la boca o un dogal en la garganta? Pues sucedería que el célebre cantante en cuestión, en vez de cantar, lo que harías sería rebuznar como un pollino. Así les ocurre hoy a los periodistas, que de tanto rebuznar ya han perdido hasta la noción de su conciencia y su deber que es el deber

de cantar recio y fuerte, desde la gran tribuna del pueblo, que no otra cosa tendría que ser el periódico.

- ¡Creo que toca al timbre, Delfos!

- Sí; ya nos echa.

- Bueno, Delfos, hasta el próximo domingo. Si quiere puede sacarme otro libro, que el que tengo en casa ya lo habré terminado dentro de unos días. El próximo domingo cuando venga a verle, le traeré los dos que tengo en casa.

- ¿Le han gustado los que tiene?

- Mucho; parece que están escritos con el corazón y no con la pluma. Sáqueme alguno, si tiene, que trate del amor.

- Muy bien. Ya se lo mandaré, que tengo varios.

- Hasta el domingo, Delfos.

- Salud, Antonieta.

***

El rudo invierno, hiriente como el filo de una guadaña, con sus fríos y sus copiosas nevadas, fue extinguiéndose como se extingue la vida en el cuerpo del ser humano, a media que esté envejece. La hermosa y fecunda primavera fue cariñosamente extendiendo sus alas por todas partes, y su manto verde, signo de vida y de fecundidad, se extendió también como único ropaje de toda la vegetación. El perfume embriagador de las flores purificó el ambiente de la vida.

Todo se manifestaba en plena actividad. Los pájaros que durante unos meses habían permanecido tristes y callados ante la rigurosa estación invernal, volvieron de nuevo a entonar sus armoniosos trinos, lanzando al espacio sus inocentes notas de amor y libertad.

Los gorriones de la cárcel habían perdido ya aquella figura típica de estropajo, que habían conservado durante los últimos meses de frío, y sus plumajes permanecían lisos y rizados como si hubieran cambiado de indumentaria. Iban y venían de los campos, llevando en los picos la paja para construir sus nidos. Los polluelos de los chiquillos les tendían

celadas, y muchas veces quedaban entre las redes o entre los cepos. Las ventanas de las celdas, tampoco no eran ya tan frecuentemente visitadas por ellos. El pan que los reclusos ponían en ellas para que comieran los muy bribones, el sol lo secaba y ennegrecía. Había ya comida por todas partes para ellos.

La Naturaleza también influye poderosamente en el organismo humano. La vitalidad del hombre renace también como renace la flora.

Delfos, aquella primavera se sentía optimista y fuerte para afrontar como única las consecuencias adversas de la lucha. En ninguna ocasión se había sentido tan firme en sus convicciones, y había hecho una conclusión tan bien definida del porvenir de la humanidad y sus ideas. La divisa estaba bien marcada en los lindes de su conciencia. Siempre adelante, ante todo y contra todos los obstáculos, hasta llegar al fin tan deseado por todos los que pensaban como él.

La noche era clara como las aguas diamantinas de un lago. La luna con su divisa de luz en las tinieblas alumbraba por todos los ámbitos de la tierra al caminante nocturno en su camino de innumerables escollos. Una nube voluminosa, blanca como un alud de nieve, pasó rápida por la acción del viento, rozando el gran disco luminosos, y una mueca burlona salió de aquella cara redonda y satisfecha. Iba el nubarrón inofensivo empujado por la corriente, y su marcha cada vez era más acelerada.

El centinela de la cárcel dio la voz de alerta. El grito fue prolongándose como el eco en las montañas, por la respuesta automática de los otros centinelas.

La noche transcurrió lenta y reposada. La luz matutina se dibujaba ya allá lejos. Pronto contaría el preso un día más en su haber. Triste perspectiva la del recluso que espera un día tras otro para extinguir su pesada condena.

La corneta tocó diana. Todos los reclusos, que aún no se habían levantado, lo hicieron automáticamente sin pereza ¿Que pasaba? Se había anunciado días antes, y de ello había hablado ya la prensa diaria, de que iban a dar un indulto general.

En la preventiva se puede afirmar que el noventa por ciento de los casos no son favorecidos por los indultos; a pesar de ello, cuando se

habla de un indulto, todos los presos suelen interesarse por diferentes motivos y razones.

Poco después, el ordenanza abrió la puerta de la celda de Delfos, y le entregó el periódico. En la cárcel de Madrid, durante la Dictadura, no se dejaba leer la prensa diaria, de ninguna clase, pero el ordenanza, en un descuido se lo había cogido al carcelero.

El indulto era de escasa importancia. Después de un pomposa preámbulo, decía en concreto que a todos los presos condenados se les rebajaba la condena en seis meses, y los que estuvieran pendientes de proceso, que no excediera la petición fiscal de dicho tiempo, quedaban igualmente en libertad.

De las causas en curso que se pedía más de seis meses, como de los presos gubernativos, que eran muchos, nada decía el decreto.

A pesar de eso, Delfos y sus camaradas aquel día estaban muy contentos. Estaban contentos porque, a pesar de que a ellos no les beneficiaba en nada el decreto - ley sabían que varios cientos de presos saldrían en libertad y que muchos hogares serían reconfortados con el apoyo y el cariño de sus seres más queridos.

Antonieta también estaba muy contenta, aquel día. Cogió inmediatamente la pluma y se puso a escribir a Delfos, para saber en concreto, detalladamente, el alcance del indulto; así como para enterarse si Delfos y sus camaradas también habían participado de los beneficios del mismo

- Que alegría más grande, se decía, si Delfos sale en libertad.

Después de reflexionar un momento, una inmensa tristeza embargó a la hermosa joven. Primero, pensó que Delfos podía, efectivamente, salir en libertad, pero también pensó luego, que en caso de que fuera así, las huestes de la Dirección General de Seguridad obligarían a su amigo a salir de Madrid inmediatamente para Barcelona. Pensando en eso estuvo un largo rato ante la carta que había terminado de escribir para el preso.

- Bueno, que lo destierren- se dijo. Lo que importa es que salga en libertad.

Delfos contestó inmediatamente a la carta de Antonieta. Informaba en su carta detalladamente a su amiga, diciéndole que el indulto no había alcanzado a los presos gubernativos, por ser éstos, a más de presos, rehenes del Estado opresor.

Cuando Antonieta recibió la carta de Delfos, después de leerla lloró largo rato. Lloró y no supo si de pesar o de alegría. La carta del preso era tan animosa y tan optimista, que Antonieta se sintió feliz y apesadumbrada. Por otra parte, sólo pensar que Delfos podía salir de la cárcel y ser obligado a coger el primer tren en dirección a la ciudad condal, también era para ella algo desconsolador. Por un momento fue Antonieta cariñosamente egoísta para con su amigo preso.

"*Qué importa -decía Delfos en su carta- , que yo no salga en libertad, si sé que hay cientos de hombres presos que dentro de unos días serán restituidos de nuevo a sus hogares, donde les esperan su madres, sus hijos y esposas, y sus novias. La felicidad es tan rara entre los humanos, que la hora del goce sólo son unos pocos los agraciados, y aún muchas veces esa alegría suele estar impregnada de amarguras. Yo, en estos momentos me siento feliz con sólo pensar que dentro de unos días, muchos seres humanos serán lo que ahora no son, hombres*"

Y meditando y releyendo la carta del preso, Antonieta pensaba: Qué hombres más fuertes y qué espíritus los suyos. Una sociedad compuesta de hombres, de seres humanos dotados de ese temple, sería un verdadero paraíso. Sacrificio, abnegación, bondad; todo cuanto de bueno se pueda esperar del ser humano, está encarnado en la conciencia de esos hombres.

Sin embargo, la sociedad actual, a pesar de todo eso, les condena a vivir entre rejas, sin haber cometido ningún delito. Ahora comprendo el por qué Delfos y sus camaradas, al mismo tiempo que combaten a los tiranos, combaten también a la sociedad con todas sus imperfecciones.

Yo creo que estos hombres han nacido antes de tiempo. El reinado de hoy es el reinado del egoísmo, de las impurezas, de la maldad, del engaño. En fin, es el reinado del desbarajuste moral y sentimental de todo el género humano.

Al llegar a tal conclusión, Antonieta cerró la carta de Delfos, que aún conservaba entre sus manos, y la guardó en un pequeño secreter, como aquel que guarda algo muy querido.

Luego Antonieta cogió un libro y se puso a leer.

El libro era aquel que Antonieta le había pedido días antes a Delfos, y que trataba sobre el amor.

Al abrir el libro, Antonieta se preguntó a si misma: ¿Reflejará este libro la opinión más o menos exacta que Delfos tiene del amor? Es probable que así sea; de lo contrario estoy segura que Delfos no propagaría lo que no está identificado con sus convicciones.

Era ya tarde y el sueño invadió el cuerpo de Antonieta, dejándola rendida. Cerró el libro y dedicó sus últimos recuerdos del día a su amigo infortunado.

Momentos después sólo se sentía ya el leve respirar de la bella joven, interrumpido frecuentemente por los suspiros.

***

La noche pasó a reposar en el sueño de la eternidad. El día claro y esplendoroso se reafirmó potente y joven. La actividad se hizo sentir por doquier en toda la plenitud de la vida.

Eran las nueve menos cuarto de la mañana. Las calles de Madrid a esa hora parecían formidables hormigueros. La dependencia mercantil, entre la que se confundía la alta y baja burocracia, se dirigían a sus habituales tareas. Los corazones juveniles de ambos sexos, se flechaban continuamente con sus miradas significativas, que muchas veces eran más elocuentes que las palabras.

Entre aquel torbellino de seres humanos, iba también cada día confundida Antonieta, indiferente y ajena a cuanto a su alrededor acontecía. Era como una idea escapada de un cerebro privilegiado.

Los últimos días de la semana habían pasado algo desapercibidos entre los reclusos. El indulto les había distraído y alegrado un tanto. Algunos presos comunes fueron puestos en libertad y alrededor de ello se hacían comentarios adecuados a casos parecidos. Los más "afortunados" por el beneficio del indulto fueron los raterillos, ya que en su mayoría entraban de lleno en las disposiciones gubernamentales. Claro que, la mayoría de ellos, al cabo de unas horas volverían de nuevo a su domicilio particular, "al saco", como ellos llamaban a la cárcel; pero el caso era salir, aunque luego se encontraran todos de nuevo reunidos en los calabozos de la Dirección General de Seguridad.

Los visitantes fueron llegando unos tras otros a la cárcel a visitar a sus familiares y amigos. Aquel domingo la animación era mucho más reducida que los otros pasados. Las prostitutas tenían aquellos días " a sus hombres" en libertad y podían descansar por la mañana.

Antonieta hacía rato que se encontraba entre los visitantes. Iba sola, como siempre, a visitar a Delfos. El carcelero que estaba de guardia en el rastrillo se acercó a ella y de una manera ridícula, que pretendía ser galante, le preguntó si tenía a alguien de la familia preso.

Antonieta contestó negativamente.

- ¿Así viene usted a ver algún conocido?

- Efectivamente, vengo a ver a un amigo.

- ¿Tendría usted la bondad de decirme cómo se llama el preso que viene a ver?

- No tengo ningún inconveniente. Se llama Delfos Peralta. ¿le conoce usted?

- Al oír el nombre de Delfos, el carcelero quedó algo confuso. Lo que menos pensaba es que la joven fuera a visitar a ningún preso social. Luego, repuso:

- Si, conozco a Delfos. Lleva ya mucho tiempo preso. Es un excelente muchacho. Yo he estado varias veces de guardia en la galería donde es-

tán los presos sociales, y debo decirle con franqueza, que son los presos que mejor se puede tratar, porque casi todos son hombres instruidos. Nosotros, los empleados, apreciamos en lo que cabe dentro de la función que nos está encomendada, a los presos sociales.

- Así, también es de suponer que Delfos y sus camaradas también deben apreciar a ustedes, a los empleados.

- Ya le he dicho, señorita, que tanto Delfos como sus compañeros, son todos hombres educados y a más buenos presos.

- ¿A qué llaman ustedes buen preso?

- Nosotros llamamos buen preso a los que no son exaltados; a los que no protestan de todas las cosas del régimen interior, de una manera sistemática.

- Sí, pero cuando los presos protestan debe ser una prueba evidente de que ustedes no les tratan con el debido respeto que se merece un hombre.

- Debe tener usted en cuenta que, cuando a un hombre lo traen a la cárcel, ese hombre, de hecho ha perdido ya todos sus derechos civiles, y en la cárcel no es ya un ciudadano sino un preso, que ha de estar subordinado al reglamento del establecimiento, del cual no puede ni debe protestar, bajo ningún concepto. En lo que respecta al preso que usted viene a ver, he de advertirle que con todo es un hombre muy instruido, eso no es lo suficiente para que usted ponga mucha confianza en él. Tenga usted en cuenta que tengo razones sobradas para hablarle de esta manera. Aquí en la cárcel tenemos la ficha de Delfos, que nos la remitieron de Barcelona cuando ingreso en ésta y la ficha de la cárcel de Barcelona. Donde ya estuvo varias veces preso, lleva un historial muy negro. Con decirle que aún no se ha podido averiguar quienes son sus padres y de qué familia procede, ya está dicho todo.

- ¿Y por el solo hecho de no haber averiguado ustedes quiénes son los progenitores de Delfos, se le puede calificar de un hombre de negro historial, como usted acaba de decir?

- No es sólo eso. Eso va acompañado a la ficha en la que dice que es un individuo muy peligroso.

Antonieta, herida en lo más intimo de su corazón, estuvo a punto de decirle al carcelero, que era un calumniador y un miserable, pero no quiso descender al terreno al que aquel hombre indigno pretendía llevarla inconscientemente, para lograr así sus simpatías.

Sólo unas breves palabras quedaron grabadas en la mente de Antonieta, de las muchas que había pronunciado el uniformado.

¿Sería verdad aquello de que aun no se había podido averiguar de quien era hijo Delfos, y quiénes eran sus padres?

- Pronto lo sabré- se dijo Antonieta-. Se lo preguntaré yo y estoy segura que me lo dirá, y que no me engañará.

La puerta de acceso a los pasillos de la comunicación se abrió. Los visitantes fueron pasando ordenadamente, y el silencio fue roto por las palabras de salutación de los presos y los visitantes.

- Aquí, Antonieta, aquí.

- No Delfos, no es ese el locutorio que nos corresponde a nosotros.

- Ya lo sé. Es igual. El que nos toca a nosotros es el de más arriba, pero ya está ocupado; nosotros ocuparemos éste, que es el de ellos.

- ¿Que Antonieta?¿Como esta usted?

- De salud, bien Delfos; pero muy disgustada.

- Pues es usted muy tonta. Si la memoria no me es infiel, creo que en otra ocasión ya le dije que nosotros, los presos gubernativos, no tenemos derecho a ningún indulto. Nosotros estamos presos contra toda ley y contra todo derecho. Nadie, absolutamente nadie, se acuerda ni se preocupa de los presos gubernativos.

- Sí, efectivamente, Delfos. Yo recuerdo que usted en otra ocasión ya me dijo lo que acaba de decirme ahora, pero eso es muy desconsolador, es muy cruel. Usted mismo me lo decía en la carta que me escribió al darme la noticia del indulto. Decía usted que dentro de unos días varios cientos de hogares serían nuevamente reconfortados con la presencia de sus seres más queridos. Si usted hubiera salido también en libertad, el hogar al cual pertenece usted también hubiera sido uno de los muchos

alegres y reconfortados con su presencia en él. Qué alegría más grande hubiera sido la de sus padres y hermanos, si después de tanto tiempo preso hubiese vuelto usted de nuevo a su casa.

- Si, es verdad que hubiese sido una inmensa alegría en particular para mi madre, si hubiese salido en libertad y hubiera ido a visitarla. Yo también tendría una gran satisfacción de poderla abrazar de nuevo, pero eso en realidad tiene para mi una importancia muy relativa. Nosotros, amiga Antonieta, somos los misioneros del bien, que no pertenecemos, casi en absoluto, a nuestro hogar materno. Nosotros hemos escogido como patria el mundo entero, y como madre a la Naturaleza, la madre que me dio el ser está muy lejos de sospechar tan sólo de que su hijo querido se encuentra entre rejas.

- ¿Así, su madre no se ha enterado nunca de las muchas veces que usted ha estado preso?

- No; mi madre no se ha enterado nunca de que yo he estado preso. Es más, yo siempre he tenido especial interés en que tal cosa ocurriera. Sé que se moriría de dolor, si por el azar de la vida un día se enterase mi madre de que su hijo estaba preso.

- ¿Hace mucho tiempo que no ha tenido usted noticias de su familia, Delfos?

- Noticias indirectas tuve hace poco tiempo. Noticias directas hace siete años. Desde el día que dejé la casa que me vio nacer. Hice como los pájaros, que después de haber cobrado las fuerzas suficientes en sus alas para volar, saltan del nido y ya no vuelven jamás a él.

- ¿Y usted no escribe nunca a su madre?

- Sí, le escribo sólo cuando estoy en libertad y el trabajo me lo permite.

- ¿Sus padres viven en Barcelona?

- Hasta hace poco vivían en la ciudad condal. Digo hasta hace poco, porque no sé si se habrán ausentado de allí, aunque no lo creo.

Al llegar aquí, Antonieta creyó inoportuno continuar preguntando más al preso sobre una cosa que él parecía tener reservas. Lo que si comprendió Antonieta es el por qué no habían logrado nunca ni la po-

licía ni los carceleros averiguar la procedencia y quiénes eran los padres y familiares de Delfos. Su pobre madre bien se lo merecía, y eso sólo, si no había otro motivo, era lo suficiente para que Delfos ocultara su procedencia.

Había otro punto que le interesaba mucho escudriñar en él a Antonieta. ¿Qué actuación debía ser la de Delfos, aquella actuación que el carcelero calificaba de violenta?

- Así usted siempre ha estado viviendo en Barcelona, o ha visitado también el extranjero?
- Estuve en Francia un tiempo muy limitado. Fui a París en una misión que me encomendaron mis camaradas de Barcelona,
- ¿Y el resto del tiempo lo pasó usted en la ciudad condal?
- Todo, no. Yo he recorrido así todas las provincias de España, en pequeños intervalos de tiempo.
- ¿Y siempre que usted ha salido de Barcelona fue relacionado su viaje con cuestiones de propaganda de sus ideas?
- Siempre
- Así diga usted que su vida activa de luchador constante debe ser muy interesante.
- Para mí eso que usted llama vida interesante, apenas si tiene importancia, Antonieta. Sólo me cabe la satisfacción del deber cumplido. Es esa la recompensa más grande a que puede aspirar un hombre que piense como yo.
- Con verdadero interés me gustaría conocer detalladamente todo cuanto ocurrió en Barcelona durante la tremenda represión de Martínez Anido y Arlegui. ¿Participó usted también en aquella contienda terrible de los años 1921 y 1922?
- No se esfuerce usted, amiga Antonieta. Mi vida pasada y presente apenas si tiene importancia, y si bien lo ocurrido en Barcelona los años 21 y 22, durante el reinado de aquellos monstruos, es una cosa importantisima bajo todos los conceptos, ni yo me encuentro lo suficientemente documentado para hacerlo desde la cárcel, ni usted tendría

la paciencia de escuchar de mi boca la explicación sintética de aquella gran tragedia.

- Así, ¿cree usted, Delfos, que sus teoría y sus ideas deben quedar encerradas en usted y sus camaradas, y que no son útiles para los que como yo las ignoran?

- Yo no le he dicho a usted nada que pueda llegar a suponer lo que usted acaba de recordarme, Antonieta. Usted ya sabe que yo no establezco absolutamente ninguna diferencia entre el hombre y la mujer, y lo que yo y mis camaradas de Barcelona sabemos por haberlo vivido, pueden y lo deben saber todos los seres humanos de la tierra.

- Bueno, pues siendo así, no me resigno a la ignorancia, y espero que aunque sea sólo lo más visible, lo que usted recuerde entre lo más sobresaliente, me lo explique, ya que yo tengo vivo interés en saber algo sobre el particular. ¿Me promete, Delfos, darme una explicación de cuanto sepa de lo ocurrido en Barcelona durante la represión?

- Sí, mujer; no faltaba más. Ahora quiero hacerle una advertencia.

- Puede usted hacerme cuantas advertencias quiera, con tal que cumpla la promesa.

- En primer lugar debo advertirle que mi narración será muy incompleta, por no poseer muchos datos precisos, se la haré por escrito, ya que de palabra sería muy pesado. Así tendré toda la semana próxima de tiempo y podré llenar unas cuantas cuartillas, y el próximo domingo, cuando venga a comunicar, podrá recogerlas junto con unos libros que le tengo preparados.

- Muy bien, Delfos. Completamente de acuerdo. El próximo domingo lo recogeré todo.

Las ultimas palabras de Antonieta fueron salpicadas por el eco del timbre implacable, que anunciaba el fin de la comunicación. Ambos amigos, después de cruzar sus últimos saludos, se separaron para esperar la nueva ocasión de verse y volverse a saludar de nuevo allí mismo.

La mañana era bella, sonrosada, como un niño rollizo, rebosante de salud. Por el patio de la galería primera del viejo caserón enrejado de la

Moncloa, paseaban unos grupos de presos en cuyos pechos sólo anidaban el anhelo y el ansia de saludar una nueva aurora de bienestar y de libertad. Hablaban de los problemas que en tiempos futuros tendrían que resolver. Sus inquietudes eran abrasadoras, pensando poder sólo con su acción constante, llegar un día a labrar para siempre la felicidad de toda la humanidad.

Un "oído a la comunicación" dado por el ordenanza desde la puerta de acceso al patio, cortó toda la normalidad de los que distraídamente paseaban.

Uno de los números señalados para comunicar fue nombrado por segunda vez por el ordenanza. Varios amigos le hicieron notar a Delfos que su número había sido nombrado, al mismo tiempo que el ordenanza gritaba fuerte: Delfos.

- ¿Yo?

- Sí, hombre, sí: tú.

- Ya veremos quien es el que se ha acordado hoy de mí- repuso Delfos.

Pronto descifró la duda. Al llegar Delfos al locutorio se encontró con Antonieta, que ya lo esperaba. Por único saludo ésta le dijo:

- Una sorpresa, ¿verdad?

- Efectivamente. ¿Como ha sido eso?

- Una diablura, Delfos, una diablura. Somos tan malas las mujeres que no paramos mientes con tal de conseguir nuestros propósitos.

- Eso que dice usted no es cierto, Antonieta. Precisamente la virtud de las mujeres consiste en ser demasiado buenas para con la humanidad toda.

- Gracias, Delfos, por el halago inmerecido.

- No es halago, Antonieta. Es una realidad y nada más que una realidad. Bueno. Ahora explíqueme cómo ha sido eso de venir hoy, día laborable, a comunicar.

- El motivo de venir hoy a comunicar, ha sido debido a que probablemente el domingo no podré venir. Ello obedece a que tenemos en casa unos parientes forasteros y como han venido a visitar Madrid, lo más seguro será que el domingo próximo tengamos que salir con ellos. No

puede usted, Delfos, imaginarse los muchos cálculos que durante estos días he hecho para ver la forma de venir a visitarle el domingo, pero ante las pocas posibilidades que he visto en ello, he preferido venir hoy jueves, por si acaso. Debo advertirle que hoy, para venir a comunicar, también he tenido mis apuros. Al llegar esta mañana al comercio, inmediatamente me fingí enferma, haciendo ver a cuantos me rodeaban, que un fuerte dolor, así mi principal se empeñó en que debía marcharme inmediatamente a casa, y para ello llamó un taxi. Cuando yo me vi dentro del coche, en vez de darle al chófer la dirección de mi casa, le di la de la calle Romero Robledo, que es una calle que está aquí junto a la cárcel, y aquí me tiene. ¿Ve usted ahora como he sido mala por haber mentido?

- Si, pero en ese caso no tiene usted la culpa de haber mentido, sino que de ello soy yo el culpable, ya que usted ha mentido por mi. No puede usted figurarse lo muy agradecido que le estoy por el mucho interés que se toma por mí, Antonieta. Desde luego, que yo quisiera que viniera diariamente a comunicar conmigo, pero como reconozco que eso no es posible, por eso le agradezco que haya venido hoy a comunicar ante la posibilidad de que no venga el próximo domingo.

- ¿Qué, Delfos? ¿Ya me escribe sus memorias sobre la represión en Barcelona?

- Sí Antonieta. Lo prometido es deuda, y yo, siempre que me es posible, cumplo mis promesas. Dentro de unos días mis memorias, o mejor dicho, mi breve narración; estará terminada. No será tan amplia y descarnada como yo quisiera; a pesar de ello, procuraré suministrarle cuantos datos y hechos sobresalientes ocurrieron en aquellos momentos ciegos de enconadas pasiones. Lo personal mío, por atañarme a mi intimidad, no se lo expondré con todos sus detalles y pormenores, porque eso significaría un marcado egoísmo mío, sobre todo lo demás, y porque la realidad fue muy cruda. Hay cosas que vale más ahogarlas en el hombre antes de nacer, que darles vida, porque la falta de comprensión muchas veces conduce al ser humano al abismo.

- ¿Acaso desconfía usted de mi, Delfos? ¿Acaso no me puede estar permitido a mi conocer todas las injusticias que allí se cometieron, fuera quien fuera quien las cometió? Si es así, vale más que usted mantenga

ante mí ese fondo de reserva; yo se lo ruego en bien de la tranquilidad de su conciencia. Si por otra parte, usted cree que sus memorias pueden perjudicarlo al transmitirlas a una segunda persona, hace bien en no cometer tan imperdonable indiscreción. Yo, por mi parte, como buena amiga de usted, lamentaría en el alma ver agravada aún más su situación, y lo lamentaría mucho más si precisamente hubiera en mí solo sospecha de ser de ello culpable. No lo haga, Delfos; yo se lo ruego por lo que más quiera.

- Lamento grandemente, Antonieta, que no me haya comprendido. Está usted muy equivocada al creer que yo desconfío de usted. Yo no puedo ni debo desconfiar de usted porque todo cuanto yo puedo exponer, lo saben perfectamente tan bien como yo mismo la policía y los magistrados. No es ese sentido en el que yo me quería reservar ciertas consideraciones. Lo que yo temo no es eso. Lo que yo no estaba seguro es de que usted interpretara bien el verdadero sentido del significado de las cosas que yo pienso exponerle. Por otra parte, he de decirle que aprecio la sinceridad expuesta por usted, ante mis consideraciones. Ello me da derecho a hacerle una pregunta, Antonieta. ¿ Es verdad que puedo considerar a usted como una amiga sincera, como podría ser para mí cualquiera de mis camaradas de ideas?

- Creo, amigo Delfos, que de ello tiene de mí ya anticipada alguna prueba.

- Es verdad, Antonieta, y por eso yo quiero que seamos aún más amigos de lo que hemos sido hasta estos momentos, para ser más francos aún el uno con el otro o que hemos sido hasta la hora presente..

- De mi franqueza y sinceridad creo que no puede usted tener la menor duda.

- No Antonieta. Yo no he dudado nunca de su sinceridad y de su bondad, y por eso he querido poco a poco ir desbastando del bloque berroqueño hasta poder hacer de él la figura ideal de mis sueños. Aunque no lo parezca, existe aún en nuestro trato un atavismo que nos separa de esa amistad suprema que tanto anhelamos ambos. Yo, si me lo permites, quiero recabar la libertad de tratarte como se tratan los buenos amigos y los buenos camaradas, sin detenerse ante la edad ni sexo.

- Por mi parte no tengo ningún inconveniente, Delfos. Es eso para mí una cosa que en esencia carece casi de toda importancia. De tú se llaman los buenos amigos que se aprecian, y nosotros tenemos ya de sobras ganado ese título de franqueza.
- Mira, parece que el timbre esperaba que dijeras la última palabra. Oye, Antonieta, no quiero que creas que desconfío de ti en lo más mínimo. Si tal creyeras de mí, cometerías conmigo una de las más grandes injusticias. Cuando recibas mis memorias en tus manos y las leas, verás como te convences plenamente de ello.
- No seas niño Delfos. Yo nunca he creído de ti tal cosa, puedes tener de ello plena seguridad.
- Así, ¿No sabes si vendrás o no a visitarme el domingo?
- No lo sé. De todos modos procuraré hacer cuanto pueda para conseguirlo. Tu saca loas libros y las cuartillas, que si no vengo a verte, procuraré que alguien de mi confianza venga a recoger el encargo.
- Bueno, salud, Antonieta.
- Salud, Delfos... Oye; se me olvidaba. Si no vengo a comunicar el domingo, el lunes te escribiré.
- Muy bien, Entendidos. Salud.

# CAPITULO V

## *MEMORIAS*

*Páginas históricas.*
*Para mi amiga Antonieta,*
*en prueba de mi amistad más sincera.*

Cuando yo abandoné el hogar que me vio nacer para así poder dedicarme con entera libertad a propagar y defender con ahínco mis ideas, que, cómo tu sabes, son los ideales de emancipación humana, contaba diez y nueve años de edad. Era en 1919.

Puedo asegurar sin vacilación alguna que cuando me incorporé en el campo de la lucha activa, ya conocía y sentía las ideas que hoy conozco y las sentía, con la misma intensidad y pureza que las siento hoy. Lo que me faltaba entonces era la experiencia que más tarde he ido adquiriendo sobre el yunque del goce y el placer de la vida. De esa vida agitada que suelen llevar, por regla general, los hombres inquietos.

Desde mi más tierna edad, la inquietud en mí tuvo, un buen y fiel exponente. Por muchos esfuerzos que se hubieran hecho para sujetar mis ansias de justicia y de libertad hubiera sido todo inútil. La prueba más evidente de cuanto dejo dicho es que por muchas injusticias y atropellos que contra mí han cometido los esbirros de la sociedad en decadencia, nada han logrado en sus propósitos que no haya sido reafirmar cada vez más mis ideas y mis convicciones.

Más tarde, sobre la ruta, hasta mucho tiempo después, tampoco tuve no sé si decir la suerte o la desgracia, de tropezar con el más insignifi-

cante escollo de los puestos en el camino de la razón, por ese monstruo enemigo el pueblo que se llama Estado.

Era yo entonces anónimo. Uno de esos muchos desconocidos de los guardianes inconscientes del Estado y del capitalismo.

Así continué algún tiempo entre la desorientación de mi verdadera ruta. Yo encontraba en mí algo que pugnaba para encontrar un cauce. La vida de la lucha abierta me atraía y yo debía dar una satisfacción a esa necesidad que cada día se hacía en mí más imperiosa.

Los momentos porque atravesaba España en aquellos tiempos, y en particular Catalunya, me fueron propicios y procuré fundir mis inquietudes y mis esperanzar en el crisol de la ciudad condal.

Me lancé decidido a la lucha en aquellas circunstancias favorables, en que la vorágine arrastró muchas veces a los más rotundos desaciertos, por ser débiles unos y por ser demasiado temerarios otros.

Hacía un año justo que había terminado aquella grande y criminal masacre que se llamó la guerra Europea. El mundo entero permanecía en estado de ebullición como un formidable volcán. España, no podría permanecer tranquila como las aguas de un estanque. El fuego de las ideas y de las reivindicaciones la abrasaban y la fundían en suprema rebeldía.

Durante la guerra, la burguesía de nuestro país neutral en la gran conflagración, aprovechó esa neutralidad para robar sin conciencia ni escrúpulos y la guerra, que representaba un lacerante dolor para los pueblos beligerantes, para los burgueses españoles representaba una bacanal financiera.

Todo lo convirtieron en oro nuestros burgueses, ya que los beligerantes todo lo aceptaban sin condiciones y a cualquier precio, por muy elevado que fuera.

Había que vencer y eso era lo único que interesaba a los hombres convertidos y colocados en el más bajo nivel de salvajismo.

La situación de nuestra burguesía en aquellos momentos de locura bélica, era providencial en el terreno comercial. Del dolor humano los burgueses iban amasando fortunas fabulosas y estaba en el ánimo de todos aquellos mercaderes el inhumano deseo de que jamás se termina-

ra la guerra, ya que así ellos podrían amontonar más y más oro en sus arcas, vendiendo incluso las mercancías deterioradas a peso de oro. El negocio es el negocio, decían ellos.

Dos grandes ignominias se cometían en aquel entonces a la vez. Por una parte, los trabajadores de los países neutrales trabajaban noche y día sin descanso, fabricando armas y municiones de todas las especies para alimentar aquel volcán destructor, hasta que todo quedara sembrado de cadáveres.

Durante la guerra, la burguesía de España que tanto dinero ingresaba constantemente en sus cuentas corrientes de los Bancos, no se preocupó de otra cosa más que del dinero. Aquella avaricia ciega no podía traer otras consecuencias que las que fatalmente trajo. Una lucha enconada entre el capital y el trabajo.

El mundo productor, después de la hecatombe guerrera, se encontraba en estado verdaderamente incandescente. Aquella vil matanza de seres inocentes logró engendrar en los pechos de los humildes el odio la desesperación. Estaba hartamente demostrado que los motivos principales de la guerra habían sido sólo ambiciones comerciales y coloniales. Ansias de medrar y de dominio de los que apoyándose en las armas y la fuerza pretendían someter y humillar el progreso y a la razón. Eran todos unos bandidos. Habían levantado toda clase de calumnias y patrañas excitando a los humildes a batirse, logrando así abrir una formidable sangría en el cuerpo social, donde abrevaron por espacio de más de cuatro años todas las hienas burguesas, aliadas con los poderes constituidos.

Las grandes estepas, yertas por la ausencia del paria del terruño y pisoteadas por la chusma militarista, habían sido regadas con la sangre de los hijos del pueblo. El sudor del forzado campesino con que regaba constantemente el surco, no era suficiente para calmar la sed de los enemigos del pueblo. A más de ello *había que abonar los campos con los cuerpos putrefactos del populacho, que principiaba a despertar del sueño profundo de la eterna ignorancia.*

España, a pesar de no haber intervenido en la catástrofe guerrera no por eso había dejado de sentir hondamente el peso de esa masacre colectiva.

Ya al principio de los hechos hostiles, en varias ciudades se organizaron mitines contra la guerra, y en toda la península se organizaron manifestaciones de protesta. Nuestros periódicos realizaron una extensa campaña contra la guerra también. La guerra, sin embargo, se abrió paso contra toda razón del sentido humano.

Mientras los burgueses tenían toda su atención puesta en sus intereses bastardos, los trabajadores, que también tenemos intereses comunes que defender mal que les pese a ellos, nos constituimos en potentes Sindicatos de ramo e industria, dando a estos Sindicatos una estructura, una doctrina y haciendo una declaración de principios y finalidad, en la que se declaraba ir a la emancipación total de los desheredados, por mediación de la Revolución Social.

Los métodos de nuestro sindicalismo revolucionario fueron aceptados ya en principio por los trabajadores organizados de Catalunya y más tarde todas las demás regiones de España fueron adoptando el ensayo de la región catalana.

Organizados los explotados es sus respectivos Sindicatos, orientados y dirigidos por ellos mismos, prescindiendo de toda injerencia política o religiosa se incorporaron en el camino de la lucha y se dirigieron en marcha hacía la consecución de sus objetivos. El lema de los obreros es bien claro y sencillo “Ni amos ni esclavos” . “El que no produzca no tiene derecho a consumir el producto de los demás”

Nuestra burguesía, durante la guerra, vivió deslumbrada en su afán de lucro. Nada de lo que a su alrededor ocurría que no fuera el negocio les preocupaba, y en su afán de lucro ni siquiera si dio cuenta de que sus esclavos cada día se unificaban más y más hasta llegar a constituir una fuerza verdaderamente arrolladora por su cantidad.

Los trabajadores organizados al principio, sólo se limitaron a pedir aumento de jornal y algunas mejoras de carácter moral. La burguesía por su parte, a regañadientes concedía algo de lo que los obreros sindicados exigían, pero más tarde veníak, por parte de los comerciantes,

el aumento de los artículos de primera necesidad y al cabo de poco se encontraba el obrero en las mismas condiciones que antes.

Hasta el final de la guerra para la burguesía todo fue un camino feliz. Sin embargo, el obrero que todo lo producía no logró nunca levantar cabeza del sumidero de la miseria.

El aumento de los jornales estaba en relación con el aumento de las subsistencias, y al final de cuentas los fabulosos negocios, iban a parar íntegros a las cajas fuertes de los capitalistas.

En poco tiempo los Sindicatos adheridos a la Confederación Nacional del Trabajo, en Catalunya, lograron agrupar en su seno a la mayoría de los trabajadores industriales y también a grandes núcleos de campesinos. Aquella organización tan potente, se consiguió tan rápidamente más que nada por las constantes mejoras que el Sindicato lograba para sus afiliados por mediación de la acción directa.

El entusiasmo y la rebeldía lograron poner en juego a todos los valores de la sociedad presente, la cual desde entonces principió a tambalearse sobre los viejos cimientos.

Lo más lamentable de aquella época fue que la inmensa mayoría de los que orientaban a las multitudes organizadas eran sólo entusiastas luchadores, pero carentes de preparación y de capacidad para lograr hacer de cada uno de los militantes de entonces a un hombre consciente.

Ya suspendidas las hostilidades y firmado el armisticio de la gran guerra, las cosas cambiaron de aspecto en todos los órdenes de la vida.

Los burgueses, que hasta entonces habían recibido en demasía las demandas de toda clase de productos, por falta de pedidos se vieron obligados a paralizar la mayor parte de la actividad de las industrias, que durante varios años habían funcionado noche y día.

El pueblo continuaba sintiendo las mismas necesidades de antes, y ante el brusco repliegue de la burguesía, vinieron los primeros choques violentos entre el capital y el trabajo.

Los burgueses durante la guerra, habían logrado amontonar fabulosas fortunas a costa del esfuerzo de los trabajadores; pero el egoísmo insaciable no permitía abrir los ojos a los explotadores, hasta llegar a comprender que debían reducir sensiblemente el ingreso de sus ganancias,

ya que la fuente principal de ingresos se había agotado de momento. Ellos creían que a pesar de haberse suspendido la guerra y por consiguiente, sus muchos pedidos extraordinarios, consecuencia de la guerra misma, debían continuar obteniendo las mismas ganancias de antes.

No hay nada que ciegue más al hombre que el interés de lucro. Por los intereses, se pierden las amistades más bien cimentadas; por los intereses, se rompen las armonías familiares, que perduraron tiempos inmemoriales; por los intereses, se traicionan a los mejores amigos, y por los intereses, se asesina y se rompe el equilibrio mental.

No tuvo en cuenta la burguesía cuando todo era fuente de ingresos para ella, que la maquinaria que le servía para trabajar era vieja y estaba ya destartalada, de trabajar tan intensamente como la habían hecho, y que debían renovarla para aumentar la producción. No se dio cuenta tampoco, que terminada la guerra perdería los mercados internacionales, debido a la competencia, y que incluso nuestro país sería invadido por la técnica industrialista de los otros países. Nada de todo eso tuvo en cuenta, y por eso, más tarde, los resultados fueron para ella tan funestos.

En el seno de los Sindicatos se hicieron cuantos esfuerzos se pudieron para neutralizar y evitar en lo posible la ola de paro forzoso. Se tomó como iniciativa, y se aplicó como medida general, la reducción de la jornada de trabajo. Las horas extraordinarias también se hizo cuanto se pudo para suprimirlas todas, y el destajo se suprimió en muchas partes también.

Todo eso, que era una cosa tan lógica y natural para bien de los explotados, costó luchas titánicas para poder lograr su implantación en muchas partes. La burguesía no quería bajo ningún concepto ceder en la rebaja del horario, ya que, según ellas, cada día perdía más en sus negocios. Las cosas más insignificantes, que en otros tiempos no muy lejanos se hubieran conseguido fácilmente, entonces era todo completamente imposible. La burguesía se resistía más que por necesidad, por sistema.

Colocados en ese plan de intransigencia por parte de los burgueses, frente a los obreros organizados y unidos fuertemente, era de esperar que una lucha cruda y encarnizada se iba a desencadenar entre los in-

tereses en pugna. El capital y el trabajo se encontraban frente a frente. Se medirían las fuerzas; el más fuerte vencería en la ruda y empeñada contienda.

La guerra con sus múltiples crímenes y violaciones había logrado levantar el yunque al esclavo y había imprimido en él, cual marca candente, el sello de las rebeldías. Una ola de odio y de venganza anudó la garganta hambrienta del pueblo, cuando se descorrió el velo de las infamias de la guerra. El pueblo, herido en lo más íntimo de su alma, se revolvía contra el poderoso, y en su desesperación, daba sacudidas que hacían temblar a todos los tronos e imperios, y hasta muchas repúblicas estuvieron a punto de naufragar.

Primero fue Rusia, la despótica, la que rompió el hielo que aprisionaba la nave proletaria, sumisa en el oprobio más infamante de la creación humana. Tras Rusia fue Austria- Hungría la que imitó el ejemplo, sin fortuna; luego, fue Alemania, la imperialista, y así fueron una tras otra casi todas las naciones de Europa, en busca de algo justo pero inconcreto.

España, país tradicionalmente revolucionario, no podía ante la gran convulsión mundial quedar inactiva. La señal de alarma, el toque de atención había sido dado allá lejos, en las estepas rusas. Aquel eco, llegó de un a otro confín de la tierra.

Ante los acontecimientos que unos tras otros, fuertemente encadenados, venían desarrollándose, la confederación Nacional del Trabajo de España se propuso acelerar su marcha. Entonces fue cuando por vez primera después de nueve años, se reunieron en Congreso Nacional todos los Sindicatos confederados de España, en el Teatro de la Comedia de Madrid. Esto ocurría en 1919.

Ante la prueba dada por los trabajadores de la Confederación, en el Congreso del Teatro de la Comedia, declarando que iban a la abolición del capital y del Estado por medio de la Revolución Social, mediante la fuerza de los sindicatos, la burguesía y el Gobierno quedaron poco menos que aterrados. Se puede asegurar sin temor a equívocos, que la mayor parte de la burguesía inteligente creyó sinceramente que había llegado el momento de ceder el paso a otro sistema de convivencia social

más justo y equitativo. Los hechos que se venían sucediendo a través de todos los países, así parecía determinarlo de una manera contundente.

Poco tiempo le costó a la Confederación Nacional del Trabajo, después del Congreso, para ejercer una poderosa influencia sobre la clase trabajadora de toda España. Hasta los gobiernos retrocedieron en ciertas actitudes frente al organismo confederal.

Por otra parte, los políticos que siempre hasta entonces habían tenido el control y la hegemonía de las multitudes desorientadas, llegaron al máximo del desprestigio, y sus voces falsas e insinceras quedaron ahogadas al nacer, ante la indiferencia absoluta de las colectividades productoras. El proletariado les abandonó por completo, negándose rotundamente a servirles por más tiempo de pedestal.

Esa fue, indudablemente, una de las conquistas más positivas de entre todas las conquistas de la Confederación.

Viendo la burguesía, y con ella todos los privilegiados de la fortuna, el incremento que cada día más iba adquiriendo la Confederación en toda la península, ellos también se sintieron hondamente inquietos, y entonces fue cuando la inmensa mayoría de los burgueses de España se organizaron también en una potente Federación Patronal, que abarcaba a la inmensa mayoría de gremios y oficios de la nación.

A una organización se le puso en frente otra organización.

Los legítimos intereses de la clase trabajadora de España, quedaron salvaguardados, por la confederación Nacional del Trabajo, y los "intereses de la burguesía" quedaron también bajo la tutela de la funesta Federación Patronal, la cual estaba, además, controlada y dirigida por el fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, convertido desde entonces en catacumba de los privilegiados, donde se fraguaron los hechos más abominables, que más tarde se sucedieron en las calles de Barcelona.

Desde entonces en adelante, las huelgas que se planteaban tomaban ya casi todas caracteres de gravedad. En varias ocasiones, se dio el caso, que la paralización total de las industrias más importantes de Barcelona era un hecho gracias a la terquedad de la burguesía, que por sistema se negaba a atender a cuantas razones se les exponían por parte de los obreros.

De ahí partió el principio de la gran lucha, que luego trajo tan funestas consecuencias para ambas partes.

En los Sindicatos obreros revolucionarios, existía el control, pero no había freno. Muchas veces las Juntas de los Sindicatos eran poco menos que arrolladas por el empuje de las multitudes inconscientes y ansiosas de conseguir rápidamente sus propósitos.

Muy a menudo pequeños conflictos, que se hubieran podido solucionar fácilmente, sin grandes dificultades, se fueron agravando hasta llegar al máximo de las estridencias. Sólo actuando así eran posibles y explicables ciertos enconos, de resultados funestos.

De ello no solamente eran responsables los burgueses, que sistemáticamente se negaban a todo, sino que también los obreros cometieron grandes equivocaciones, por cierto lamentables.

Ese fue el motivo principal de algunas derrotas en el seno de nuestros Sindicatos.

La Federación Patronal se encabritó demasiado ante sus triunfos contra el Sindicato. Se creyó ya invulnerable porque a fuerza de millones lograba humillar a los explotados. Los papeles se habían cambiado plenamente, y era de esperar que los obreros no se resignaran, ante el atropello constante. Cabía esperar algo terrible ya que el abuso se hacía cada día más insoportable para todos los trabajadores.

¿Que métodos emplear para detener el empuje de los burgueses confabulados con los gobernantes?

Esta era la pregunta que constantemente se hacían los obreros acosados por la Federación Patronal, y que necesitaba respuesta categórica.

Se ensayó y se puso en práctica el boicot, que si bien en unas ocasiones era eficaz, en otras era, por el contrario, inofensivo. También se pretendió poner en práctica aquello de "poca paga mal trabajo". Esto era más difícil, ya que para ello se necesitaba de la conciencia y de la capacidad individual, cosa que apenas existía.

Ante las muchas dificultades que a diario se presentaban para continuar la lucha con toda intensidad, no había más que un camino a escoger. Lo más racional y práctico, era preparar las multitudes para de una manera segura y eficaz ir decididamente, con todas las consecuencias, a

la destrucción total del sistema capitalista, por medio de la Revolución Social.

Era opinión general de todos los militantes activos, que en lo sucesivo todas las actividades debían encaminarse en este sentido. El ambiente era propicio. Sólo faltaba saber aprovechar el primer momento favorable para ir decididamente a la gran realización.

Se habían agotado ya demasiadas energías en aquellos movimientos huelguísticos, como el de "La Canadiense" y otros, que desde el punto de vista de ensayo estaban muy bien, pero que prácticamente los resultados eran, si no negativos, al menos no respondían con sus frutos a la grandiosidad del esfuerzo realizado.

El movimiento huelguístico de "La Canadiense" fue algo sublime. Algo de lo que apenas se repite en la historia de los pueblos fuertes. Aquello, ante las mentes observadoras, no parecía otra cosa que el prólogo de una próxima y formidable hecatombe. Los que conocían perfectamente la importancia de los hechos que se estaban desarrollando en aquellos momentos históricos, solo se hacían esta pregunta: ¿Donde iremos a parar?

La burguesía, en términos generales, estaba acobardada. Comprendían, los burgueses y las autoridades, las graves consecuencias que de aquel conflicto se podrían derivar, y temían incluso, que había llegado el momento final de su estado privilegiado.

Los desheredados habían aprendido a defenderse y atacar desde sus posiciones confederales. Sólo faltaba un gesto, un momento de audacia y todo hubiera quedado en poder de los productores. Los momentos eran momentos de liquidar todo lo viejo. Estaba aún en carne viva el hecho de la revolución rusa, y la burguesía catalana estaba ya preparada para sufrir también aquella terrible transmutación.

El Gobierno, hermano gemelo del capitalismo, y fiel defensor de los intereses bastardos de los privilegiados, empleó toda clase de medidas represivas, por muy repugnantes que fueran, para aplastar a los obreros que orientaban aquellos movimientos, y su actitud funesta se distinguió llenando las cárceles de trabajadores, y hasta el castillo de Montjuich, que hacía mucho tiempo que no funcionaba cual máquina destructora

de seres humanos, volvió de nuevo a ser teatro de los más abominables tormentos contra los hombres de ideas nobles y generosas.

El pueblo se indignó ante la brutal actitud de las autoridades, y viendo que casi todos los orientadores del movimiento se encontraban los unos en la cárceles y los otros en el castillo maldito, una comisión, por encargo de los trabajadores de Barcelona, fue a entrevistarse con el gobernador, y le dijo que si en el plazo de cuarenta y ocho horas no ponía en libertad a los detenidos, el pueblo estaba dispuesto a saltar las cárceles y los fuertes, para ponerlos en libertad.

En vista de la gravedad de los acontecimientos, el gobernador de Barcelona comunicó al Gobierno de Madrid cuanto ocurriera en la ciudad condal, para que el gobierno decidiera lo que se debía hacer.

Ante la gravedad de los hechos, el poder central notificó inmediatamente al gobernador de Barcelona, que pusiera en libertad algunos de los detenidos, y al mismo tiempo mandaba a Barcelona una personalidad de gran relieve político, con amplios poderes para resolver el conflicto.

Al llegar a Barcelona el aludido personaje político, éste requirió de los obreros una entrevista, para orientarse y ver la forma de dar solución al conflicto.

Personados los comisionados obreros ante el representante del Gobierno, éste les expuso su misión especial, y los obreros le respondieron, haciendo honor a los principios que informan a la C.N.T. que ellos no podían resolver allí más que la cuestión de los detenidos, ya que de lo demás, era con la empresa "La Canadiense" con la que tenían que resolver el conflicto.

Mientras esto ocurría los trabajadores y la opinión en general se inquietaban cada vez más. Había grandes núcleos de obreros que estaban dispuestos a asaltar las cárceles y poner en libertad a todos los presos, que aún quedaban muchos. Otra vez surgía de nuevo el interrogante. ¿Que pasará? Los más impacientes decían: ¿qué esperamos ya?

Después de la entrevista con el representante del Gobierno, se celebró una asamblea en uno de los teatros más importantes de Barcelona, y allí, con una animación imposible de narrar, la comisión dio cuenta de

sus gestiones, explicando cuanto habían tratado con el representante gubernativo.

Hasta entonces el conflicto había seguido el curso normal. Los comisionados cumplieron fielmente la misión que los trabajadores les habían encomendado. ¿Qué sucedió más tarde?

Como ya he manifestado al principio de esta memoria, a más de ser muy joven, era neófito en las luchas sociales. Por eso es posible que en estos momentos no pueda ser lo suficientemente claro en mis consideraciones.

El caso fue que en breves horas el conflicto cambió completamente de rumbo, y en vez de mantenerse latente aquella actitud viril y sin vacilaciones, a base de acción directa, como se había hecho hasta entonces, cosa que siempre había caracterizado a nuestra Confederación, *se nombró una comisión, llamada comisión mixta*, la cual comisión, después de varias reuniones, confeccionó unas bases de arreglo, que fueron solución al conflicto, bases que no cumplieron ni la dirección de "La Canadiense" ni el Gobierno tampoco.

Los representantes obreros y con ellos todos los trabajadores de Barcelona, fueron engañados de una manera ignominiosa por la empresa y los gobernantes. Una vez se hubieron reintegrado al trabajo los obreros, todos los compromisos quedaron rotos por parte de los que del honor han hecho una mentira, y de la vergüenza han hecho un escarnio.

A eso ahora se le llama "arbitraje".

A pesar de toda mi especial atención en aquellos acontecimientos venturosos, aquello terminó sin que ni carencia de capacidad y de experiencia llegara a comprender el porque de aquel fin tan inconsecuente y tan discordante con la realidad que en mucho pechos, como en el mío, vivía en aquellos tiempos vibrantes. El toque de arrebato sonaba en nuestros oídos como eco atormentador y delirante, y veíamos a todos los parias irredentos levantarse cual pirámide indestructible en tono amenazador, dispuestos a empuñar la antorcha de la libertad y de la justicia, frente a todas las miserias humanas. Fue aquello para nosotros una quimera, que ya no es posible que se borre jamás.

Más de una vez me pregunté en aquellos álgidos momentos de lucha: Si los elementos dirigentes de este titánico movimiento insurreccional tienen a toda la clase trabajadora en general, a su lado, secundando automáticamente cuantos acuerdos y decisiones se toman, ¿Por qué, pues, no se aprovechan estos momentos favorables para dar el traste con el régimen de privilegios actual? Si los trabajadores de Catalunya y con ellos los de algunas regiones de España están dispuestos a conquistar por la insurrección su emancipación moral y económica, ¿Por qué pues, los dirigentes de la clase trabajadora no aprovechan estos momentos favorables, únicos en la historia?

Unas horas solamente, y con la sola consigna de "a la huelga", bastan para que desde el funcionario público hasta el zapatero remendón, se crucen de brazos y dejen a Barcelona y su provincia, incluso a toda Catalunya, sin pan, sin luz, y en fin, sin vida.

¿Qué se espera ya si eso es precisamente el prólogo de la Revolución Social? ¿Acaso se espera gastar las energías del pueblo, puestas en pugna, para luego después del cansancio y de la postración, entonar el canto de los vencidos, sin haber esgrimido siquiera las armas en el combate?

Luego de mis aseveraciones reflexionaba en silencio, y a veces me reprochaba a mi mismo mi conducta, considerando mis apreciaciones un tanto ligeras. El tiempo, con su acción depuradora, vendría a reforzar aquellas corrientes incongruentes, que en mi mente se manifestaban. Nadie más que el tiempo se encargaría de juzgar en justicia

En realidad, el conflicto de "La Canadiense", como ningún otro hasta entonces, se prestó a una acción común revolucionaria decisiva. España, en aquellos momentos, y en particular Catalunya y Andalucía, predispuestas a romper enérgicamente el yugo denigrante que representa la explotación del hombre por el hombre, baldón de ignominia de todo pueblo conscientes, estaban en pie.

Se puede asegurar sin temor a equívocos, que las circunstancias favorables de aquellos momentos llevaron a los hombres de la C.N.T. más lejos de lo que ellos mimos pensaban ir. Por eso, ante la grandeza de los hechos de recia envergadura, ellos se sintieron pequeños e impotentes, y la realidad les venció fácilmente.

Dejar pasar aquella oportunidad como se dejó pasar, sólo representaba dos cosas. Incapacidad o cobardía. Yo me inclino a creer más en el primer calificativo. Creo que los hombres que militaban en primera fila en aquellos tiempos, fueron retardatorias ante la realidad latente. Faltó nervio y audacia. No hubo decisión. Lástima que luego en los años 1922 y 23, muchos de aquellos abnegados camaradas murieron asesinados en las calles de Barcelona por los hordas salvajes de Martínez Anido y Arlegui. Aquello fue la contribución de sangre que el capitalismo y el Estado, después de haberse salvado del gran naufragio social, hacían pagar a las cabezas más visibles del proletariado catalán.

El caso fue debido a la indecisión y a la incapacidad revolucionaria de los dirigentes del movimiento obrero de aquel tiempo; las cosas se desviaron de su cauce, llegando al extremo que la burguesía envalentonada declarara pocos meses después aquel mil veces criminal lock out, lanzando a varios millones de seres humanos a la muerte espantosa por el hambre.

Aquella fue otra de las recompensas. Había que hundir al "populacho", ya que no había cumplido su misión histórica a su debido tiempo. Debió y pudo hacer la Revolución Social y no la hizo, pues duro con él, ya que es cobarde.

A esta apreciación mía, estoy seguro que los camaradas que entonces militaban y aún viven hoy en la lucha, después de la gran tragedia, me dirán, queriendo justificarse, que para hacer lo que se hizo en Rusia en 1917, no valía la pena gastar las energías y arriesgarlo todo.

Es cierto que como libertarios los hombres de la Confederación poco tenemos que alegar ni defender el hecho ruso, después de las bellas jornadas de los primeros años de la revolución y del comunismo de guerra. Es más, después de los años transcurridos desde entonces hasta ahora, hemos de condenar severamente la actitud despótica del partido comunista ruso y su brazo de hierro de la G.P.U. Eso, sin embargo, es un problema de ahora, que no pertenece en nada ni al pasado revolucionario de Rusia, ni a nuestro propio pasado.

La prueba más patente de cuanto dejo dicho lo afirma el hecho histórico de que el conflicto de "La Canadiense" se desarrolló en los prime-

ros meses del año 1919, y en el mismo año, meses después, se celebró aquel grandioso Congreso de la C.N.T., en el Teatro de la comedia de Madrid, y la organización toda allí reunida, acordó adherirse a la Tercera Internacional con sede en Moscou, y mandar al mismo tiempo varios delegados a Rusia en carácter informativo.

Así, pues, resulta que no fue la clarividencia de los momentos confusos lo que hizo retroceder a los hombres que formaban la vanguardia del proletariado español, sino, que por el contrario, fue la falta de decisión y de sentido práctico de la revolución.

El fracaso de la huelga de "La Canadiense", que no fue otra cosa la solución que la célebre Comisión mixta dio al conflicto, envalentonó de una manera absurda a la burguesía, que días antes se creía en el reino de desaparecidos, declarando la guerra a muerte a la confederación, y sobretodo a los hombres que desde primera fila la orientaban.

Las provocaciones de la Federación Patronal contra los obreros organizados, eran sistemáticas. Dichas provocaciones culminaron en aquel lock out, que privó del derecho a la vida durante más de dos meses a toda la clase trabajadora organizada de Barcelona y su radio.

Lo que no habían hecho los trabajadores lo hicieron los burgueses desde el Fomento del Trabajo Nacional. Hizo su revolución contra el pueblo. La burguesía defendía sus intereses, matando de hambre a todo un pueblo, sin excluir a mujeres, niños, ni ancianos.

Cuando los trabajadores piden un poco más de pan y de respeto en el trabajo, los Gobiernos todos, sin distinción, les mandan sus esbirros, para acallar sus ansias de reivindicación. Las cárceles se llenan de hombres de manos callosas, que sólo tuvieron por culto el trabajo. Si eso no es suficiente, los fusiles están en manos de los esbirros, y ellos se encargan de restablecer el orden de los cementerios.

No fue así cuando el locout. El Gobierno de entonces, liberal o conservador, que para el caso es igual, movilizó a sus huestes armadas, pero no las movilizó para reprimir a los culpables de aquel crimen colectivo, sino que las movilizó para ametrallar al pueblo si era preciso, caso que se rebelara por el hambre. Ninguno de los burgueses que provocaron y secundaron al movimiento, fue molestado en lo más mínimo, y nadie

ignoraba quiénes eran los responsables, ya que todos ellos estaban en la Federación Patronal, que les servía como guarida de lobos.

Los burgueses, momentáneamente, consiguieron su criminal propósito, y se dio por terminado el lock out.

Aquello fue terrible. Nada de Sindicato ni de organización. Nada de rebelarse ante nada. Todo había que soportarlo. Atropellos sin fin en el trabajo. Trabajar sin condiciones ni estipulación, y a cualquier precio. Es decir, el caos, la anarquía burguesa fue de hecho establecida.

Bastaba que el burgués o el encargado de cualquier trabajo se enteraran que en su casa, o en el trabajo había un obrero consciente, que militaba o había militado en otros tiempos en el Sindicato, para que fuera inmediatamente despedido. Por si acaso eso no era lo suficiente, la burguesía y sus lacayos, envalentonados, recurrían aún a medios más ruines. La federación Patronal tomó un acuerdo que consistía en boicotear a todos los obreros que, de acuerdo con la policía y los confidentes, habían fichado como sindicalista.

La operación se llevaba a cabo de una manera sencilla y eficaz. Cuando un obrero iba a pedir trabajo a una fabrica, taller, obra u otro lugar cualquiera, se le exigía a la entrada un certificado de la casa donde había trabajado anteriormente. Si el obrero en el certificado llevaba la contraseña de sindicalista, o peligroso, la casa se negaba bajo pretextos injustificados, a darle trabajo.

Se dio el caso de una manera muy frecuente, de casas que necesitaban personal competente para trabajar, y al presentarse a pedir trabajo operarios excelentes en el terreno profesional, la empresa negase a admitirlos, por estar fichados como sindicalistas.

Así resultaba, que la vida de los hombres conscientes y de sus familiares, estaban a merced de los malvados que formaban la Federación Patronal y el Fomento Nacional del Trabajo.

Ayer como hoy, el único medio de vida de un obrero es el trabajo. Si el obrero no tiene trabajo (cosa tan generalizada en nuestros tiempos, que la carne de explotación está a tan bajo precio por haber mucho sobrante en el mercado de los esclavos del salario), tiene que dejarse morir de hambre o ahorcarse, o tiene que proporcionarse comida. Lo último,

la sociedad burguesa le dice que no puede ni debe hacerlo, pues aunque hay de todo sobrante en todas partes, si intenta en nombre del derecho a la vida, conquistar lo que necesita, los representantes de la ley, de la justicia, de la autoridad, de las buenas costumbres, de la religión, de la moral, de los derechos del hombre; en fin toda la sociedad capitalista, se le echara encima, y sin estudiar motivos ni nada digno de estudio, le condenarán a la cárcel o al patíbulo. En ese caso, como en muchos otros casos, la vida del hombre no es inviolable para los detentadores de la sociedad capitalista. El burgués tiene derecho, sin ninguna responsabilidad ante la ley y la justicia histórica, a violar el derecho a la vida de los obreros, negándoles el trabajo por el solo hecho de tener ideas nobles y generosas.

En esas desesperadas condiciones se encontraban los dirigentes y simpatizantes del Sindicalismo barcelonés después del lock out.

Ante el atentado al derecho a la vida, ante aquella condena a muerte, decretada alevosamente por la burguesía contra los trabajadores que por su valor y energía se manifestaban en todos los momentos contra la inócua explotación burguesa, había que responder pronto y enérgicamente en legítima defensa.

Los seleccionados como peligrosos por la burguesía y los esbirros del Estado, su servidor, formaban una gran legión. Los Sindicatos, que sufrieron una gran depresión en aquellos momentos, no podían atender a todos aquellos trabajadores, por falta de medios económicos. Había que tomar determinaciones rápidas para buscar el remedio al mal, contra aquella plaga burguesa, que cual enfermedad colérica, iba implacablemente diezmando a los hombres de más valía de las falanges proletarias.

Para combatir la plaga que sobre los obreros conscientes había caído, no había acuerdo colectivo posible. No se trataba de un hecho de razón, se trataba de un hecho de fuera. Había que salir a la defensa y nada más.

Hubo camaradas seleccionados que, desesperados y no pudiendo aguantar más, ya dispuestas a todo, se personaron en casa del patrono donde habían trabajado últimamente, o al que conocían más a fondo, exigiéndoles trabajo o medios de vida. Hubo burgueses que, puestos ante la disyuntiva de dar trabajo o de dar el importe del mismo al obre-

ro que, desesperado, así lo exigía, ante el peligro de las represalias de la Federación Patronal, prefirieron pagar a los "rebeldes" por espacio de mucho tiempo, ya que ello quedaba solo entre él y el obrero en cuestión.

Otros burgueses hubo que no fueron del mismo parecer. Muchos de ellos, muy lejos de intimidarse ante la actitud viril de los seleccionados, cuando éstos se encontraban en el despacho llamaban a la policía, y desde allí los sacaban ya maniatados para la cárcel, acusados de amenazas de muerte.

Tanto abusaron los capitalistas en su actitud descabellada, y tanto tiraron de la cuerda de la miseria y de la sensibilidad, que por fin, un día ésta fatalmente se rompió. Los hombres de la Confederación estaban colocados delante de un dilema, en verdad escabroso; o sucumbir ellos y los suyos, definitivamente, de hambre, silenciosamente, sin protesta, como lo harían los vencidos, o se rebelaban contra sus verdugos, aunque para ello tuvieran que cometer actos reprobables a sus propias consciencias.

Un día, esa amenaza, que desde tanto tiempo pesaba constantemente sobre todos , se cumplió. Un obrero, un hijo del pueblo, audaz y decidido, ignorado de todos, en un momento de desesperación puso en práctica el célebre e histórica "Ley del Talión". " Ojo por ojo, y diente por diente."

La burguesía le había condenado a muerte, cerrándole las puertas del trabajo, único medio de vida para él y los suyos; pues bien él tenía derecho a defender su vida, suprimiendo la vida del primer culpable.

Aquel atentado a la vida de uno de los victimarios, fue como un toque de arrebato entre los que sufrían toda clase de calamidades, por culpa de los burgueses torpes y egoístas. Una serie ininterrumpida de atentados, en poco tiempo puso a Barcelona en un estado de sobresalto y de terror.

Aquella ofensiva, o mejor dicho defensiva, de los acosados por el hambre, tan lógica pero tan lamentable, contra la burguesía, logró lo que nunca pudieron lograr los obreros con razones y luchas francas.

Una injusticia así casi siempre trae aparejada otra injusticia, y un error suele también traer como consecuencia otro error. Tal ocurrió en Barcelona al principio del terrorismo.

La burguesía, con el decidido apoyo de los Gobiernos turnantes, estuvo por espacio de mucho tiempo abusando desconsideradamente de los trabajadores, y su conducta bajo todos los conceptos reprobable, les condujo al pie del abismo. Los obreros, imposibilitados de hacer la Revolución Social y acosados por el capitalismo y el Estado, no tuvieron más remedio que romper un día el cerco de acero que les atenazaba, y aquel primer atentado fue elevado luego a la categoría de sistema, y pensaron equivocadamente que en lo sucesivo todo podrían solucionarlo favorablemente de aquella manera.

Como ya hemos dicho, Barcelona en poco tiempo se convirtió en un campo de gramante, gracias a la conducta descabellada de la Federación Patronal. Aquel general confusionismo fue propicio para que todos los seres ruines e inhumanos saciaran sus apetitos malsanos al amparo de aquel período tenebroso.

La opinión en general, creyó siempre que cuanto ocurrió en Barcelona durante el período terrorista, fue culpa de los dirigentes de los Sindicatos. Nada más lejos de la realidad.

Los primeros atentados estuvieron hartamente justificados, porque aquello fue más que otra cosa una justa y recíproca contestación a las muchas provocaciones burguesas y estatales ¿ Quien hubiera sido capaz de intentar, tan siquiera, impedir en aquellos momentos que un seleccionado cualquiera defendiera su vida y la de los suyos, ante la actitud de la envilecida Federación Patronal? Nadie, por muy humano que hubiera sido, hubiera podido anteponerse a aquella realidad tan fuerte.

Más tarde fue distinto. Las cosas cambiaron por completo de aspecto. En Barcelona se cometieron muchos crímenes que en nada tenían relación con las cuestiones sociales y pasaron por tales. De aquellos hechos sólo se alimentaron bajas pasiones de instintos perversos. Las circunstancias eran en extremo confusas y se prestaban para todos los aprovechados. Hubo un largo período de confusionismo por ambas partes. La acometida de los obreros seleccionados puso en situación

desesperada a la Federación Patronal, llegando al extremo de no encontrar patronos solventes que quisieran formar parte de la Junta Directiva de aquella entidad. Hasta los patronos que más acérrimamente ponían en práctica el boicot contra los seleccionados, ya no se atenían a los acuerdos y daban trabajo a los obreros, sin preguntarles quiénes eran ni de dónde venían.

Cambiada la actitud de los burgueses, llegó un momento que a penas si se aplicaba la violencia contra nadie. Parecía que todo había llegado a su cauce y que ya nada más ocurriría en ese sentido, tan descabellado.

Cuando en Barcelona todo transcurría en la calma más absoluta; cuando parecía que el período de terror había desaparecido para no volver jamás en la vida, en bien para todos, una versión aterradora corrió entre los más destacados militantes de la C.N.T. Se sabia a ciencia cierta, por personas que estaban bien enteradas de ello, que las llamadas fuerzas vivas de Barcelona, en las que figuraban un general, el Jefe Superior de Policía, el alcalde, y las personalidades más influyentes del Fomento del Trabajo Nacional *se habían reunido y habían tomado acuerdos que por su gravedad máxima, pronto se harían sentir en el seno de la Confederación , o sea de sus más caracterizados militantes*, También se decía que de esa futura actuación eran *cómplices el ministro de la Gobernación* y *el presidente del Consejo de ministros*.

El rumor cada día se hacía más insistente entre las juntas y comités de la organización, y se esperaba con impaciencia el resultado de cuanto iba a ocurrir.

Se sabía también que la Federación Patronal Había reunido a los afiliados de más confianza, por su actuación irreductible, y había recabado amplias facultades para actuar con arreglo a sus deseos. En dicha reunión también se había acordado mandar una circular a todos los patronos que se habían dado de baja de dicha organización, dándoles un plazo, y si dentro de ese plazo no volvían a ingresar en ella, serían definitivamente boicoteados, y no se les serviría ninguna de las materias primas para poder trabajar en sus industrias. También se acordó en dicha reunión, que la cuota debía ser elevada considerablemente, ya que se tenían que hacer algunos "trabajos de mucha importancia"

para favorecer a la clase patronal. De lo demás, la Junta dijo que ella se encargaría de ello.

Los efectos funestos que se anunciaban desde hacía unos días, no se hicieron esperar mucho. Del Ministerio de la Gobernación salió la orden terminante de la destitución del gobernador de Barcelona, y en substitución del mismo, se nombró a un general del ejército, que era precisamente el mismo general que días antes había asistido a aquella célebre reunión de fuerzas vivas.

Posesionado Martínez Anido del cargo de gobernador civil de Barcelona, lo primero que hizo fue detener a cuantos dirigentes de la Confederación pudo, y también a algunos de sus abnegados defensores, enviándolos en un barco al castillo de la Mola, de Mahón.

Ya estaba dado el primer paso. Había que seguir ahora el camino de la persecución y del exterminio.

Aun no había llegado el barco de los deportados a Mahón, cuando en plena calle y a la salida de su casa, fue vilmente asesinado por las bandas de Martínez Anido, aquel gran hombre, abogado de los trabajadores, que se llamaba Francisco Lairet. Lairet, el hombre bueno. Aquel espíritu fuerte y sano, hombre inválido y generoso, fue la primera víctima de aquel general asesino.

Los asesinos que mataban a cuenta del Gobierno civil, cobraban de las manos de Martínez Anido, que era quien los capitaneaba desde el centro oficial, ciento diez pesetas semanales, y se les había provisto (por lo que pudiera ocurrir) de un carnet de policía, que les servía de salvoconducto de sus crímenes.

Al asesinato de Lairet siguieron otros muchos de trabajadores, que como el abogado bueno y honrado, estaban al margen de toda actuación violenta.

Los primeros atentados organizados por el Gobierno Civil y la Jefatura de Policía, y pagados por la Federación Patronal, sembraron un confusionismo enorme entre los que de lejos o de cerca intervenían en las cuestiones sociales.

Las Juntas de los Sindicatos y los Comités de fábricas y talleres, fueron declarados al margen de la ley por orden de los lacayos de la burguesía

catalana, y los hombres que ocupaban los cargos de la organización obrera fueron dispersados y diezmados por las huestes cavernarias del gobernador siniestro.

Estaba bien palpablemente demostrado que esta vez como siempre, los llamados guardianes del orden se habían puesto incondicionalmente al lado y al servicio de la burguesía. Aquel tristemente célebre policía, llamado Bravo Portillo, que fue por espacio de varios años el chacal de la burguesía barcelonesa, fue el primero que empleó los procedimientos criminales contra nuestros más queridos camaradas.

Pablo Sabater fue la primera víctima. Un día, a altas horas de la madrugada, se presentó un automóvil particular, propiedad de un fabricante de Barcelona, en el domicilio de nuestro compañero, y se lo llevaron a las afueras de la capital, donde lo asesinaron vilmente. Uno de los asesinos era el policía Bravo Portillo.

Aquel crimen fue seguido de otros muchos, y los hechos aconsejaban de una manera imperiosa, a los hombres de la Confederación, tomar una resolución inmediata. La suerte de la misma organización y la vida de sus mejores orientadores, así lo exigían.

Los buitres de la Federación Patronal y del Fomento del Trabajo Nacional, se mostraban en extremo satisfechos. Habían logrado desviar el curso de los hechos de violencia. Ya no caía apenas ningún burgués por el plomo homicida. La lucha se había encuadrado entre proletarios, si bien unos mataban por defender sus vidas, y otros empuñaban la pistola por un salario que pagaba a prorrateo la burguesía.

Los obreros idealistas y abnegados de la organización obrera, acosados por la dolorosa realidad, emprendieron virilmente la cruzada de la muerte y la defensa.

En pocos días cayeron en las calles de Barcelona, acribillados a balazos, como perros rabiosos, varios de los pistoleros más preciados (por sus fechorías) del general gobernador.

El Jefe superior de policía, Arlegui, estaba furioso y desconcertado ante la audacia y el arrojo de sus perseguidos. Él hubiera querido en aquel movimiento poder detener a todos los revolucionarios de una vez y aplicarles la "ley de fugas" y quedar ya tranquilo para siempre, pero al

parecer, la realidad le sumía en la desesperación, ya que los sindicalistas sabían defenderse como hombres de ideas que eran.

Viendo los mercenarios a sueldo que los sindicalistas revolucionarios actuaban viril y certeramente, y que los carnets de policía que llevaban en el bolsillo como salvoconducto no les valía para nada, porque no les libraban de la muerte, entonces algunos de ellos abandonaron el oficio por temor al adversario.

Martínez Anido, que a más de ser un malvado es un cobarde, al ver que los hombres de confianza (como él llamaba a los más perversos de los pistoleros) desertaban de sus filas, ordenó inmediatamente a sus "fieles servidores" que sin demora fueran exterminados. Temía el gobernador asesino que los desertores de sus huestes divulgaran muchos secretos, que a él le convenía guardar en la mayor reserva, por la gravedad que en sí encerraban.

Así se explica como muchas veces algunos pistoleros profesionales caían mortalmente heridos en las calles de Barcelona, sin que los sindicalistas pudieran explicar cómo ni porqué. Cada vez que eso ocurría, el general sanguinario decía: "muerto el perro, ya no ladra".

Los grandes momentos históricos, como las grandes tempestades de la Naturaleza, tienen sus flujos y reflujos. La algidez y la calma son cosas inherentes al hombre y a la Naturaleza.

La calma pareció renacer por un momento en el gran contraste de la vida agitada de la ciudad madre y misteriosa.

Barcelona aparecía algo serena, y su figura enlutada lloraba el triste recuerdo no lejano de la muerte violenta. Era como la madre joven, que en una mañana lozana de primavera, se dirige a la gran necrópolis a depositar un ramo de flores blancas sobre la tumba del hijo muerto prematuramente.

Había en todo aquello un fondo de reserva incandescente. ¿Sería larga como una eternidad aquella tregua? ¿Se tramaba, por el contrario, en el silencio la nueva y funesta sacudida?

Había dos puntos negros que predecían con toda elocuencia, que no había que hacerse ilusiones. Estaban allí en aquel paseo, casi uno junto al otro, aquellos dos caserones: el Gobierno civil de la provincia y la Je-

fatura de policía, y dentro de aquellas dos guaridas había dos bandidos a la moderna. Dos jurados enemigos de los trabajadores, porque ellos no habían trabajado nunca y desconocían el valor y la grandeza del trabajo. Eran Martínez Anido y Arlegui.

Viendo Anido y Arlegui, que los pistoleros a sus órdenes se mostraban miedosos y cobardes ante las acometidas de los revolucionarios, que sabían defenderse como héroes, "ambos consortes" decidieron cambiar la forma del procedimiento, para hacer desaparecer a los hombres de ideas.

Entonces fue cuando por vez primera, ante el asombro del mundo civilizado, se aplicó aquella famosa "ley de fugas", que fue el estigma más infamante que pudo caer sobre un pueblo.

Días antes de ser aplicada por vez primera en Barcelona la ley de fugas, como ya digo más arriba, todo parecía estar tranquilo. La confianza había renacido un poco en los corazones atormentados por el constante sobresalto. Las calles parecían más alegres, más animadas; los días, más claros y más alegres. Hasta los pájaros que vivían enjaulados, en la parte exterior de los balcones y ventanas de las casas, ajenos en todo a la maldad y a las luchas intestinas de los hombres, parecían más alegres con sus cantos de prisioneros, sin esperanza de recobrar su libertad, que el hombre insensible les había arrebatado.

Todo aquello eran esperanzas efímeras e infundadas. Había en la Jefatura de policía un enfermo, un canceroso, desahuciado de la vida, que como no podía vivir porque la Naturaleza lo había condenado a muerte, él quería arrastrar consigo a la tumba eterna a toda la juventud sana y fuerte que pensaba.

Como de costumbre, se encontraban en el gran Café Español varias mesas ocupadas por elementos de la Confederación Nacional del Trabajo. Era el punto de reunión, donde iban los más destacados militantes del movimiento sindical de Barcelona, en aquellos momentos que todos los centros obreros estaban clausurados por orden gubernativa.

Cuando la discusión era más animada entre los reunidos del Café Español, se presentaron en una de las mesas, unos de la secreta, a las órdenes de Arlegui, y cómo lo habían hecho ya en otras ocasiones, invitaron

a varios de los allí reunidos a que les acompañaran hasta la Jefatura de policía, dónde "precisaban hacerles algunas preguntas".

Los cinco obreros requeridos, que no habían cometido ningún delito, y que, por consiguiente, nada tenían que temer, obedecieron al requerimiento de la policía, y los acompañaron hasta Jefatura.

No fueron interrogados por el Jefe y se les metió en uno de los calabozos hasta la madrugada.

Serían las tres de la mañana, cuando fueron sacados de la Jefatura, maniatados y custodiados por doce policías vestidos de uniforme, al mando de un oficial de dicho cuerpo.

Al ser sacado de Jefatura les dijeron que los llevaban a la cárcel, pero al llegar a un sitio despoblado, donde no transitaba nadie a aquellas horas dela madrugada, a una señal del oficial que mandaba la fuerza, los doce mercenarios dispararon sus fusiles sobre los detenidos repetidas veces, hasta dejarlos muertos.

El oficial y los policías, después de haber cometido aquel cobarde y vil asesinato colectivo, se marcharon tranquilamente, dejando en el suelo a sus cinco víctimas.

A la mañana siguiente, los carros de la limpieza pública que recogen la basura de las calles, recogieron a las víctimas, una de las cuales todavía estaba con vida.

Todos permanecían aún fuertemente maniatados.

La prensa local, esa prensa encanallada, al día siguiente daba la siguiente referencia de los hechos:

*"Intento de fuga. Cinco sindicalistas detenidos intentan fugarse y la policía dispara sobre ellos, matándolos."*

Aquel hecho había rebasado los límites de la criminalidad. Habían sido asesinados cinco hombres indefensos y atados de manos, con todos los agravantes, y el Código penal no actuaría ni funcionaría contra los asesinos.

Los sindicalistas revolucionarios y los anarquistas agrupados en sus grupos de afinidad, estaban consternados ante aquel hecho vandálico, y

a fe que no era por miedo ni por temor de que a ellos les pudiera ocurrir la noche siguiente lo que les había ocurrido a sus camaradas. Desde el más pacífico al más enérgico, estaban dispuestos a entregar sus vidas por la causa de los oprimidos; pero se mordían los puños de rabia al ver que de una manera tan vil y tan cobarde, habían sido fusilados en plena vía pública cinco de sus camaradas, que no habían cometido otro delito que el de tener ideas enaltecedoras, si es que tener ideas es algún delito.

Hasta que por primera vez fue aplicada la célebre ley de fugas, los obreros revolucionarios nunca habían cometido contra la policía, a pesar de que para ello habían tenido sobradas razones, pero desde entonces en adelante, se les declaró la guerra a muerte.

Pocos días después de la primera ley de fugas, era muerto a tiros como un perro rabioso, en una de las calles más céntricas de Barcelona, el policía que, "cumpliendo a las órdenes del Jefe Superior", había procedido a la detención de cinco obreros en el Café Español, que fueron asesinados.

El tal policía era comisario y hombre de confianza de Arlegui, el canceroso.

"La ley del Talión", principiaba a ponerse en ejecución.

Otros muchos idénticos al que acabo de relatar, fueron sucediéndose con verdadera frecuencia ante la consternación unánime de todos los hombres de recta conciencia. La lucha cada día se hacía más desesperada. Los hombres de la Confederación estaban colocados ante la disyuntiva de defenderse, antes de ser detenidos por la policía, o morir pocos momentos después de haberlo sido. Por eso, no era extraño ver casi a diario que los trabajadores rebeldes sostuvieran prolongados tiroteos con la policía, pues preferían morir defendiéndose en la calle, que no morir asesinados por la espalda, después de haber sufrido grandes martirios en las delegaciones de policía, donde se aplicaban los más bárbaros procedimientos de tortura.

En el transcurso de los hechos relatados, un día sucedió algo extraordinario para mí. Yo tenía una estrecha e indisoluble amistad, una de esas amistades que no se borran jamás de la vida, con unas camaradas en ideas y amigos. Con aquellos amigos y camaradas, más que con nadie,

compartía casi a diario mis penas y mis alegrías. Entre varios amigos formábamos un grupo de afinidad y había entre nosotros dos hermanos carnales.

Esos dos hermanos fueron los que me iniciaron en el camino de las ideas, que desde que les conocí profeso, y por ser ellos mis orientadores, les tenía tal estima. Vivíamos en la misma barriada y nuestra intimidad y confianza recíproca era tan sincera, que nada ni nadie hubiera sido capaz de romper aquel lazo de fraternal camaradería.

Un día, y de ello me recuerdo como si fuera en este preciso instante, y no lo olvidaré jamás mientras viva, encontré al menor de los hermanos, que junto con dos amigos más se encontraban en la Plaza de Urquinaona esperando al tranvía, con los cuales estuve hablando unos breves momentos.

Me separé de ellos por tener que ir a cenar, y cual no sería mi asombro al leer al día siguiente por la mañana, en el periódico, que los tres amigos que el día anterior por la tarde había visto yo en la plaza Urquinaona, aquella misma noche los habían aplicado la tan criminal ley de fugas.

El periódico, como siempre insensible y servil, daba la misma noticia: Intento de fuga a las dos de la madrugada. La policía se vio obligada a disparar sobre los fugitivos, matándolos.

Creo no haber pasado en mi vida momentos más penosos que aquellos que pasé al leer aquella noticia.

Me volví material y moralmente loco. En mi cerebro sólo bullían deseos fieros de venganza. Sentía una necesidad arrebatadora en mi mente de matar. Como el chacal que está herido de muerte por el cazador, y que se revuelve contra si mismo, me encontraba yo en aquellos momentos tan dolorosos.

Yo que conocía a aquellos tres hombres jóvenes y buenos, y que sabía que nunca habían cometido el menor daño a nadie, sino todo lo contrario, porque su lema era bien distinto al de la violencia y las bajas pasiones, no llegaba a comprender el porque habían sido asesinados de aquella manera tan alevosa y cobarde. Sólo buscaba en aquellos mo-

mentos en mí mismo, la forma de castigar a los culpables, de aplastar a los asesinos.

Al día siguiente no fui a trabajar. Sólo buscaba la fórmula que me diera la solución, y la encontré.

Me situé frente a la puerta de la Jefatura Superior de Policía, a la hora que más o menos comprendí que el Jefe superior podía entrar o salir de ella; allí esperé en vano no sé el tiempo. Varias horas estuve vigilando la puerta de entrada y salida del edificio para castigar al que yo consideraba el culpable de toda la sangre generosa que se derramaba por las calles de Barcelona; fue inútil.

Si yo aquel día hubiera podido realizar mis deseos, castigando al culpable; si yo hubiera podido lanzar sobre el asesino las dos bombas que llevaba en los bolsillos y disparar sobre él todos los cargadores de mi pistola, me hubiera sentido el más feliz de los hombres.

Varios días estuve al acecho del mil veces criminal Arlegui, pero nada pude conseguir. Yo creo que aquel monstruo, consciente del mal que hacía a la humanidad con su proceder infame, tenía la convicción moral de que un día cualquiera caería bajo el brazo vengador y justiciero de un hijo del pueblo. Por eso tenía tomadas todas las precauciones. En los muchos días que le estuve al acecho, a pesar de que yo le conocía personalmente bien, no pude verlo un solo día.

Con la muerte de aquellos tres camaradas y amigos míos, yo recibí una sacudida tan grande en lo más intimo de mi conciencia, que me hubiera sentido molestado si otro que no fuera yo hubiera tenido el gran honor de abatir al tirano.

En ese sentido hice cuanto humanamente me fue posible. Noche y día, sin cansarme, estuve acechando al criminal, pero todo fue inútil.

En vista de mi fracaso, un día le expuse a Pedro Vandellós cuanto me sucedía. Vandellós, que hasta entonces solo me conocía de haberme visto algunas veces con Ramón Archs, al que me unía una estrecha amistad, me dijo que aquello quería tratarlo conmigo reservadamente.

Después de exponerle cuanto tenía que explicarle, Pedro me estrechó entre sus brazos y desde entonces en adelante ya siempre fuimos buenos amigos.

Pronto comprendí que Pedro Vandellós era uno de esos hombres que sabían analizar serenamente las cosas, aún en los momentos de más peligro.

Todo continuaba en la misma forma. La hiena enjaulada en aquel edificio viejo del paseo de Isabel II que se llamaba Jefatura Superior de Policía, continuaba insaciablemente pidiendo sangre humana, para calmar sus apetitos perversos. Sus fieles servidores unificados con los esbirros y mercenarios al servicio del Gobierno civil de Barcelona, continuaban su obra asesina, destruyendo hogares sin fin, y aniquilando las vidas de los que ni ante el peligro de su propia existencia retrocedían un solo paso en la lucha, a pesar de la desigualdad de condiciones.

Los confidentes de la policía estaban en aquellos momentos a la orden del día. A cada momento teníamos que lamentar hechos muy sensibles, debido a que entre nosotros salían muchos Judas, que unos por cobardía y otros por dinero, nos delataban y rebelaban nuestros planes al enemigo.

Los confidentes han sido algo fatal en nuestros medios. Ese ser repugnante y envilecido, al igual que el espía en la guerra, ha sido entre nosotros un ser funesto, el causante de muchas víctimas innecesarias. También ha sido el que en muchas ocasiones logró frustrar nuestros mejores y más acabados propósitos. La policía se ha valido siempre del confidente para descubrir lo que no hubiera descubierto nunca por su propia iniciativa. Si no hubiera sido por las confidencias, la policía se hubiera estrellado siempre en los más rotundos fracasos.

Los confidentes son el complemento de la policía o la policía el complemento de los confidentes.

El noventa por ciento de los casos que la policía ha llegado a investigar, ha sido por la ayuda que le ha prestado siempre el confidente. El otro diez por cien de los casos los ha averiguado por la imprudencia de los que de cerca o de lejos intervinieron en los hechos. La policía, por si sola, es un trasto inútil para facilitar incluso la acción de la llamada justicia histórica.

Los hombres que en Barcelona hemos actuado fuera de la ley y contra las leyes arbitrarias y criminales, como la ley de fugas y de las deporta-

ciones a pie por carretera, tuvimos siempre que guardarnos del probable traidor introducido en nuestros propios medios, o del débil, que no de los propios esbirros del capital y del Estado.

Los confidentes fueron más que nadie los responsables de la muerte de muchos de los nuestros, que traidoramente cayeron en las emboscadas bajo las balas mercenarias.

Si no hubiera sido por los confidentes, muchos enemigos del pueblo trabajador y de la libertad, hubieran mordido el polvo, pagando con sus vidas todos sus crímenes.

El confidente, éste al servicio de quien este, es el ser más repugnante y despreciable de la creación humana. De ese engendro maldito, baldón y vergüenza de nuestra especie, se debe apartar el hombre, dejándolo aislado como se aíslan las zonas infectadas, que son el signo de la muerte y de la devastación de las partes sanas de la humanidad.

Los diarios, día tras día, de una manera ininterrumpida, iban dando cuenta de las nuevas víctimas inmoladas en el holocausto del ideal y de la libertad. Las referencias que daba la prensa al relatar los hecho criminosos, realizados por las huestes desenfrenadas de Arlegui i Martínez Anido, eran verdaderamente envilecedoras.

Después de haber sido asesinados por la espalda, yendo maniatadas las víctimas con las esposas de la policía o de la guardia civil; luego, al relatar los hechos, la prensa diaria lo hacía siempre de una manera tendenciosa, diciendo incluso que la víctima en vida había sido un asesino perverso, que estaba reclamado por los tribunales por un sin fin de hechos que en realidad habían cometido la policía por orden expresa de Martínez Anido y Arlegui.

Todas esas notas degradantes las publicaba la prensa a requerimiento de Martínez Anido y de Arlegui, que en recompensa pagaban espléndidamente a sus fieles servidores, que iban al Gobierno civil a vender su dignidad profesional y su decoro, como lo hace la prostituta cortesana.

En aquellos tiempos, la prensa de Barcelona fue la cómplice consciente de todos los crímenes que se cometían en la calle y en la Jefatura Superior de Policía. Yo soy capaz de afirmarlo donde sea, sin temor a que nadie me lo desmienta.

Los periodistas de Barcelona sabían que cuantos datos les entregaban en el Gobierno civil y en Jefatura eran falsos, y a sabiendas mentían y difamaban a los que generosamente entregaban sus vidas por la libertad y la justicia.

Y todas esas infamias las publicaban los diarios, unos por cobardía, para escapar así a las iras del más salvaje de los hombres, como era el gobernador civil; los otros, las publicaban porque dicho generalote les hacía objeto de muchos favores, a la par que repartía la "sopa", convirtiendo así el Gobierno civil en cuartel general de los asesinos, y de envilecimiento de los que de la dignidad profesional no supieron hacer otra cosa que marcar el "inri" de sus propias cobardías.

Entre todo aquel podridero de periodistas sin escrúpulos, solo hubo uno que fue un hombre digno, que por ser solo uno, fue una victima. Ese periodista que supo enaltecer la profesión y dignidad, fue Fernando Pintado, el cual un día fue víctima de un atentado junto a las Ramblas, y que por equivocación los asesinos del Gobierno civil mataron a un amigo de dicho periodista, a la par que Fernando Pintado caía también herido por los enviados expresos de Martínez Anido.

Es por eso que yo siempre he tenido una cierta aversión hacía los periodistas de profesión. Por lo visto, los periodistas profesionales tienen (salvo raras excepciones) un concepto de la dignidad profesional muy rebajado. Son como la policía, o la guardia civil, que hacen lo que les manda quien les paga.

Quien no ha pasado por los trances difíciles de aquel periodo álgido de represión gubernamental, de aquel periodo sangriento, no puede juzgar los hechos en toda su importancia y amplitud.

La vorágine de aquel temporal proceloso, hizo de los hombres que se encontraban enrolados en él, unos verdaderos juguetes de la formidable corriente tempestuosa. Quien más, quien menos de nosotros, que nos encontrábamos arrastrados en medio de aquel vendaval, lo habíamos perdido ya todo. Habíamos perdido hasta la sensibilidad.

Yo, desde que sufrí aquel rudo golpe de ver asesinados por el procedimiento de las leyes de fuga, al mejor y más preciado de mis amigos, ya no tuve un momento de reposo en mi conciencia herida. En mi alma

sólo anidaba el deseo de venganza del que recibe una herida inmerecida. Mi anhelo más grande, hubiera sido poder cada instante abatir a uno de los que yo consideraba culpables de todos aquellos crímenes, que no tenían ninguna otra justificación que la justificación de un sueldo y el placer de unos cuantos malvados, que gozaban derramando la sangre de los rebeldes, porque éstos no se sometían al rufián y tenían la gallardía de enfrentarse con el peligro, aún a sabiendas que la lucha era desigual y tenían que perecer en la lid fratricida.

De esta lucha desesperada y desigual, habíamos hablado Pedro Vandellós y yo, en varias ocasiones.

Hubo un momento en que yo aconsejé a Pedro, que se marchara una temporada de Barcelona. Eso ocurría días antes de caer Vandellós en manos del fatídico Arlegui.

Yo sabía, y Pedro estaba también enterado de ello, que Arlegui y Martínez Anido tenían un interés febril en darle caza, vivo o muerto. En ese sentido ya se habían dado ordenes a todos los mercenarios con uniforme y sin él. Pedro escribió a Indalacio Prieto, que entonces era diputado de Cortes, notificándole cuanto con esto se relacionaba, y el diputado socialista planteó esta cuestión en el Parlamento con bastante mala suerte, ya que dicho señor no estaba autorizado para hacerlo, según me dijo Pedro.

Cuando yo leí en la prensa la interpelación de Prieto, con respecto a la cuestión de la situación de Vandellós, entonces reconocí y así lo expuso a mi amigo, que los días de su vida serían contados. Yo le reproché a Pedro el hecho de haber escrito a Prieto, porque ello era tanto como señalar el blanco al enemigo. Vandellós me dijo que él no hubiera creído nunca que Indalacio Prieto hubiera hecho uso de su carta particular en las Cortes, ya que él sabía que las Cortes no tenían que solucionar su situación.

Entonces fue cuando yo insistí más en que Pedro se ausentara de Barcelona unos meses, hasta ver si la atmósfera se aclaraba un poco.

Pedro no quiso marchar. El creía que abandonar el campo de la lucha en aquellos momentos tan difíciles, era una deserción. Yo, convencido de lo que iba a ocurrir, llegué incluso a pedirle por su compañera y por

sus hijos, que se ausentara de Barcelona, pero todo fue inútil. No quiso ser, como él decía, un desertor en los momentos más difíciles para la organización y sus hombres abnegados.

Pedro estaba obsesionado y frenético de cólera. Hacía unos días que en la calle de Vila y Vilà había caído vilmente asesinado el hombre más abnegado y más entero de nuestros medios. Era Ramón Archs.

Ramón Archs representaba para todos nosotros el hermano mayor, por su bondad y su abnegación . Era el brazo y el cerebro. El timonel que guiaba la nave perdida de nuestra suerte en aquel inmenso Océano embravecido por las olas de sangre generosa.

Siendo Archs muy joven, ya su padre, por tener ideas generosas, fue fusilado en el fatídico castillo de Montjuich en 1909, cuando la llamada Semana Trágica.

Desde entonces, ya nuestro camarada y amigo Ramón Archs se entregó de lleno a la lucha por la emancipación de los oprimidos y de los explotados, como digno descendiente de su padre.

Con la muerte de Archs, desapareció de entre nosotros, a más del mejor amigo, nuestro brazo derecho. Ese era el concepto que de Archs teníamos todos nosotros. La pérdida fue para nosotros irreparable. Por eso Vandellós estaba desorientado, porque sabía que era imposible que nadie más entre nosotros pudiera ocupar el puesto que con la muerte había dejado nuestro entrañable amigo y camarada Ramón Archs.

La muerte de Archs contribuyó poderosamente a unificar nuestros esfuerzos y nuestras voluntades.

Convinimos todos los que estábamos perseguidos a muerte, que debíamos unificar todas nuestras energías para realizar el esfuerzo supremo y acabar de una vez con Martínez Anido, el más grande de los asesinos de la creación humana. Había que idear un plan que diera los resultados positivos que nos proponíamos.

Sabíamos nosotros que Martínez Domingo, que entonces era alcalde de Barcelona, era, a más de íntimo amigo de Martínez Anido, su hombre de confianza. Ante estas circunstancias favorables, y considerando que cuantos esfuerzos realizáramos para dar caza a Martínez Anido, de

una manera directa nos sería poco menos que imposible, decidimos cogerlo de rechazo.

La estratagema era genial. Martínez Domingo no era ningún "angelito", ni mucho menos ajeno a cuanto ocurría con la represión sangrienta en Barcelona, ya que él más que nadie fue el que en la célebre reunión de las fuerzas vivas, había sido el que más había abogado por el exterminio de los obreros conscientes. Era el que pedía la mano de hierro, y el que contaba con tantas simpatías en el Fomento del Trabajo Nacional, por su actuación reaccionaria y funesta contra la clase trabajadora.

Se abrazó todo el plan. A la hora indicada, un grupo de revolucionarios se situarían por los alrededores de la Plaza de Sant Jaume, que es donde está situada la Alcaldía, y cuando él pasara en su lujoso automóvil, se le haría una descarga cerrada a corta distancia.

Se convino también que, si era posible, el alcalde no debía ser muerto en el acto, ya que si tal ocurría, entonces Martínez Anido seguramente no iría al dispensario o a la clínica adonde sería trasladado de primera intención el herido, mientras que por el contrario, si el alcalde quedaba con vida, entonces un deber de amigo obligaba al gobernador inmediatamente a trasladarse donde se encontrara el herido, y entonces habría llegado el momento oportuno de cazar a la fiera.

Ya estaba todo preparado. Yo estaba deseoso de intervenir por vez primera en un hecho que tantas veces había soñado con él. Pronto caería bajo el plomo de mi pistola el más funesto de los tiranos.

Le expuse mi deseo a Pedro y él me contestó, con gran disgusto por parte mía, que yo no debía intervenir en aquel acto. Alegaba Vandellós para fundamentar sus razones, que yo no estaba aún adiestrado en esas cosas, y que, por lo tanto, por tratarse de un hecho tan importante y delicado, quería él que fueran todos los hombres probados.

Yo a toda costa quería intervenir. Las razones de Pedro, aunque yo las considerara justas, no me convencían. Insistí de nuevo, no obstante, y ante mi sistemática actitud, convenimos con Pedro que yo también intervendría en el atentado.

La noche anterior del día del hecho, nos reunimos todos los que directa o indirectamente teníamos que tomar parte en el mismo. Allí se

convino quienes eran los que tenían que realizar el hecho material contra el alcalde, quienes tenían que guardar la retirada, y quienes tenían que aniquilar a Martínez Anido.

Aquella noche no pude dormir un momento. Para mí, lo que iba a suceder el día siguiente era la cosa más sensacional de mi vida. Me levanté temprano y fui al sitio de la reunión. No había llegado nadie, porque aún no era la hora indicada. Después de esperar un buen rato, llegó Pedro junto con otro camarada, amigo nuestro. Pedro, tan pronto hubo llegado, me llamó aparte y me dijo que aquel camarada que había venido con él, era un compañero probado, y que habían pensado que también podía tomar parte en el atentado.

Yo le contesté a Vandellós que lo encontraba muy bien, y que estaba identificado en lo que acababa de exponerme. Entonces Pedro me dijo que aquel camarada no tenía pistola para poder actuar, y me propuso que yo le dejara la mía.

En principio yo me negué rotundamente a dejarle mi pistola, porque si la dejaba, yo no podía ya intervenir en el atentado. Pedro insistió y me expuso muchas razones. Después de mucho pelear pudo vencer mi resistencia con gran disgusto por mi parte.

Le entregué la herramienta y todo lo que llevaba, y me marché poco menos que enfadado. Cuando me marchaba de aquella manera, Pedro me dijo al oído, cogiéndome por los hombros: Pronto llegará el momento que podrás actuar.

Nos despedimos y quedamos en vernos después del hecho.

Como era en verano y hacía mucho calor, yo me marché a los baños. Allí estuve hasta momentos antes de nuestra entrevista.

A la hora indicada llegué al sitio convenido. Esperé largo rato y en vista que no venía nadie, me decidí ir a donde probablemente me informarían de lo ocurrido. Entonces me reproché a mi mismo, el no haber acudido, como era mi primera intención, por los alrededores de donde se tenían que desarrollar los hechos, para presenciar por mi mismo lo que pudiera ocurrir.

Cuando me disponía a marchar, vi que varios de mis amigos venían ya. En seguida reconocí en sus semblantes que no estaban satisfechos

de la misión realizada. Pregunté a uno de ellos sobre lo ocurrido y sobre todo quise saber en seguida si habían detenido a alguien. Entonces me dieron toda clase de detalles.

A la hora justa que habían calculado pasó por el sitio indicado el alcalde dirección al Ayuntamiento. Según ellos, si hubieran abrigado el propósito de acabar con él, lo hubieran podido realizar fácilmente, porque estuvo a su alcance poderlo hacer sin ningún inconveniente. Como no eran esas sus intenciones, por los motivos ya indicados, se limitaron solamente a hacer sobre él varios disparos sin orientación fija terminando así su primera misión.

Realizando el atentado contra el alcalde y enterados dónde había sido trasladado, en seguida se dirigieron todos al sitio de referencia, donde se colocaron estratégicamente, esperando el momento de cazar al monstruo.

Se sabía con toda certeza que Martínez Anido en aquellos momentos se encontraba en el Gobierno civil, y se esperaba que al tener conocimiento de lo ocurrido acudiría a visitarle e interesarse por su salud y su vida.

Nada más lejos de la realidad y de esa natural esperanza. Esperaron en el sitio horas y horas, y el general gobernador cobarde, pensando seguramente lo que le iba a ocurrir, no salió de su madriguera. No realizó aquella visita obligada, dando una vez más la prueba de su gran cobardía.

Mis camaradas, frenéticos, con el rostro encendido de cólera, decían:

- ¡Es un cobarde, es un cobarde; pero ya caerá en nuestras manos!

Seguidamente del atentado contra el alcalde y consecuencia del mismo, se desencadenó contra nosotros una persecución desenfrenada. LA actuación certera de la policía contra nosotros, y también de las bandas de pistoleros al servicio de Martínez Anido, nos reveló claramente que entre nosotros había surgido un traidor. Teníamos de ello la convicción moral y sólo nos faltaba la prueba material.

Por ser yo la primera víctima del confidente malvado, fui también yo el primero en descubrir al traidor.

Nosotros sabíamos que al día siguiente del atentado contra Martínez Domingo, había sido detenido un individuo que hasta entonces había sido un buen camarada, el cual convivía diariamente con nosotros.

La caída de dicho individuo estaba situada en las afueras de Barcelona, y por su buena situación nos servía muchas veces de punto de reunión. Aquella casa era donde Pedro dormía también muchas veces.

Al ser detenido dicho individuo, inmediatamente nos pusimos en guardia y cambiamos de repente todas nuestras costumbres habituales. Todo ello lo hicimos como medida de prevención.

El detenido sólo estuvo dos o tres días preso en Jefatura y fue puesto en libertad inmediatamente. A nosotros no nos extrañó del todo, en principio, la libertad de aquel malvado, ya que ello podía obedecer a que no era conocido de la policía, como no lo era yo tampoco entonces.

A pesar de todos los atenuantes en favor del nuevo confidente, yo procuré investigar algo sobre su detención y su libertad. Pronto pude deducir que este individuo había dejado a su paso por Jefatura algo que le atormentaba.

Esa era mi firme opinión, opinión que expuse a Pedro y que él apenas la tomó en consideración, con respecto al confidente. Era natural que así fuera. Él era demasiado noble de corazón para creer en la cobardía y en la maldad de los que se llamaban camaradas y amigos.

Yo, por si acaso, procuré vivir alerta. En primer lugar, ya no fui más a dormir a casa de mi patrona, ya que el confidente sabía mi dirección. Esta precaución me salvó la vida.

El confidente nos había delatado a varios y la Policía nos andaba a la zaga. Por lo que de los hechos se desprendía, yo pude fácilmente constatar que la policía tenía especial interés en detener a los que aun no estábamos fichados, ya que éramos precisamente nosotros los que íbamos por la calle con más libertad.

La policía, que estaba en constante relación con el confidente, pronto pudo averiguar algunos domicilios y los lugares donde nos reuníamos. Las consecuencias fueron inmediatas. Una noche, de madrugada, se

presentaron en el domicilio donde yo tenía mi estancia habitual. Tres automóviles cargados de policía y guardia civil dieron el asalto en toda regla a la casa de mi patrona. La policía entró a saco. Según me dijeron más tarde los de la casa, aquello no eran hombres, sino una horda de salvajes. No quedó nada por violar en el piso, y viendo los mercenarios de Arlegui que yo no me encontraba en el piso, se llevaron con ellos a dos huéspedes de la casa, a los cuales pretendieron sacarles dónde me encontraba yo, cosa que, como es natural, ignoraban. No pudiendo conseguir lo que se proponían, les dijeron que no saldrían de Jefatura hasta que supieran mi paradero hasta que yo me presentara en Jefatura.

Viendo la policía que no me habían podido detener en mi domicilio, y enterados por el confidente de que yo frecuentaba un bar de la barriada de Pueblo Nuevo, una noche en la hora en que yo poco más o menos debía encontrarme en el café, se procedió al asalto del establecimiento. Como la policía no me conocía, no fiándose del dueño del establecimiento, que les dijo que yo no me encontraba allí, procedieron a la detención de toda la clientela, y todos en una descomunal cordada fueron llevados a Jefatura, donde seguramente se encontraba el confidente, ya que, según me dijeron más tarde los mismos detenidos, los hicieron pasar a todos, uno detrás de otro, por delante de una puerta que tenía una mirilla, detrás de la cual había alguien que observaba a los detenidos.

La policía se llevó una plancha fenomenal, ya que a pesar de todas las precauciones, yo no me encontraba entre los detenidos.

Ante los hechos que se sucedían a diario, ya no nos cabía la menor duda que Sebastián, así se llamaba el individuo en cuestión, era un traidor.

Nos reunimos inmediatamente todos, para tratar detenidamente la cuestión del confidente. Todos convenimos en seguida que había que exterminarlo sin pérdida de tiempo. El único que no participaba de este criterio era Pedro.

Sebastián era casado y tenía dos hijitas muy pequeñas. Su mujer era muy débil y no gozaba de salud. Por otra parte, tenía a su madre, que era ya muy vieja. El cuadro era verdaderamente desgarrador. Ante tales circunstancias, Pedro opinaba que no debíamos proceder contra la

vida de aquel pobre diablo,ya que si nosotros éramos prudentes, en lo sucesivo no podría perjudicarnos en nada. Ese criterio era puramente particular de Vandellós, ya que nosotros discrepábamos todos de él.

Uno de los camaradas allí reunidos propuso que inmediatamente se debía exterminar al traidor, y luego que la organización se hiciera cargo de la familia. Todos coincidimos en ese criterio, menos Vandellós, que expuso un sin fin de razones.

Por fin triunfó el criterio de Pedro, y desde entonces todos nosotros nos apartamos del confidente, viéndose despreciado por los que habían sido sus amigos y camaradas y también por los que habían sido sus enemigos.

La gente perversa que al tratar de la personalidad moral y humana de Pedro Vandellós ha dicho que

el camarada asesinado era poco menos que un antropófago, ha sido precisamente porque no habían conocido a Vandellós. Pedro Vandellós fue un hombre de ideas profundas, que si alguna vez empuñó la pistola y mató, no fue precisamente por el placer de matar, fue por sentimiento; porque Pedro Vandellós era un verdadero sentimental.

Mientras ocurrían entre nosotros todas estas cosas. Los atentados y las leyes de fuga se iban sucediendo de una manera ininterrumpida. Los pistoleros a sueldo del Gobierno civil tenían necesidad de actuar con la pistola, para justificar el sueldo que cobraban de manos de Martínez Anido. Por otra parte, estaba el Fomento del Trabajo Nacional, donde se guarecía toda la burguesía catalana, que desembocaba un río de oro en el Gobierno civil y en la Jefatura de policía, y exigía sangre y víctimas, ya que para ello vaciaban sus arcas de caudales.

A última hora, en Barcelona se mataba ya sin control ni mesura. Es indudable que en aquella bárbara y cruenta represión, cayeron muchos elementos de mucha valía, que constituían el nervio más sensible de la Confederación Nacional del Trabajo, como eran: Benito Menacho, Boal, Agustín Flor, Salvador Seguí, Albaricias, Ramón Archs, Vandellós y muchos otros, pero no es menos cierto también que entre estos conocidos militantes, también se asesinó a muchos trabajadores por

el solo hecho de encontrarles en el bolsillo sellos de cotización de sus Sindicatos respectivos.

Las cosas llegaron a mucho más aún. Se dieron casos que por el solo hecho de tener rencores personales o de carácter puramente de negocios o de familia, se cometieron atentados que luego se pretendía darles carácter social. Casos de esos se dieron en Barcelona con mucha frecuencia en el período de terrorismo de Anido y Arlegui.

En esa guerra a muerte en que el hombre tiene que matar para poder defender su vida, estábamos emplazados nosotros, al mismo tiempo que investigábamos y buscábamos la forma de poder cazar un día a los dos perros rabiosos, que uno se guarecía en el Gobierno civil y el otro en la Jefatura de policía.

Todas las pruebas y todos los intentos nos salían frustrados. Nos parecía imposible a nosotros mismos que nuestro deseo y nuestro interés no pudieran tener una factible realidad, a pesar de nuestros desvelos. Ya no había apenas más recursos donde recurrir para lograr nuestros propósitos. Sin embargo, había que insistir. No podían quedar las cosas de aquella manera. La salud de Barcelona así lo exigía, y la vida de nuestros hermanos en ideas y l*a nuestra* propia también.

Hubo alguien de entre nosotros que, ante las muchas dificultades que se oponían a nuestros designios en Barcelona, pensó que en Madrid quizá podríamos actuar con más independencia, y con más eficacia. Entonces fue cuando todas nuestras atenciones se concentraron en la capital de España.

La idea de ir a Madrid a resolver nuestro pleito fue una idea feliz; pero para realízarla había que hacer frente a muchas dificultades. La falta de medios económicos era lo más esencial. Había que hacer un esfuerzo supremo para lograr esos medios, había que redoblar las actividades dentro de las fábricas y talleres, para que las cotizaciones se hicieran efectivas con la máxima extensión posible, ya que sobre esa base tenían que descansar todas nuestras actividades.

Mientras se procedía a la intensificación de las recaudaciones en los trabajos, para verificar el traslado de varios camaradas a Madrid, se estudió la forma de efectuar en la capital española.

Estábamos plenamente convencidos que después de Martínez Anido y Arlegui, que residían en Barcelona, el mayor responsable de cuanto ocurría en toda España era el conde de Bugallal, que era entonces ministro de la Gobernación del Gobierno que presidía Dato. La coincidencia en nosotros era unánime que Bugallal era el hombre más funesto de aquel Gobierno de rufianes. En ese aspecto ya no hubo ni discusión.

Nuestros camaradas nuestros de mucha solvencia y de toda nuestra confianza, se trasladaron a Madrid inmediatamente, para investigar sobre el terreno las posibilidades del hecho. Dichos camaradas estuvieron en Madrid varias semanas, haciendo las oportunas averiguaciones. Después regresaron a Barcelona.

Todo lo habían averiguado. No hubo nada que quedara nebuloso. Así lo expusieron a su regreso. Dijeron que Bugallal, consciente como Anido y Arlegui de su actuación criminal, no salía de su casa ni del Ministerio de la Gobernación sin llevar detrás de él un verdadero ejército de "guardianes del orden". Bugallal llevaba siempre a su alrededor un cerco infranqueable de mercenarios. La actuación, pues, contra Bugallal se hacía muy difícil, como difícil se hacía contra Arlegui y Anido en Barcelona.

Sin embargo, los camaradas que habían estado en Madrid habían hecho otras averiguaciones relacionadas en ese mismo sentido, y según ellos, en Madrid se podría actuar con toda seguridad de éxito.

Habían comprobado nuestros amigos que, si bien Bugallal iba acorazado de cuerpos humanos, había en Madrid otros ministros que seguramente, ciegos a la realidad y al peligro que les amenazaba como responsables que eran de tolerar cuanto ocurría en toda España, y en particular en Barcelona, iban por las calles confiados y con la tranquilidad propia del que nada tiene que temer, porque tiene la conciencia tranquila.

Uno de esos ministros era Dato, que era el presidente del Consejo, de aquel Gobierno que toleraba en Barcelona a Martínez Anido y a Miguel Arlegui, con todas sus monstruosidades.

Estudiados los casos y viendo que Bugallal era una cosa llena de dificultades para los camaradas que tenían que intervenir, se acordó que la víctima fuera el presidente del Consejo de ministros.

El hecho de atentar contra Dato colocaba a los hombres de la Confederación en situación mucho más ventajosa y favorable bajo todos los aspectos, que no si actuábamos contra Bugallal.

Dato era el presidente del Consejo de ministros y tenía una doble responsabilidad de cuanto ocurría. Tenía la responsabilidad como ministro y también era responsable como presidente del Consejo. Por otra parte, la caída del presidente del Gobierno podía dar como consecuencia natural que se operara un cambio total en la política represiva, como así sucedió.

De lo que ocurrió más tarde, todo el mundo lo sabe. Poco tiempo después cayó Dato, y con su muerte quedaron defendidos los nuestros, asesinados en Barcelona y en otras partes de España.

El júbilo fue enorme en toda la península ibérica cuando se conoció la noticia de la muerte del presidente del Consejo. Aquel día nos hizo recordar otras fechas también memorables, como fueron los días que cayeron, para no levantarse más, Bravo Portillo en Barcelona y Maestre Laborde en Valencia.

## *Muerte de Pedro Vandellós.- Campaña contra el terrorismo en Barcelona.- Muerte de Salvador Seguí y de Paronas - Nuevo intento contra la vida de Martínez Anido, sin resultados positivos.*

En el intervalo de tiempo que en Madrid se preparaba el atentado contra el presidente del Consejo, en Barcelona no cesaban los desmanes de las huestes de Martínez Anido y Arlegui, sino que, por el contrario, cada día arreciaba más. Nuestras actividades entonces sólo se reducían casi a recaudar por las fábricas y talleres, lo que nos hacía mucha falta para actuar en Madrid. Los gastos eran inmensos y los ingresos eran muy reducidos.

En el sentido de normalizar las cotizaciones cada uno de nosotros hacíamos lo indecible. Como el hecho de ir por los trabajos a recaudar las

cuotas de los delegados no entrañaba gran peligro para nosotros, lo realizábamos con bastante despreocupación, sin temor a que nos ocurriera nada grave, pues si bien en algunas ocasiones nos vimos perseguidos por la guardia civil, como ellos no nos conocían, no se derivaron graves consecuencias.

Un día por la mañana, Pedro fue a recoger la recaudación de los obreros de un telar situado en la barriada de San Martín. Aquel día, Pedro, como siempre, iba confiado a realizar dicho trabajo. No lo hemos podido averiguar ciertamente, pero creernos que Vandellós, aquel día, no llevaba encima ni los medios necesarios para su defensa personal.

Mientras Pedro estaba hablando con el delegado del telar, el patrono del mismo dio aviso al cuartel de la guardia civil, para que inmediatamente fueran a detener a un sindicalista que en aquellos momentos se encontraba en su casa.

La guardia civil, diligente como siempre, y dispuesta a servir los intereses del capitalismo, se personó en el telar y cuando Pedro ya marchaba confiado, le dieron el alto con los fusiles en la cara y lo detuvieron.

Sin saber la guardia civil quién era el detenido, lo esposaron y lo llevaron al cuartel. Allí fue donde supieron, con gran asombro por parte de ellos, de quién se trataba.

Hay quien asegura que cuando Arlegui tuvo conocimiento de que Pedro Vandellós estaba detenido, sin recatarse de la gente que le rodeaba en aquellos momentos, se puso a hacer gestos y ademanes como hacen los antropófagos en el momento de sacrificar a un semejante suyo.

Lo que Arlegui hizo con Pedro Vandellós eso lo han dicho los mismos que intervinieron en los martirios, fue terrible y monstruoso. Nosotros sabemos que nuestro bravo y llorado camarada fue sacado de la comisaría de San Andrés con los ojos fuera de las órbitas y destrozadas todas las partes más sensibles del cuerpo. Arlegui, aquel monstruo que debió ser engendrado en un momento de locura por un ser de la catadura moral de un Han de Islandia, y amamantado en las ubres de una loba, aquel día sació sus apetitos malignos en el cuerpo indefenso de un hijo del pueblo.

Esa fue una de las páginas más gloriosas de uno de los muchos generales de España con todos los honores.

Para mayor vergüenza de él y de todos los que le toleraron, no queriendo hacerse responsable de sus crímenes, sacó de la comisaría a Pedro Vandellós horriblemente destrozado y lo hizo colocar sobre los raíles del tren, en el cruce de la Plaza de las Glorias Catalanas, para que al pasar por encima de su cuerpo las ruedas borraran las huellas infames de su crimen monstruoso.

***

Después de la muerte del presidente del Consejo de ministros, nosotros esperábamos que automáticamente cesarían los atentados y las leyes de fuga en Barcelona. Creíamos que la lección dada serviría para algo a los que quedaban en el poder. Esa creencia desapareció de nosotros cuando nos enteramos que Sánchez Guerra era el sustituto de Dato.

En vista que las cosas se sucedían como antes y que Martínez Anido y Arlegui continuaban en sus "puestos de honor", cometiendo toda clase de fechorías, los elementos de la Confederación, junto con otros sectores políticos de ideas liberales, emprendieron una viva campaña de agitación contra el terrorismo.

Los mítines y las manifestaciones públicas se sucedían sin interrupción. Uno de nuestros camaradas que puso más empeño en esa campaña contra el terrorismo, fue Salvador Seguí. Su potente y vibrante voz atronó el espacio desde la tribuna, y logró levantar la opinión en aquel período de criminalidad oficial.

Cuando la campaña anti- terrorista prometía tener un feliz resultado, una banda de mercenarios al servicio de la patronal catalana y del Gobierno civil, sellaban los labios, a tiros, de nuestros queridos amigos Seguí y Paronas.

Esa fue la recompensa que obtuvo, por sus esfuerzos realizados contra el terrorismo el camarada Seguí.

Los asesinatos de Seguí, Paronas, Albaricias y otros que se sucedieron aquellos días, nos llevaron a nuestro punto de partida. Otra vez pensamos de nuevo en la forma de derribar al tirano.

Aleccionados por el realizado en Madrid contra el jefe del Gobierno, nos dispusimos a llevar a cabo en Barcelona un hecho parecido.

Se adquirió una moto- sidecar y todos los demás utensilios necesarios para realizar el hecho. Los camaradas que tenían que intervenir en el atentado. Eran todos conocidos y probados en esos hechos. Mirado bajo todos los aspectos, el hecho ofrecía un éxito rotundo.

Nada más lejos de la realidad aparente. Entre los camaradas que teníamos que intervenir indirectamente se había introducido un elemento que estaba al servicio de Arlegui, que se llamaba Pellejero. El tal Pellejero fue el encargado de proporcionar las bombas que se debían utilizar en caso de necesidad.

De acuerdo con Arlegui, Pellejero facilitó al grupo las bombas, que eran del tipo de las italianas usadas en la guerra, o sea, de palanca automática. Dichas bombas fueron preparadas en la misma Jefatura de policía, y en vez de dinamita, fueron cargadas con algodón hidrófilo y, por lo tanto, eran inofensivas.

Llegó el día indicado y todo estaba ya dispuesto. Martínez Anido, de acuerdo con Arlegui, fue a una representación teatral que se celebraba en el teatro El Dorado, situado en la Plaza de Catalunya. A la salida de la función era la hora indicada para el atentado.

Un camarada nuestro llamado Claramonte era el motorista, y dicho camarada, junto con otro amigo que se llamaba Bermejo, esperaban en la moto junto al lugar del hecho, para recoger a los camaradas que tenían que intervenir en el atentado.

Momentos antes del atentado, el miserable de Pellejero se presentó con la policía, de la que formaba parte para detener a los camaradas que aguardaban junto al sidecar. Estos, al darse cuenta de la traición de Pellejero, cogieron dos bombas y las arrojaron a los pies de la policía, pero como éstas eran inofensivas, no estallaron. Entonces Claramonte y Bermejo cogieron sus pistolas, y al mismo tiempo que la policía disparaba sobre ellos. ellos dispararon también contra Pellejero, el traidor,

dejándolo muerto en el acto. Bermejo y Claramonte también murieron por los disparos hechos por la policía.

Los camaradas que estaban al acecho de la salida de Martínez Anido, no pudieron intervenir en la defensa de Bermejo y Claramonte, y cuando llegaron al sitio, al ruido de las detonaciones, ya todo había terminado.

Después del intento fracasado que dejamos relatado, había la intención por parte de Anido y Arlegui de aplicar la ley de fugas a doscientos sindicalistas, que se encontraban en aquellos momentos presos en la cárcel de Barcelona.

Ese hecho monstruoso pudo evitarse debido a que Sánchez Guerra, debidamente informado de ello, ordenó la inmediata destitución, primero de Arlegui, y a continuación de Martínez Anido.

Destituidos por Sánchez Guerra, Anido y Arlegui, y expulsados de sus madrigueras de una manera automática, cesaron inmediatamente los atentados en la capital catalana, y también las mil veces odiosas y criminales leyes de fugas.

Así fue cómo terminó uno de los períodos más infamantes de la historia social de España, que perdurará en los siglos de los siglos cual inri vergonzante de toda una civilización.

Ahora, pocos años después de aquello, hemos caído en un nuevo período de barbarie y de decadencia moral y mental. Hemos caído en este período que indudablemente dejará huellas profundas en la vida fundamental de España.

La dictadura de Primo de Rivera y de esa fiera enjaulada en el Ministerio de la Gobernación, traerá como consecuencia lógica y natural, una convulsión profunda, que es difícil predecir dónde terminará.

Digo que es difícil predecir en qué terminará la situación actual de España, porque si bien es cierto que en España no hay actualmente partidos políticos solventes organizados para hacer la revolución política que acaben con la monarquía envilecida,tampoco en nuestros medios se vislumbran por ahora posibilidades transformadoras, por carecer de organización, por encontrarse los mejores elementos nuestros, los unos en cárceles y presidios y los otros en el destierro y en la deportación.

Dejaremos que el tiempo dirima esta incógnita que queda pendiente como un interrogante.

De todos modos, la situación en España cada día se presenta más complicada y más latente. No hay nadie que ignore que estamos fatalmente abocados a un choque violento de sentimientos .y pasiones, que se desencadenarán con más estridencia cuanto más tarde en producirse el fenómeno natural.

# CAPITULO VI

## *Los sucesos de la noche de San Juan y sus derivaciones históricas*

Era un domingo por la mañana, una de esas mañanas madrileñas, de primavera limpia y transparente. El sol extendía sus primeros rayos y su manto rojo cubría las cúspides más altas de la ciudad central.

Delfos hacía ya un buen rato que permanecía tendido sobre el duro jergón que le servía de cama. Estaba leyendo un libro.

En la parte alta de cada página se leía: "Fedor Dovstoievski. Las Prisiones de Siberia." Dovstoievski era el autor favorito de Delfos.

Mientras estaba leyendo, Delfos, distraído, recibió la acostumbrada visita diaria. Llegaron hasta las cruces de la reja que lo aprisionaban varios traviesos y simpáticos gorriones. De momento, los gorriones permanecieron un instante callados. Parecía que no querían interrumpir la lectura del preso, que estaba distraído en ella.

De momento, todos los gorriones a la vez se pusieron a piar al unísono. Delfos levantó la vista de las páginas del libro, miró a la ventana y se puso a sonreír.

- Hola pequeños, voy en seguida - dijo Delfos.

Cerró el libro, bajó de la cama, recogió cuantos trozos de pan había guardado el día anterior para sus amiguitos, los mojó en agua y los colocó sobre la cornisa de la ventana, para que lo comieran tranquilamente.

Cuando hubieron terminado los pájaros de comer el pan, se despidieron del preso con aquel piar tan especial, que le era ya tan familiar a Delfos.

- Hasta mañana- respondió el preso.

Momentos después, el corneta tocó diana. Aquel día, el cornetín parecía vibrar con más bríos que los otros días. Delfos, en aquellos momentos, pensaba sin duda en cosas muy gratas.

Domingo y día de comunicación. Hoy vendrá a verme. Su silencio de estos días no me extraña. A principio de semana, le mandé mis memorias sobre la represión sangrienta de Barcelona, y por eso no me extraña que no me haya escrito estos días.

Pobrecilla. Trabaja tantas horas, que no tiene tiempo ni para descansar. Seguramente que estos días de silencio los habrá dedicado todos a leer mis cuartillas. De todos modos, hoy vendrá a verme, tengo el presentimiento de ello y esta especie de anticipación que siempre en mi fuero interno me da la seguridad de que vendrá hoy a comunicar.

El ordenanza de la galería abrió la puerta de la celda y preguntó a Delfos si necesitaba alguna cosa de él. Delfos contestó, agradecido por la deferencia del muchacho, que de momento no necesitaba nada.

En un momento, el movimiento se hizo general en el interior de la galería. Ruido de cerrojos y de puertas que se abrían y cerraban y de escobas que barrían los pisos de la galería. Sonó de nuevo la corneta y todas las puertas se abrieron de una manera automática. Era la hora del paseo.

Los presos salieron en hilera, formados, de la galería al patio. Una vez en el patio, los unos corrían de un sitio a otro, los otros se saludaban efusivamente entre sí.

La cárcel es como un pueblo en pequeño. Ahí también hay costumbres y rutinas, y hasta los vicios se manifiestan de la manera más descarnada. Los que contribuyen con más eficacia a mantener estas lacras en la cárcel, son los funcionarios de prisiones.

El ordenanza del centro llamó la atención de los que estaban en el patio. Era la comunicación. Se hizo un silencio general y los números fueron cantados uno tras otro.

En las primeras comunicaciones, apenas si va ningún preso social a comunicar. En esas comunicaciones sólo comunican los presos comunes y la gente de vida calamitosa.

Delfos y sus camaradas continuaban hablando y distraídos en sus conversaciones íntimas. Sergio hablaba en aquellos momentos de unos rumores que, según él, se corrían por la calle. Se hablaba con insistencia de un probable movimiento revolucionario de carácter político y militar. Ese movimiento iba contra la dictadura y también contra la monarquía.

Se decía que entre los comprometidos en la conspiración figuraban personas de gran prestigio político y militar. Se aseguraba que era un golpe de Estado que no podía fracasar, tanto por su preparación como por la seriedad de los hombres que estaban enrolados en el complot.

Se daban los nombres del general Aguilera, Weyler, Romanones, Batet y muchos otros políticos y militares de gran relieve.

No se sabía la fecha fija que se había acordado para la realización de ese movimiento revolucionario, pero se rumoreaba que los acontecimientos se desarrollarían durante aquel mismo verano.

Cuando más animada era la conversación, el ordenanza llamó de nuevo para la comunicación. A medida que el recluso iba nombrando los números, los presos se miraban unos a otros, y con la vista se decían: "Ahora te toca a ti." Delfos, que también era uno de los nombrados en aquella comunicación, se despidió con un "hasta luego".

Los locutorios de comunicación de la parte exterior ya estaban ocupados por los visitantes. Antonieta y su hermana Picardía, que ya esperaban, llamaron a Delfos, que observando había pasado el locutorio donde ellas estaban colocadas.

Picardía, después de saludar a Delfos, se separó del locutorio que ocupaba junto con su hermana y fué a saludar a Sergio, que había salido en la misma comunicación y que estaba comunicando con unos amigos.

Una vez solos Delfos y Antonieta, ésta le dijo:

- Seguramente te habrá extrañado no haber recibido carta mía la semana pasada.

- No, Antonieta; aunque tú lo creas así, no es así. Comprendo que te habrá interesado mucho la lectura de mis memorias, que, aunque incompletas por no tener materiales y comprobantes a mano, no he podido hacer otra cosa que reseñarte lo más sobresaliente y que en estos momentos aun recuerdo.

- Efectivamente, Delfos. Tu relato me ha conmovido profundamente. Pero, oye, Delfos, ¿ todo cuanto dices en tus memorias es cierto?

- Tan cierto como cierto es que en este momento estamos los dos juntos en este locutorio. No veo los motivos que puedas dudar de la veracidad de cuanto en mis memorias te expuse. Tú ya sabes, y de ello tienes ya muchas pruebas, que los que piensan y sienten como yo, no saben mentir a las personas honradas y buenas. Nosotros somos tan sinceros que no sabemos ni fingir.

- Perdona, Delfos. No estaba en mi ánimo molestarte. Es tan horroroso lo que he leído en tus memorias, que no se puede negar que hay motivos más que suficientes para creerlo en todos sus extremos. Por eso no he podido sustraerme a hacerte la pregunta que acabo de formularte, a pesar de la indiscreción o de la injusticia que he cometido contigo.

- Indudablemente que lo ocurrido en Barcelona durante la represión de Anido y Arlegui fue horrible y monstruoso. Sobre todo, la actitud de la prensa diaria, que fue una actitud servil y cobarde sin precedentes en país alguno. La llamada gran prensa, esa prensa que depende de los grandes consorcios, y de la alta banca, tiene una misión para ella sagrada a cumplir. Es la misión de prostituir los cerebros y la sensibilidad del pueblo; de adulterar siempre la verdad de los de abajo para ensalzar la mentira de los de arriba. Es la madrastra del pensamiento humano y la prostituta de la verdad.

- Lo que no concibo yo, Delfos, es cómo no abandonasteis todos a la vez aquella lucha desesperada y desigual, en espera de otros momentos más propicios para vosotros. Fuisteis demasiado temerarios y vuestra temeridad os llevó a muchos hasta el máximo de vuestro sacrificio.

- No me hagas recordar a los cobardes, Antonieta. Fueron muchos los vencidos antes del combate. Sí, demasiados fueron. Si no hubiera sido por eso, no hubiéramos llegado seguramente a aquella situación

tan angustiosa. De todos modos, no fue ése el mal mayor. Los que nos causaron más daño fueron, como ya lo sabes, los traidores. Los que nos vendieron como Judas.

- Bueno, Delfos. Dejemos esas cosas tristes, que ya pertenecen al pasado y que seguramente ya no volverán jamás para bien de todos.

- Tienes razón, Antonieta. Todo eso ya pertenece al pasado, y hay que cubrirlo con el negro velo de la tragedia. Lo que no podemos asegurar es que tales hechos ya no se volverá a repetir. Mientras exista el capital frente al trabajo, el explotador y el explotado, el harto y el hambriento, esas cosas, esas manifestaciones de la vida insoslayables, se sucederán ininterrumpidamente, manifestándose de distintas formas, desde luego, pero que al fin serán siempre la expresión del mismo mal.

- Para ciertas gentes, la vida es un constante martirio. Yo no comprendo, Delfos, cómo entre los humanos, entre los seres racionales, no se busca una fórmula de convivencia social que pueda armonizar más la vida, hasta llegar por medio de la evolución a la perfección que todos anhelamos.

- Eso no es posible, Antonieta. Los intereses creados chocan siempre con la miseria, y en esas circunstancias, la marcha evolutiva de los pueblos se debate siempre con el dolor, y el dolor no tiene espera.

La evolución de los tiempos y de las edades es algo efectivo, algo consubstancial a la vida del hombre, pero el hombre de ideas inquietantes no puede ni debe sujetarse a esa evolución lenta sin revulsivo, que envejece hasta las conciencias más templadas. Por eso los hombres inquietos, ante la pasividad de muerte de la marcha evolutiva natural del tiempo, buscan un medio radical que acelere la evolución estancada, ya que las injusticias de la actual sociedad estrangulan todo germen que no se amolde a los convencionalismos absurdos y denigrantes de los poderosos. El medio más eficaz para hacer esa transmutación de valores necesaria e imprescindible, para la vida de los pueblos oprimidos, es indudablemente la Revolución Social que nosotros preconizamos.

No hay otra solución. Hay que romper el cerco de hierro que contiene la expansión natural de la vida desde hace miles de años. Será todo lo doloroso que se quiera el acto final que ha de determinar la gran co-

media social que vive el mundo capitalista y estatal, pero hay que ir sin vacilación y sin demora a la conquista plena de la vida para todos. No podemos ni debemos detenernos ante la fatalidad de las consecuencias. La madre tampoco se detiene en el momento de concebir el hijo de sus entrañas, pensando el peligro que supone el momento del alumbramiento, en el cual pone en peligro de una manera seria su existencia. Ella sabe concebir el hijo con amor para parirlo con dolor, porque sabe que en el hijo está la renovación de la vida de la cual ella forma parte. ¿Qué podríamos decir nosotros de una mujer que ante el peligro que representa el parto se negara a concebir para evitarse el dolor que representa el acto de la matenidad? Podríamos decir de aquella mujer que era una perversa, ya que se negaba con su gesto a continuar la vida, condenando a muerte a toda la humanidad. La madre nos da el ejemplo. Ella es revolucionaria de origen y por temperamento. Nosotros, hijos de ella, debemos imitarla con el bello gesto del desprecio a la vida por conquistar otra nueva vida.

- Eres terrible, Delfos. Ante tus razones aplastantes, me están dando ganas de gritar a grandes voces: ¡Viva la Revolución Social! Y ¿cuándo terminará todo este inmenso dolor, Delfos?

- Yo no soy profeta, Antonieta. Sólo sé que defiendo una causa justa y que a ella me debo por entero. Además, está demostrado racionalmente que las corrientes modernas del pensamiento humano caminan con marcha acelerada hacia un nuevo amanecer más justo y más bello que el presente. Ese es un síntoma que recompensa todas las inquietudes del presente. Es por eso que la reacción, como la llamada democracia, se obstinan en mantener, ya no solamente su hegemonía sobre esa corriente moderna, sino también su fuerza despótica, a ultranza de todas las leyes y de todos los derechos, que ellos mismos, con sus leyes y constituciones, legaron al pueblo oprimido que no puede ya servirse de ellas.

- Supongo que vosotros debéis estar enterados del insistente rumor que corre por la calle de que se prepara un movimiento contra la dictadura, y también hay quien afirma que contra la monarquía. Según se dice hay personas de mucho prestigio interesadas en que se opere una reforma en la gobernación del país.

- Sí, Antonieta, estamos enterados de ello con toda clase de detalles. Hasta ayer sabíamos solamente lo que es ya del dominio público, que es lo que tú acabas de decirme; pero ayer por la mañana estuvo en esta cárcel un abogado amigo nuestro y nos da toda clase de detalles sobre el plan a desarrollar en ese movimiento revolucionario de carácter político. Nosotros creemos que si no hay cobardía por parte de quienes llevan esa conspiración, el éxito de lo que se proponen es casi seguro.

- ¿ Así vosotros creéis en la posibilidad de un próximo cambio de régimen político?

- Desde luego. Es más, yo confío que será en un plazo muy breve.

- Y si tal ocurriera, ¿en qué situación quedaríais vosotros, los presos sociales?

- Si tal cosa sucede, es seguro que nuestra situación cambiará rápidamente, al mismo tiempo que cambie el tinglado político. Nosotros más que nadie somos víctimas del actual estado de cosas debido a que la dictadura ve en nosotros quizá los únicos elementos capaces de realizar un gesto de virilidad que termine de una vez can la tiranía imperante. Como eso no lo ignora nadie, y mucho menos los que conspiran contra la dictadura, por eso ya se nos ha consultado por si acaso los hechos son efectivos.

- Entonces, ¿saldríais todos en libertad, menos los condenados?

- Es lo mínimo que se nos puede y debe conceder en caso de un cambio de régimen.

- ¿Y dices que eso será pronto, Delfos?

- Oye, Antonieta, si me prometes no decir nada a nadie, te diré el día indicado.

- No, Delfos, prefiero que no me lo digas. Lo prefiero así, a pesar de lo mucho que me gustaría saberlo. Podría fracasar y entonces podría caber por tu parte la sospecha de que yo hubiera sido, si no una traidora, una indiscreta. Por eso prefiero no saberlo.

- No, Antonieta, eso no. Yo sé que tú sentirías, si cabe más que yo, que el movimiento político que se prepara fracasara y, por lo tanto, no tengo ningún inconveniente en que lo sepas, sino todo lo contrario. La fecha es el día de la noche de San Juan.

Al oír Antonieta la fecha pronunciada apenas por los labios de Delfos, quedó completamente pálida. Sólo faltaban unos días, y por eso había recibido una emoción tan grande.

Después ya no se cruzó ninguna palabra más entre Delfos y Antonieta. Los timbres sonaron repetidas veces, anunciando el fin de la comunicación.

Todos se despedían con grandes gritos, de una manera profusa, en todo el departamento de comunicaciones.

Delfos y Antonieta se despidieron sólo comuna mirada significativa, preñada de esperanzas y de promesas.

## La noche de San Juan

Los presos sociales se pusieron todos de acuerdo en el plan a desarrollar aquella noche.

Todos se echaron a dormir, o mejor dicho, en la cama, vestidos, esperando la hora indicada. Los ordenanzas de más confianza ya estaban avisados, y algunos de ellos incluso habían dejado muchas puertas abiertas, para facilitar más rápidamente la salida de los reclusos de las celdas.

Los presos sociales, que eran los únicos que estaban enterados de cuanto iba a ocurrir aquella noche, pasaron varias horas de inquietud.

Las campanas del reloj de la cárcel iban lentamente marcando las horas. Los presos escuchaban despiertos el eco y contaban las campanadas como el religioso reza el rosario con fe ciega.

A medida que se acercaba el momento decisivo, aumentaba la celeridad del palpitar de los corazones oprimidos.

Cuando más profundo era el silencio en la necrópolís viviente, se oyó un ruido de pasos y un fuerte murmullo en el interior del edificio. Todos los presos que permanecían despiertos se pusieron en pie y escucharon un momento con toda atención, cortando la respiración. Se oyeron pasos lentos y ruido de llaves y cerrojos. Todos esperan impacientes. Un ordenanza se acercó como pudo a la puerta de un preso social y le contó

breve y rápidamente lo ocurrido. La noticia corrió de celda en celda como reguero de pólvora.

El movimiento había fracasado. Por mediación de una confidencia, la policía se había enterado de lo que se tramaba, ya días antes del hecho. Antes de la hora indicada, la policía había procedido a la detención de todos los que de cerca o de lejos intervenían en la conspiración.

Más de ochenta habían sido detenidos solamente en Madrid, entre militares y paisanos. En provincias y en todas partes de España también habían sido detenidos muchos otros señores de gran posición social, política y militar.

A la mañana siguiente se enteraron los presos de cuanto había ocurrido la noche anterior, recibiendo la consiguiente decepción.

Antonieta, por su parte, que recibía noticias de Delfos, había procurado adquirir detalles en la calle de cuanto ocurría, con la consiguiente decepción para ella.

Era día de comunicación ordinaria. Antonieta se presentó en la cárcel para ver a Delfos. Quería saber minuciosamente lo ocurrido, en sus más pequeños detalles y eso nadie mejor que Delfos se lo podía explicar.

Al llegar al locutorio Delfos pudo comprobar en el rostro de Antonieta la gran contrariedad sufrida por ella ante el fracaso. La moza parecía haber salido de una larga y penosa enfermedad.

Delfos procuró animarla. Le dijo que no había por qué desanimarse, ni perder las esperanzas. Sólo sería cuestión de recobrar fuerzas, para volver de nuevo sobre la ruta de la libertad.

- ¿Es cierto, Delfos, que entre los encartados hay un traidor?

- Así se dice y se afirma por los mismos detenidos, si bien de ello aun no hay nada en concreto. Se están haciendo las averiguaciones oportunas para aclarar cuanto pueda haber de cierto.

- Pero ¿se sabe quién es el traidor?

- Se da un nombre, y el acusador, al dar el nombre, hace ciertas afirmaciones; pero debido a la honradez y la seriedad del acusado, como la poca escrupulosidad y la mucha ambición política del acusador, es el motivo que nosotros acojamos con toda clase de reservas esa acusación.

- Pero debéis convenir todos, Delfos, en que hay alguien que ha traicionado el movimiento.

- Hasta cierto punto, se puede creer en ello. De todos modos, hay que tener en cuenta que cuando se trata de cosas como es un movimiento contra el régimen, en el que intervienen personas de la calidad de Aguilera, Romanones, Weyler y otros por el estilo, tal movimiento no puede ya ser secreto ni lo pueden ignorar los que están actualmente en el poder, ya que así lo determinan ciertas razones de Estado.

- ¿Son muchos los detenidos a consecuencia del movimiento abortado?

- Entre toda la península hay varios centenares. Aquí en Madrid sólo, entre civiles y militares, hay más de cien.

- ¿Está preso también el que se señala como probable confidente?

- Sí, se trata de un abogado de gran prestigio en toda España y sobre todo de gran estima entre los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo.

- Así, se trata de Barriobero, ¿no es eso?

- Sí, se trata de él.

- Ahora comprendo por qué vosotros habéis acogido con tanta reserva esa acusación.

- Pues, aun te explicarás con más razones esa reserva mental si supieras quién es el que acusa a Barriobero de confidente.

- ¿Es acaso Lerroux el acusador?

- No, no es Lerroux, Antonieta. Es otro que políticamente está mucho más abajo que el jefe del partido radical español, y que pretende con malas artes llegar a ser un caudillo político, y para conseguir tal ambición, no se detiene ni aun ante la infamia y la difamación.

- Ahora sí que no puedo llegar a sospechar de quién se trata, Delfos.

- No te esfuerces más. Se trata de Marcelino Domingo. Marcelino Domingo es el que ha lanzado la especie y nosotros de antemano tenemos la convicción moral que dicha acusación es falsa. De todos es conocido el ambiente favorable que Eduardo Barriobero tiene entre los obreros de España, y sobre todo entre los elementos destacados de la Confederación Nacional del Trabajo. Eso es algo que pesa cual losa

de plomo sobre la mentalidad ambiciosa del político tortosino, y su gran dosis de arribista empedernido le lleva incluso hacia la pendiente tortuosa de la calumnia contra un hombre que por su honradez ha sabido hacerse acreedor del más calificado respeto por parte nuestra. Claro está que el hombre es bueno hasta que deja de serlo; pero por los datos que hasta ahora obran en nuestro poder, no hay ni el más pequeño indicio que pueda demostrar que Barriobero sea confidente del esbirro Fenoll. El solo hecho de que Barriobero haya tenido relación como abogado con el policía Luis Fenoll por haber defendido incluso alguna causa juntos, por ser Fenoll también abogado, no es lo suficiente para que Marcelino Domingo aproveche esa circunstancia para lanzar el anatema infamante contra Barriobero. Nosotros no ignoramos tampoco las relaciones íntimas que Marcelino Domingo tiene también con un policía que actualmente viene muy asiduamente a la cárcel a visitarle, no sabemos con qué fin. Marcelino Domingo dice que ese policía que viene a la cárcel casi a diario a verle y Con el cual sostiene largas conversaciones, es un amigo suyo que le sirve como de confidente, por el cual se entera de cuanto ocurre en las altas esferas gubernamentales; pero nosotros opinamos o que ese policía es un idiota al venir a la cárcel a comunicar cuanto sabe a Marcelino Domingo por el compromiso que tal cosa encierra, o que Marcelino Domingo falta a la verdad en cuanto se refiere a ese policía.

Por otra parte, también sabemos nosotros que Marcelino Domingo, ea sus declaraciones - ante el juez instructor de la causa llamada de la noche de San Juan, ha dicho que él guardaba toda la documentación comprometedora en su casa; para demostrar a la opinión pública, y sobre todo a los demás sectores políticos, que su partido era el único que conspiraba contra la dictadura, y que él era el jefe de la conspiración. Ante éstas declaraciones se comprende fácilmente y la prueba es bien evidente, que Marcelino Domingo era, por lo visto el primer interesado en que fracasara el movimiento, para figurar él, sólo figurar, como el principal cabecilla del movimiento subversivo abortado. Yo no quiero negar con todo eso que Barriobero, como político que es, no tenga también sus defectos y sus ambiciones políticas. Eso es una falta inherente a todo profesional de la política. Sin embargo, ese defecto

original en todo político se ve aumentado en proporciones aterradoras en Marcelino Domingo, que siendo una mediocridad como valor personal e intelectual, pretende por todos los medios desprestigiar y anular a hombres como Barriobero, que a pesar de ser un político profesional es un hombre que hasta el presente nadie en buena lógica puede dudar de su honradez.

- ¿Es cierto, como se dice, que el doctor Marañón se encuentra también preso?

- Sí. Actualmente se encuentran en este hotel veraneando la élite de la intelectualidad madrileña. Marañón, Jiménez de Asua, Ernesto Dubois, Eduardo de Lezama. Benlluire y Tuero, Barriobero, Marcelino Domingo, Luis de Tapia y algunos otros que ahora no recuerdo. Han sido detenidos casi todos los conspiradores, menos ese viejo zorro de Romanones, que se ha atrincherado detrás de sus millones y no hay cristo que se atreva con él. Sólo una multa dicen que le han impuesto.

- Y ¿qué me dices de las andanzas y de la significación política de Marañón?

- No sé. Tengo el presentimiento de que Marañón ha desviado sus pasos. La crítica científica dice que Marañón es una eminencia, tanto en la medicina como en la cirugía. Mucho me temo que cualquier día la crítica política nos presente a Marañón como a un mal político. El fracaso de Marañón en la política puede presentarse aún más prematuramente que su triunfo en la medicina, porque la política es una cosa que escapa al cálculo y a las matemáticas y es una cosa que no queda encerrada en frascos de cristal, ni se coge con pinzas. En ese mismo plano considero a Unamuno. A Unamuno, cada vez que habla de política y como político, le pasa como al sacristán de mi pueblo, que toca las campanas y no sabe lo que toca. Es una lástima que estos hombres se dediquen al mal oficio de la política, cuando en realidad sus actividades pueden y deben encuadrarse en algo más útil y substancial para la humanidad.

- Y ¿qué tal les sienta a esos señores su nueva situación de reos de la dictadura?

- Están muy animados y conservan como presos una moral muy elevada. Claro que eso puede obedecer, y obedece seguramente,

al poco tiempo que hace que están presos. A pesar de eso, muchos de ellos ya han estado presos en otras ocasiones y también han sido algunos de ellos deportados y desterrados. Es de esperar que la mayor parte de estos detenidos serán muy pronto puestos en libertad. Quiérase que no en las cárceles hay presos de diferentes categorías. Nosotros, por nuestra parte, aunque parezca lo contrario, no tenemos la menor animosidad contra nadie, sea quien sea la persona que comparta con nosotros las desdichas del encierro. La situación violenta que nos coloca a todos en la condición de cautivos, contribuye poderosamente en todos los presos sin excepción a sentirnos moralmente unidos los unos a los otros. Cuando un preso sale en libertad, aunque ese preso sea la persona más despreciable, todos nos sentimos satisfechos al ver que las puertas de la mazmorra se abren para dar paso a la libertad de un ser que durante un tiempo determinado ha estado privado de ella. Durante el tiempo que yo llevo preso, han pasado por esta cárcel personas de todas clases y de toda catadura moral. Hubo en nuestra galería, en celda de pago, un ingeniero mecánico llamado Burgaleta, que casi cada día nos daba una conferencia sobre mecánica. Era un hombre aquél que yo no me cansaba nunca de escuchar. En varias ocasiones nos demostró por su modo de expresarse que era un hombre verdaderamente experto en la materia que trataba. Cuando el señor Burgaleta salió en libertad, muchos de nosotros sentimos mucho su partida; sin embargo, todos estábamos contentos de saber que abandonaba la cárcel para convertirse en hombre libre. Lo mismo nos ocurrió, aunque con una intensidad más grande, cuando salió de ésta el formidable y profundo escritor revolucionario Julio Alvarez del Vayo. Alvarez del Vayo es un hombre que, después de haber pasado unos días en su compañía, ya no es posible olvidarlo fácilmente. Durante el tiempo que Álvarez del Vayo estuvo preso con nosotros, fue para todos un gran compañero y un amigo excelente. Álvarez del Vayo es un hombre que ha recorrido la mayor parte de los países del mundo y su calidad de escritor y periodista revolucionario le colocan en situación favorable para ser un buen observador de todas las costumbres y del dolor de todos los pueblos oprimidos.Álvarez del Vayo nos contó mucho de su

viaje a Rusia, en cuyo país vivió durante mucho tiempo en los momentos álgidos del llamado comunismo de guerra, que pasó ya a la historia.

En el patio de la primera galería, Álvarez del Vaya nos hablaba de la gran convulsión rusa. Nos hablaba de Trotsky, de Zinovieff, de Lenin y de todas las figuras más sobresalientes de la revolución rusa, los cuales ·él había conocido personalmente en aquellos momentos sublimes de la transformación de todos los valores políticos y sociales de aquel país.

Álvarez del Vayo es un ferviente admirador del gran Trotsky, como él le llama al gran dictador, con acento venerable. Cree Álvarez del Vayo que, muerto Lenin y aun en vida de éste, Trotsky es la más recia figura y la única. esperanza. de la verdadera revolución rusa.

- Y vosotros, ¿qué concepto tenéis de la revolución rusa, Delfos?

- Nuestro concepto de la revolución rusa es bien concreto. La revolución rusa era la llamada a continuar el formidable cauce abierto por la gran revolución francesa, pero los hombres del partido comunista ruso que se apoderaron del movimiento del 17, en su ambición de mando, han estrangulado esa gran esperanza. Es indudable que Lenin fue uno de los puntales más consistentes, de la revolución rusa, pero Lenin cometió la torpeza más desconcertante que pudo cometer hombre alguno con su imperdonable proyecto de la Nueva Política Económica, de la N.E.P. Restablecer de nuevo la burguesía, los especuladores, los comerciantes, los usureros y toda esa amalgama de, parásitos de la sociedad, después de varios años de régimen de comunismo de Estado, es algo desconcertante, algo que destruyó todas las esperanzas de un pueblo que nacía de entre tinieblas. Más tarde, las cosas han ido de mal en peor. Tratados y acercamientos hacia los países burgueses y reaccionarios, como el de Mussolini. Concesiones y más concesiones, con los déspotas más abominables de la tierra. Represiones cruentas en el interior del país, contra los que no comulgan con las ruedas de molino del comunismo de Estado. Destierros y confinamientos de los que quieren ir más allá del régimen imperante. El colmo de esas arbitrariedades se hace más patente aún cuando en el seno del mismo partido comunista, por el solo hecho de existir discrepancias de apreciación, a los que discrepan con los que predominan se les hace la vida imposible hasta

en el propio país, como le ha ocurrido a Trotsky, que fue el alma de la revolución rusa. Además, en nuestro país, las ideas del comunismo de Estado son ideas inconsistentes que escapan a nuestra sensibilidad y a nuestro pensamiento eminentemente libertario. Por mucha propaganda que se haga en España por parte de los comunistas estatales, su radio de acción no pasará a desplazarse más allá de la pequeña burguesía y de las llamadas clases medias. En España, las ideas anarquistas están profundamente cimentadas en lo más íntimo del alma del pueblo, y nada que no sea destruir de una vez para siempre todos los privilegios y todas las categorías y clases, será algo consistente que quedará, truncado ante la realidad de nuestra raza. Las huestes del comunismo de Estado en España sólo podrán agrupar a su alrededor a los desechos del anarquismo militante, al burocratismo y a parte de las profesiones liberales, porque toda esa gente, más que idealistas y más que almas fuertes, son gente acomodaticia, que odian al burgués y al gobernante porque ellos no son burgueses y no gobiernan y desprecian al trabajador porque se creen superiores a él.

- ¿Así, vosotros no sois comunistas?

- Sí, nosotros somos comunistas, pero comunistas libertarios.

Los que no son comunistas son ellos, que son sólo socialistas revolucionarios, y que para diferenciarse en algo de los socialistas reformistas aburguesados, se llaman comunistas a secas, o comunistas de Estado.

- Veo que por fin, Delfos, poco a poco llegaré un día a comprender bien vuestras cosas.

- Así lo creo y lo deseo yo también.

- ¿Qué es eso, el timbre?

- Sí, nos echan ya. Ahora, ¿hasta cuando Antonieta?

- Hasta el domingo. Piensa que me tienes que dejar aquellos libros, que ya estoy terminando el que me queda en casa.

- Bueno, ya pensaré en ello.

- Salud, Delfos. Hasta el domingo, si no hay nada que lo impida.

- Procura que no sea así. Salud.

El sumario de la causa de la noche de San Juan se tramitaba con bastante rapidez. La mayor parte de los presos civiles estaban ya en libertad provisional. Sólo quedaban en prisiones militares varios de los jefes y oficiales insurrectos, entre los que figuraban los coroneles Castro Girona y Segundo Martínez, y los capitanes Perea y Fermín Galán.

Delfos y sus camaradas, por su parte, habían puesto el máximo interés en aclarar la cuestión de Barriobero y Marcelino Domingo; pero nada habían sacado en limpio con respecto a indicios veraces sobre la acusación contra Barriobero.

Cuando se aclaró más el horizonte con respecto él esta cuestión, fue cuando los presos se enteraron que Marcelino Domingo, no teniendo valor para enfrentarse con Barriobero, buscó a un lacayo suyo para que fuera en busca de dicho abogado, con la premeditada intención de agredirle, cosa que ocurrió en una de las calles más céntricas de Madrid. Barriobero fue agredido por un tal Quiles, el cual le dio varios golpes con un hierro en medio de la calle.

Más tarde, el día del juicio, se pudo comprobar que entre todos los políticos conspiradores no había ninguno digno que sinceramente estuviese dispuesto a sacrificarse por la libertad, ya que todos eran unos ambiciosos arribistas, que sólo aspiraban a conquistar el poder mediante el esfuerzo y el sacrificio de los demás.

Los militares fueron casi todos condenados a la pena de seis y ocho años, respectivamente, condena que cumplieron en el castillo de Montjuich.

Así fue como quedó liquidada aquella cuestión, para vergüenza de muchos políticos de nuestro país.

# CAPITULO VII

## *Informe minuciosamente detallado del llamado "complot del Puente de Vallecas" (sacado del mismo proceso).- Fundamento y desarrollo del mismo.*

A las cuatro de la tarde del día 29 de noviembre de 1926, se presentó en la administración central de Correos de Madrid, a recoger la correspondencia de uno de los apartados de aquella Lista de Correos, el camarada Urbano Cañardo Mañas.

El empleado que estaba de servido en dicho departamento, entregó al camarada Cañardo un aviso de giro que había allí para él.

Como aún eran horas de oficina, Cañardo pasó a la dependencia correspondiente, para hacerse cargo del importe anunciado en el aviso.

Nada más hizo Cañardo que entregar el talón en la ventanilla de cobro, cuando rápidamente se abalanzaron sobre él varios individuos vestidos de paisano, armados unos con pistolas y otros con fusiles, procediendo a su detención.

Conducido el detenido al gabinete de vigilancia que la policía tiene en el edificio de Correos, el camarada preso pudo observar con gran asombro que aquella gente que lo habían detenido de aquella manera tan misteriosa, eran todos individuos del cuerpo de la guardia civil, y que al mando de ellos iba el tan célebre y malvado capitán Doval, de dicho cuerpo, con destino en Gijón (Asturias), al cual acompañaba también el no menos célebre somatenista y presidente de la Patronal de la misma ciudad, Cangas.

Ambos siniestros personajes habían llegado horas antes a Madrid, procedentes de Asturias, para realizar tal "servicio".

Sometido Cañardo inmediatamente a un brutal interrogatorio, éste negó cuanto aquella gente le atribuía; pero Doval no se dio por satisfecho.

El capitán Elisardo Doval y Cangas, primero de una manera habilidosa, dijeron al detenido que era inútil que negara, ya que estaban enterados de cuanto se preparaba en Madrid para atentar contra la vida de Primo de Rivera y otras personalidades destacadas en el Gobierno.

Doval fundamentaba dicha acusación diciendo que cuanto sabía se lo había comunicado un tal Ramón Hernández Vera, que había sido detenido por la guardia civil a sus órdenes, en el pueblo de Noreña, situado junto a Gijón el día anterior o sea el día 28.

El camarada Urbano Cañardo, que no sabía nada de cuanto se le atribuía, dijo que no conocía al tal Ramón Hernández Vera, y que no había tenido, por lo tanto, ninguna relación con dicho individuo.

Doval, el esbirro, viendo que nada podía conseguir por aquel camino, viendo que el detenido no perdía la serenidad, se dispuso inmediatamente a conseguir que éste firmara "sus declaraciones" de una manera "contundente".

Las declaraciones de Doval, y que a toda costa quería que firmara Cañardo, decían:

*"Que en Bilbao se había organizado un complot, días antes, para atentar contra la vida de Primo de Rivera y del cual formaban parte Urbano Cañardo, Joaquín Aznar, Manuel Truchero, Aurelio Fernández, Mariano Peláez, Saturnino Aranzáez y el tal Ramón Hernández Vera. También hablaba el documento de las declaraciones en cuestión, de que en Asturias había también otros complicados, que habían sido señalados por el tal Ramón Hernández Vera, que hasta el presente se ignora de dónde procedía dicho individuo".*

Cañardo, en principio, se negó resueltamente a firmar tal monstruosidad, parida sólo por la mente calenturienta de Doval; pero éste, que

estaba resueltamente decidido a llevarse el tal documento famoso firmado por el camarada Cañardo, empleó toda clase de medios de tortura para lograr tal propósito.

El camarada detenido fue trasladado a un departamento apropiado al efecto, y allí, los inquisidores de Doval le propinaron una tremenda paliza con unos látigos que llevaban, hasta dejar a nuestro compañero sin sentido, tendido en el suelo.

Doval y su "banda" fueron a tomar el fresco, en espera de que el camarada brutalmente apaleado volviera en sí.

Cuando regresaron, Doval volvió a interrogar al preso, que aun estaba completamente sin sentido, y éste como es muy natural, no le respondió.

Entonces, aquel monstruo hizo que trajeran un cubo de agua y se la echó encima, para que reaccionara.

El camarada Cañardo, hecho un guiñapo, sin sentido y agotado, volvió en sí, y el capitán Doval volvió de nuevo a interrogarlo. Le dijo que tenía "carta blanca" de Martínez Anido para acabar con él y con "todos sus cómplices", y que si no firmaba aquella noche aquel papel que tenía delante, lo sacarían aquella misma noche a las afueras de Madrid, y allí lo fusilarían como a un perro rabioso.

Cañardo, que había perdido ya la razón, y el concepto de la responsabilidad que firmar aquel documento representaba, dijo que con tal que lo matasen pronto, de una vez, estaba dispuesto a firmar cuanto le pusieran delante. Lo que sí hizo constar fue que él no tenía ningún cómplice, y que sólo él era responsable de todo.

A tal extremo de terror llegaron las cosas contra el detenido.

Satisfecho en parte Doval del éxito obtenido con la firma de Cañardo, firma arrancada tan vandálicamente, se decidió a completar su plan de gran inventor de complots, para lograr el afecto y la recompensa de sus amos y señores de la dictadura.

A tal efecto, a las siete y media de aquella misma tarde, Doval y los verdugos que le seguían se dirigieron hacia el Puente de Vallecas y, haciendo preguntas por aquel vecindario, lograron dar con el domicilio de un camarada, que hacia ya mucho tiempo que vivía en Madrid, irrum-

piendo brutalmente como tenía por costumbre, en dicho domicilio y procediendo a la detención de los que allí se encontraban, que eran Joaquín Aznar y Manuel Gómez.

Aznar y Gómez, junto con todo el vecindario, que les conocía perfectamente, protestaron de aquella medida arbitraria, pero nada les valió. Fueron sacados a viva fuerza y los llevaron al despoblado y Doval, otra vez golpeando a los detenidos con su pistola, les decía que ellos eran los cómplices de Cañardo y que éste lo había firmado; para demostrar que no mentía, enseñaba el documento firmado por Cañardo.

A pesar del inicuo modo de proceder, Doval esta vez no pudo conseguir sus propósitos bastardos, y en vista de ello, cogió a los dos detenidos, los ató de pies y manos como si fueran fardos, los echaron dentro de lujoso automóvil, y bajo la amenaza de las pistolas y los fusiles les dijeron que si gritaban por el camino los matarían.

Llegaron al cuartelillo donde se encontraba el otro detenido, lo cogieron también en las mismas condiciones que a los otros dos y el coche marchó hacia el ministerio de la Gobernación.

Cuando llegó el auto al ministro de la Gobernación y Doval comunicó a Martínez Anido que allí llevaba los tres detenidos, éste le preguntó si estaban vivos aún. Como Doval respondió afirmativamente Martínez Anido se puso hecho una fiera, rugiendo como un león en celo, y dijo a Doval que era un cobarde, una mujerzuela.

El capitán Doval, desencajado y apesadumbrado por no haber complacido a su amo, ordenó que llevaran a los detenidos a la Dirección General de Seguridad, pensando que en lo sucesivo no volvería a pasarle otro fracaso semejante.

Una vez los presos en la Dirección General, Doval se dirigió a dicho centro policíaco, para arrancar a los camaradas Aznar y Gómez lo que no había podido aún conseguir, hacerse autores o cómplices de Cañardo.

La policía, que estaba muy recelosa y contrariada con Doval, por considerar a éste como un intruso e invasor de sus funciones, el cual los dejaba en muy mala situación, por ambición y no por sentimientos se opusieron a que la "cuadrilla" de Doval apaleara a los detenidos ya que

no eran responsables de cuanto ocurriera a éstos, que estaban bajo su custodia.

Acto seguido, Luis Fenoll, jefe de la brigada Social y política, por orden del director general se hizo cargo de los detenidos y procedió al interrogatorio y esclarecimiento de cuanto acusaba Doval.

Fenoll, que también durante su actuación como jefe de la brigada Social y Política, fue un hombre siniestro y ambicioso, queriendo hacer méritos por encima del que consideraba su rival (capitán Doval), mandó a varios agentes de su confianza a la casa donde habían sido detenidos Joaquín Aznar y Manuel Gómez, para que efectuaran un "minucioso y detenido registro".

Los mencionados agentes volvieron horas después a la Dirección General, llevando consigo varias bombas que, según decían, habían encontrado en dicho domicilio.

El caso era bien concreto y significativo. Doval había estado en la casa y había procedido a la detención de los que la habitaban, pero no había encontrado nada. Fenoll, por el contrario, había encontrado las bombas, cosa que ponía en muy mala situación a Doval y los suyos. Hasta donde llega la maldad y la concupiscencia de un policía herido en su amor propio.

Los tres detenidos fueron sometidos todos a procedimientos criminales, por parte de los sicarios al mando de Fenoll.

Después de once días de continuos tormentos fueron trasladados todos a la cárcel, donde se les sometió a régimen de rigurosa incomunicación en celdas de castigo.

El mismo día que los detenidos fueron trasladados a la cárcel, Doval y su escolta desaparecieron de Madrid y se dirigieron a Gijón. Se proponían continuar allí su obra macabra.

Por su parte, Fenoll continuaba también "haciendo méritos" ante la hiena de Gobernación. Cogió a varios agentes a sus órdenes y se trasladó a Bilbao. En dicha ciudad los agentes de Fenoll, el día 3 de diciembre del mismo año 1926, detuvieron a los conocidos militantes de la C.N.T.. de dicha localidad: Manuel Truchero, Mariano Peláez, Aurelio

Fernández y a su compañera María Luisa Tejedor, que de paso para Asturias se encontraban en Bilbao.

Todos estos detenidos sin saber por qué de su detención, fueron trasladados a la Comisaría rigurosamente incomunicados, y dos días después, en el mismo estado de incomunicados fueron trasladados a Madrid, acompañados de más de veinte policías.

Ya en los calabozos de la Dirección General de Seguridad de Madrid, los detenidos fueron interrogados unos tras otros por el muy perro Luis Fenoll.

A las interrogaciones de Fenoll, los presos contestaron debidamente negando cuanto afirmaba Doval, respecto al intento del complot. Así lo hicieron constar en sus declaraciones ante Fenoll, las cuales firmaron.

Tales declaraciones en prueba de su inocencia y del desconocimiento completo de cuanto se les imputaba, no fueron óbice para que los detenidos pasaran meses y años esperando el día del juicio, aun ante la negra perspectiva de ser condenados a largos años de presidio.

Como quiera que el único testigo de cargo ante ese tenebroso proceso, era el mencionado Ramón Hernández Vera, a quien Doval sabría por qué continuaba reteniendo preso en el cuartel de la guardia civil de Gijón, la Dirección General de Seguridad de Madrid ordenó a Dóval que el mencionado Ramón Hernández Vera fuera trasladado a la capital de España orden que quedó muchas veces sin cumplir debido a que Doval parecía decidido a que Hernández Vera no fuera, bajo ningún motivo, trasladado a Madrid.

Este hecho verdaderamente misterioso nadie lo conocía más que Doval, pues nunca se pudo aclarar lo que ocurría entre Hernández Vera y el capitán Elisardo Doval.

Viéndose Doval completamente imposibilitado de retener un momento más a Hernández Vera en el cuartel debido a que el director general de Seguridad le apremiaba en el traslado del preso a Madrid, Doval accedió a ello y el día 4 de diciembre del mismo año 1926 salía de Gijón conducido por una pareja de la guardia civil el detenido, con dirección a Madrid.

El tren que conducía al preso y a la pareja de la escolta llegó a Madrid, pero el preso y la pareja no llegaron como había anunciado por teléfono Dóval al director general.

¿Qué había ocurrido?

Pues había ocurrido que el preso había sido fusilado por la pareja que lo escoltaba, en la misma estación de un pueblecito de Asturias, llamado Malvedo.

De este hecho ya hablaremos con toda clase de detalles más adelante.

Dos días después del asesinato de Ramón Hernández Vera, los esbirros a las órdenes de Doval procedieron a la detención de varios de los más destacados propagandistas y defensores de la C.N.T. en Asturias.

Los detenidos fueron los siguientes camaradas: En Gijón, Segundo Blanco y Amallo Sarabia: en la Felguera, Eladio Fanjul, Agapito González y Francisco Díaz; y en Oviedo a Ceferino Fernández. Estas detenciones se verificaron todas a altas horas de la madrugada y los detenidos fueron todos conducidos inmediatamente al cuartel de la guardia civil, feudo de Doval.

Los presos permanecieron en el cuartel de la guardia civil amontonados en la cuadra, junto a los pies de los caballos, con el grave riesgo de ser pisados por los mismos, durante más de una semana. Cuando los familiares y amigos de los presos iban al cuartel a preguntar e interesarse por los detenidos allí, se les respondía de una manera despótica negando que hubiera nadie preso negándose también a recibir nada para los secuestrados.

Como los detenidos, a pesar de los malos tratos y de las torturas a que estaban sometidos en el cuartel, no se hacían autores como pretendía Doval de tales monstruosidades, entonces éste se decidió a "facturarlos" a Madrid. Al salir del cuartel dijo Doval: - Allá os las arreglareis con Fenoll, que es el niño mimado del generar Se refería a Martínez Anido.

Doval es un ambicioso empedernido de mando y de honores y odia a los de su propia casta, cuando éstos son más o menos "afortunados" que él.

Al llegar a Madrid nuestros camaradas fueron llevados a la Dirección General de Seguridad, donde fueron interrogados por Fenoll.

Como es muy natural, los detenidos negaron cuantas acusaciones hacía sobre ellos Dóval y dijeron que nada sabían de tal “complot”, y que no conocían al tal Hernández Vera en el cual descansaban todas las acusaciones de Doval.

Ante la imposibilidad de aclarar nada, ya que todo carecían de base y de lógica. Fenoll mandó a todos los detenidos a la cárcel rigurosamente incomunicados, y en celdas de castigo en sótanos.

Todos los detenidos, que sumaban un total de catorce, permanecieron incomunicados en los sótanos de la cárcel de Madrid más de dos meses, dándose el caso que muchos de ellos tuvieran que ser trasladados a la enfermería de dicho establecimiento, unos cargados de fiebre y otros completamente sin juicio.

Después de pasados más de dos meses durante los cuales muchos de los presos estuvieron luchando con la muerte, debido a las pésimas condiciones a que estaban sometidos y debido más que nada a ocurrir esto en invierno, sin abrigo ni alimentos, fué cuando por vez primera acudió a la cárcel el juez militar pidiendo declaración a Cañardo, el cual negó rotundamente cuanto había firmado y le dijo al juez que si tal había firmado era debido a los tratos inhumanos a que había sido sometido por parte de la “banda” de Doval. Cañardo le dijo al juez que en aquellos momentos de terror hubiera firmado sin reparo, aunque hubiera sido su sentencia de muerte.

El juez, que era un hombre reaccionario y de instintos dudosos, dijo a Cañardo que ponía en duda que fuera cierto cuanto éste le decía.

Entonces Cañardo, en un momento de indignación, dejó al juez sentado donde estaba y se marchó de nuevo a la celda. Prefería estar solo e incomunicado que no estar entre gente de “honor”.

Después que les fue levantada la incomunicación a todos los detenidos, un día se presentó en la cárcel el juez y éste interrogó a todos los encartados en el “complot”, preguntándoles si era cierto que tenían proyectado, después de la muerte de Primo de Rivera, el día del entierro atentar contra el rey, Martínez Anido y todo el Gobierno allí congregado.

Los presos, buenos de cólera unos, y humoristicamente otros, contestaron al juez como se merecía y éste no insistió ya sobre tal fenomenal absurdo.

A tal extremo de pánico llegaron las cosas en los precisos momentos en que Primo de Rivera y sus lacayos iban de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad cual carro triunfal, haciéndose levantar arcos simbólicos a su paso vacilante de borracho empedernido, y de bufones que pretendían subyugar al pueblo con sus espejismos de grandeza que no era otra cosa que desenfreno.

# CAPITULO VIII

## *Capitán Elizardo Doval, alma perversa. Consideraciones al capítulo anterior*

Fracasado el movimiento de la noche de San Juan, todo el resto de aquel verano pasó con pequeñas variantes.

El dictador Primo de Rivera, y el carro que le seguía, iba de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, de banquete en banquete y de juerga en juerga.

Era un desenfreno. La economía nacional iba consumiéndose en comilonas y esfumándose entre botellas de champaña. Mientras tanto las cárceles y presidios estaban llenos de hombres protestatarios y disconformes con aquel desbarajuste gubernamental. No había más, la resignación o la cárcel.

Por cualquier tontería se incoaban procesos escandalosos y fantásticos; cuando no había motivos para llevar a los inadaptados a la cárcel, se inventaban los procesos más tenebrosos.

En materia de invención terrorífica se distinguieron por sobre todos los demás, como ya hemos visto en el capítulo anterior, polizontes, el capitán de la guardia civil de Gijón, Elizardo Dóval y el jefe de la brigada especial de Madrid y hombre de confianza de Martínez Anido, Luis Fenoll.

Antonieta cada domingo iba a visitar a su amigo Delfos. Un domingo, sin embargo, no pudo ver al preso. Los camaradas de Delfos le notificaron a la muchacha que Delfos se encontraba rigurosamente incomunicado en una celda de castigo en sótanos.

La joven pidió toda clase de explicaciones sobre lo ocurrido con Delfos y contrario a lo que ella creía de que su amigo hubiera reñido con

algún empleado o con alguien de la cárcel, los camaradas del preso le dieron toda clase de pormenores de lo ocurrido.

Desde hacía unos días los diarios venían hablando con gran profusión e insistencia de que en varias poblaciones de España se estaba fraguando un complot para atentar contra Alfonso XII y contra Primo de Rivera.

Entre Madrid, Gijón, Bilbao, Santander y otras poblaciones habían sido detenidas más de veinte personas entre mujeres y hombres.

El que llevaba la trama de este hecho tenebroso era el capitán Doval. Luis Fenoll era el instrumento que ejecutaba los planes fantásticos de Doval.

La cosa, aunque no lo pareciera, estaba bien clara, los elementos de la Confederación, después de algún tiempo de no poder actuar volvían de nuevo en la parte del Norte de España a inquietarse y a trabajar activamente para conquistar la libertad que permanecía estrangulada en España por obra y gracia de los dictadores y de la reacción.

Varios destacados militantes de la organización de Vizcaya y Asturias se habían puesto en relación con los emigrados españoles en Francia para ver la forma de llevar a cabo un hecho de fuerza en común para derribar la dictadura militar en España.

Entonces residía el Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo de España, en Gijón.

Los dictadores, que tenían un servicio de espionaje y una red de confidentes casi perfecta, sabían que se preparaba algo aunque en concreto no sabían lo que se preparaba.

El capitán Doval, residente en Gijón, fue el encargado especial para que investigara y vigilara estrechamente de cerca los elementos destacados de la organización obrera de Gijón hasta lograr el descubrimiento de cuanto se preparaba.

Como siempre, Doval, queriendo hacer méritos, empezó a detener gente y a martirizar a cuantos detenía para que éstos hablaran lo que él deseaba saber.

El primer detenido fue un tal Ramón Hernández Vera, que hacía poco había llegado procedente de Cuba, de donde fue expulsado por el dictador Machado.

El tal Ramón Hernández Vera era un individuo completamente desconocido en los medios obreros de España y que más tarde se supo que llegó a Gijón en busca de trabajo y en demanda de solidaridad entre los obreros confederados.

Hernández Vera, una vez en poder de Doval, fue sometido a los más feroces martirios y a pesar de que Hernández Vera no sabía nada de cuanto a Doval le interesaba saber, antes de morir por los martirios de los esbirros de Doval, que en varias ocasiones lo colgaron del techo, en la cuadra de los caballos del cuartel, atado por los pies y de cabeza abajo, manteniéndolo así mucho rato, decidió firmar el atestado que le presentaba Doval para así poder salvar la vida.

Una vez firmado el atestado de Doval por Hernández Vera, aquél empezó a detener a cuantos en el atestado escrito por él mismo señalaba, y estos detenidos fueron sometidos a los mismos procedimientos de tortura a que antes lo había sido Hernández Vera.

Esta segunda etapa monstruosa de Doval no tuvo el mismo efecto que la primera. Los detenidos en Asturias, Segundo Blanco, Amalio Sarabia, Ceferino Fernández, Eladio Fanjul, Francisco Díaz y Agapito González, todos conocidos y probados militantes de la C.N.T.., por muchos martirios que les fueron aplicados supieron valientemente resistir todas las ignominias sin que Doval pudiera conseguir sus propósitos criminales de una responsabilidad que no existía.

Aurelio Fernández, Manuel Truchero, Saturnino Aranzaes, Mariano Pelaez y María Luisa Tejedor, que como ya hemos dicho fueron detenidos en Bilbao y conducidos a Madrid, donde también por la misma causa hablan sido detenidos Manuel Gómez, Joaquín Aznar y Primitiva Sánchez.

El capitán Doval no estaba satisfecho. Después de varios días de martirizar a los detenidos sólo había conseguido la firma de Hernández Vera y la negativa rotunda de los demás detenidos a todo cuanto en el atestado se decía.

Era probable y, más que probable, era seguro que cuando Hernández Vera llegara a Madrid, donde habían sido trasladados todos los detenidos, una vez ante el juez instructor, negaría cuanto Doval había escrito

en el atestado y además haría constar en el sumario que había sido bárbaramente martirizado. Por eso, por lo que había firmado aquel documento infamante, y por que Doval se resistía a su traslado. Doval no estaba satisfecho y buscaba la forma de salir airoso de su cometido.

Todos los detenidos estaban ya en Madrid. Sólo faltaba Hernández Vera, que aún permanecía en Gijón. Doval no sabía qué hacer con él. Era la única prueba, su firma, y si él al llegar a Madrid la negaba, todo estaba perdido.

Por la mente ruinosa de Doval pasó cual luz de relámpago en tinieblas, un pensamiento tétrico. Había que sellar los labios de Hernández Vera para que no hablara. Aquella firma sacada por la fuerza del martirio no podía quedar destruida por la realidad de la negativa, y por la acusación del preso. Era la única prueba de todo aquel proceso monstruoso y había que mantenerla a toda costa.

Doval, entre todos los civiles del cuartel de Gijón, escogió dos de su plena confianza. Hay que conducir al detenido a Madrid, les dijo:

- Tened cuidado que es muy seguro que se escape. Al menor intento, ya lo sabéis. Hay que asegurarlo.

La pareja cogió al preso y lo sacó del cuartel. Hernández Vera por fin respiraba aire puro, "ya estaba salvado". Cuando llegara a Madrid él explicaría a todos los demás detenidos lo que para obligarle a firmar el atestado había hecho con él. Les pediría perdón a todos y ante el juez diría toda la verdad.

Cuando salieron del cuartel la pareja cargó los fusiles y puso la bala en la recámara. Por si acaso.

Hernández Vera subió al tren y suspiró.

Camino de Madrid. El tren corría sobre los rieles como la serpiente en la llanura. Los viajeros miraban al preso descompuesto, con aire de compasión.

Los guardias civiles se miraron el uno al otro. Su mirada era significativa. Alguien que los hubiera observado hubiera dicho que en aquellas miradas habían convenido algo muy importante.

El departamento donde iban el preso y la pareja había quedado solo, en la estación anterior habían bajado los pocos viajeros que iban en él. Había llegado el momento.

El tren fue aminorando la marcha, iba a parar, se acercaba la estación. Una estación pequeña. Malvedo. Los guardias se pusieron en pie; el preso, extrañado, miraba a los del tricornio.

Momentos después se oyeron dos disparos de fusil. La poca gente que había en la estación de Malvedo, se acercó al tren y vieron a un hombre atado de piernas que yacía en tierra, retorciéndose por el dolor de las heridas. La pareja dijo que no había pasado nada. Era un preso que llevaban conducido, que había intentado fugarse y ellos se habían visto obligados a disparar.

El preso, que había caído de espaldas, se retorció por última vez y abriendo los ojos miró a los que le rodeaban, sonrió a la vida y murió.

El tren marchó sin el preso y sin la pareja de la guardia civil. Uno de los civiles telefoneó al cuartel de Gijón y le notificó al capitán Doval que el detenido Ramón Hernández Vera, que ellos llevaban conducido a Madrid, había intentado escaparse y lo habían matado a tiros,

El capitán Doval se frotó las manos, cogió el teléfono y comunicó lo ocurrido al Ministerio de la Gobernación.

Alguien dijo más tarde que Martínez Anido había contestado a Doval:

- Bien muerto está, uno menos.

El proceso del Puente de Vallecas duró cerca de cuatro años. El balance de dicho proceso fue verdaderamente macabro.

El procesado Ceferino Fernández, se volvió loco de los malos tratos. Mariano Pelaez contrajo una enfermedad crónica y murió poco tiempo después, y los demás presos, aun sin pruebas muchos de ellos, fueron condenados a varios años de presidio.

El capitán Doval nada. No lo ascendieron por casualidad.

# CAPITULO IX

## *Detención de Antonieta y traslado de Delfos a Barcelona*

A raíz del descubrimiento del complot del Puente de VaIlecas por Doval, las circunstancias cambiaron en Madrid mucho de un manera desfavorable para todos. Tanto los que estaban en la cárcel como los que estaban en la calle, considerados como hombres de ideas y sobre todo los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, y todos los que tenían relación con ellos, eran sistemáticamente molestados por la policía,

Fenoll quería rivalizar con Doval, con el cual se disputaba el puesto de honor ante el monstruo de Gobernación.

A Delfos, por el solo hecho de ser un hombre significado en las luchas sociales de Catalunya, aun estando preso, la policía lo encartó en el proceso fantástico del Puente de Vallecas.

Cerca de dos meses lo tuvieron incomunicado en sótanos por dicho proceso. Eso que, como ya hemos dicho, cuando se descubrió el aborto de Doval, Delfos hacía diez y nueve meses que estaba en la cárcel de Madrid.

La correspondencia de los presos era violada y cuantos iban a comunicar con ellos eran objeto por parte de la policía de toda clase de molestias y de preguntas mal intencionadas.

Ante todo eso, Antonieta había tomado ya sus precauciones. En varias ocasiones fue seguida por la policía, la cual parecía tener gran interés en averiguar el paradero de la muchacha.

Entonces fue cuando Antonieta empezó por sí misma, ante los hechos, a darse cuenta de lo que era la policía, y que tantas veces Delfos ya se lo había referido.

El radio de acción se le iba estrechando cada día más a la amiga de Delfos. La policía no la había interrogado nunca de palabra, pero tanto en la vista como en los gestos de Antonieta había podido comprobar que los guardianes del sistema capitalista la estaban acechando cada día con más ahínco.

Un día Antonieta comunicó a Delfos cuanto le ocurría con los esbirros de Fenoll. Delfos le hizo una serie de consideraciones, las cuales, unas tuvo en cuenta y otras no. Sí, porque ella no comprendía, el por qué ella no podía, en uso de su perfecto derecho, visitar al preso cuando era esa su voluntad y con ello no causaba perjuicio a nadie.

- Yo no dejaré de venir a verte, Delfos - le decía Antonieta al preso- No quiero someterme a la voluntad caprichosa de esos señores que tienen un concepto bajo del sentido humano de las cosas, y que no tienen sentimientos humanos que les hagan comprender cuantas injusticias cometen con sus semejantes. La policía no logrará desviar mi sentimientos y mi voluntad será suficiente para imponerme a todas cuantas coacciones me hagan esos fariseos.

- Si es esa tu voluntad y tu sentimiento, por encima de todo debes ser fiel a tu conciencia, Antonieta, pero ten en cuenta que las consecuencias de tu conducta te pueden reportar disgustos incalculables. Ya ves yo. Por pensar como pienso y tener una voluntad y unos sentimientos invulnerables, las cosas han llegado hasta los más inconcebibles extremos y desenfrenos.

- No importa, Delfos. Si fueran tan malvados para cometer conmigo cualquiera de las injusticias que cometen contigo, yo sabría anteponerme a todos los convencionalismos y salir triunfante de la empresa.

Delfos pensaba al oír a Antonieta: mejor que sea sí. Eso será una prueba evidente que no se pierde el tiempo...

Delfos tenía una lucha titánica empeñada con el juez instructor de la causa del Puente de Vallecas, don Baldomero de la Portilla.

Pasaban los días y las semanas y, a pesar de las insistencias del preso, el juez no se atrevía a procesarle, pero tampoco lo excluía del proceso definitivamente.

Delfos escribió a dicho juez instructor del sumario, para que como encartado en el proceso, se le incluyera en la lista de los que tenían que comparecer en breve ante el capitán general que tenía que asistir a la revista trimestral de cárceles. Le decía Delfos al señor coronel y juez instructor del sumario, don Baldomero de la Portilla, que necesitaba formular algunas quejas al capitán general que lo era entonces don Julio Ardanaz, ya que la conducta del juez no se ajustaba ni a los preceptos legales de las leyes con respecto a la instrucción de la causa.

El señor Baldomero, por única contestación a la carta de Delfos, mandó a su secretario a la cárcel para que le comunicara al preso, que como no estaba procesado, no tenía por qué incluirlo en la lista de la revista de cárcel.

Delfos, ante el secretario del juez, protestó enérgicamente de la lentitud de los trámites que con relación a él llevaba el juez, y el secretario le dijo al preso que lo que podía hacer en todo caso era escribir al auditor de guerra que era el que tramitaba la causa y él seguramente le atendería.

Delfos no hizo lo que le aconsejaba el secretario aludido. Sabía que el auditor de guerra era un hombre muy reaccionario que servía en dicha causa como instrumento de Martínez Anido. Por lo tanto, en ese sentido todo era inútil.

El día antes de la revista de cárceles, se recibió un comunicado en la cárcel del capitán general en el cual notificaba a don Nicolás Navas, que era entonces el director de la cárcel de Madrid, que cuantos presos lo desearan podían alistarse para comparecer ante las autoridades militares al día siguiente.

Al conocer Delfos tal disposición, notificó al director que deseaba concurrir a revista, ya que tenía algo de interés que comunicar con el capitán general. El señor Nicolás Navas, hombre recto y justo dentro de su cargo, atendió como siempre al preso, y lo incluyó en la lista como era su deseo.

Delfos esperaba el día siguiente como quien espera algo muy extraordinario. No se le escapaba la importancia que para su futuro representaba cuanto él pensaba exponer el día siguiente ante el capitán general. Era, indudablemente. llegado el momento de manifestar cuantas injusticias se habían cometido con él por parte de las autoridades civiles y militares.

Se constituyó el tribunal militar y los presos fueron desfilando ante él haciendo cada uno las reclamaciones oportunas.

Los encartados en el proceso del Puente de Vallecas, que eran catorce, entraron juntos en la sala de visitas, unos tras otros formularon las debidas quejas ante el proceder inconcebible del juez y ante el trato brutal que tanto la policía como la guardia civil había cometido con ellos.

Delfos, como individuo que aun no estaba procesado, qué era el último de la lista, y cuando el capitán general le preguntó si tenía algo que comunicarle, Delfos contestó afirmativamente y entonces expuso cuanto tenía que manifestar.

Llevaba Delfos cerca de dos años preso gubernativamente, o sea, a disposición del ministerio de la gobernación y para mayor vergüenza se le había complicado en el proceso famoso de Doval, encontrándose preso.

En varias ocasiones los presos gubernativos habían mandado quejas a los periódicos para que fueran publicadas, pero nunca lograron hacerse oír. Todas las puertas del sentimiento y de la razón estaban cerradas para los rebeldes privados de libertad.

No se sabe si el capitán general de la primera región, señor Ardanaz, ignoraba esta cuestión; pero Delfos se lo hizo saber todo, y finalmente le dijo, que si en lo sucesivo persistían todas aquellas injusticias, sería con la complicidad de todos cuantos estaban allí reunidos.

Era día de comunicación, y Antonieta fue a la cárcel a ver a Delfos. La muchacha estaba inquieta y nerviosa. Delfos se dio cuenta de ello y le preguntó qué le ocurría. Antonieta le notificó que un policía, que los camaradas de Madrid le llamaban “el Cara Cerdo”, venía acechándola con gran insistencia desde hacía unos días.

Antonieta no comprendía la actitud de aquel policía, que la seguía constantemente como la sombra al cuerpo.

Delfos la previno y le dijo que seguramente sería interrogada por el policía.

- Bueno, pues que venga, que yo ya sabré responderle- dijo la joven.

Efectivamente, cuando terminó la comunicación, Antonieta salió de la cárcel y pretendió burlar la vigilancia del policía, pero todo fue inútil. El policía, enseñándole la chapa que llevaba enganchada en el chaleco, se hizo conocer y le dijo a la joven que fuera con él hasta la Dirección General de Seguridad, donde tenían que hacerle algunas preguntas.

Antonieta protestó enérgicamente ante el policía y le dijo que ella sola no estaba dispuesta a seguirle. Si quiere usted que vaya a la Dirección tendrá que ser acompañada de mi madre o de mis hermanos, le dijo.

- Pues bien - respondió el policía- vamos a su casa y que venga con usted alguien de su familia.

El disgusto que recibió toda la familia de Antonieta fue indescriptible. Ella, aunque tranquila, estaba nerviosa y colérica.

Fueron a la Dirección General de Seguridad ella y su madre, acompañadas del policía, y fue llevada a presencia de Fenoll.

Fenoll, que era el refinamiento de la maldad, sin ningún respeto ni consideración, le dijo que una mujer honrada no hacía lo que estaba haciendo ella, eso de ir a visitar a los presos sociales, que son gente peligrosa y sin escrúpulos de ninguna clase.

Antonieta le contestó serenamente al polizonte y le dijo que ella sabía con qué clase de personas se relacionaba y, por lo tanto, no aceptaba que nadie, por muy policía que fuera, se atreviera a darle consejos de tan mal gusto.

Fenoll, viendo que no podía sacar nada de lo que se proponía ante la voluntad de la joven, colérico y descompuesto, ordenó que Antonieta

fuera fichada y fotografiada de frente y de perfil. Era un monstruo aquel miserable.

- Antonieta salió en libertad después de haber sufrido toda clase de humillaciones, y su madre, ajena a cuanto podía ocurrirle a su hija, lloraba con la mayor desesperación.

Desde aquel día quedó destruida ya para siempre la tranquilidad de un nuevo hogar.

La madre de Antonieta, llorando, le pidió a su hija que no fuera más a la cárcel a ver a su amigo. Hazlo por mí, hija mía, le dijo, aunque no lo hagas por la policía.

Al día siguiente, después de haberle prometido a su madre que no iría más a visitar al preso, escribió una extensa carta en la cual le contaba todo lo ocurrido el día anterior con la policía.

"*No es por ti, Delfos, que no vaya verte, ni tampoco por complacer a la policía. Es por mi madre. Mi madre se moriría sólo de pensar en una nueva detención mía. No me juzgues mal, Delfos. Tú ya sabes que yo hoy siento tus cosas como si fueran mis cosas propias, y tus ideas como mis propias ideas. Día vendrá indudablemente que podré darte de ello una nueva y bien evidente demostración. Mientras tanto, sepamos esperar para poder también llegar a tiempo.*"

Delfos leyó la carta de Antonieta lleno de emoción. Era hombre de temple sometido a toda prueba y se dio perfecta cuenta de aquel momento crítico para su amiga. Sí, era indudable que vendría un día que Antonieta, rompiendo incluso con los convencionalismos familiares, sabría volar y remontarse como las águilas por encima de todos los perjuicios humanos, hasta llegar pura y sin mancha hasta las altas regiones del ideal supremo de la vida.

Estaba Delfos tomando el desayuno. Una especie de mezcla que parecía café con leche, pero que de ello sólo tenía el color.

El ordenanza de la galería abrió la puerta de la celda sonriente.

- ¿Qué hay, muchacho ?- dijo Delfos.
- Algo agradable - contestó el ordenanza- Te llaman a jueces. Ha venido el señor de la Portilla y por las pocas palabras que he oído a los empleados, creo que te trae la libertad.
- No será verdad tanta belleza. Me parece que ya es imposible que yo pueda salir de este cementerio de vivientes.
- Anda, ves a ver lo que quiere.
- Voy en seguida.

El secretario estaba escribiendo a máquina, mientras el juez dictaba. El preso entró en el departamento de jueces y don Baldomero de la Portilla, sonriente, le tendió la mano. Delfos no quiso ser incorrecto, aunque para ello tenía sobrados motivos, y estrechó la diestra del juez.

- Por fin ha llegado la hora de su libertad, Delfos. El capitán general ha hecho cuanto humanamente se podía hacer, y ha logrado vencer todos. los obstáculos, que han sido bastantes.
- No lo dudo, pero creo que más allá del capitán general, mi libertad quedará reducida a una nueva prolongada prisión gubernativa.
- Nada de eso, Delfos. Usted indudablemente sale de Madrid, porque así lo exigen conveniencias particulares de ciertas personas muy encumbradas. Usted sale definitivamente en libertad, yo se lo aseguro.
- Prepárelo todo para salir mañana para Barcelona. De aquí, de la cárcel, irá usted a la Dirección General de Seguridad, y desde allí será acompañado a la estación por dos agentes de la autoridad, que seguramente irán con usted hasta Barcelona. Desde luego, cuando llegue a Barcelona lo llevarán a la Jefatura Superior para renovar su ficha, y luego será inmediatamente puesto en libertad. Aquí tiene usted mi orden de libertad. Fírmela.

Delfos firmó la libertad y se despidió del juez.
Al día siguiente, a la hora indicada, llegó a la cárcel la “libertad” de Delfos.

Delfos se despidió de todos sus amigos y camaradas cambiando con ellos fuertes abrazos.

Salió de la cárcel y en un coche celular fue trasladado a la Dirección General de Seguridad. Luis Fenoll ya lo estaba esperando allí. Cuando llegó Delfos lo hizo pasar a su despacho y una vez los dos solos, le dio toda clase de explicaciones y consejos que Delfos no necesitaba. Se le ofreció para cuanto pudiera hacer por él.

El preso le contestó al comisario que nada necesitaba de momento más que le entregaran los objetos y dinero que le habían quitado al ser detenido.

Fenoll llamó a uno de sus subordinados y le dijo que procurara buscar cuanto pertenecía al preso y se lo entregara.

Momentos después, el agente entró en el despacho y dijo que los 490 francos, la pluma estilográfica, el reloj, la cadena y la cartilla militar con toda la documentación particular, habían desaparecido de donde estaba guardado.

El señor Fenoll, al oír lo que decía el agente, se quedó bastante tranquilo. Por lo visto en la Dirección General de Seguridad era un sitio que había bastantes ladrones.

Aquel mismo día por la tarde, Delfos salió de Madrid acompañado de dos agentes de la secreta que en toda la noche no le dejaron de vista ,ni un solo momento

Tan celosos eran aquellos señores en el "cumplimiento de su deber", que al llegar a Barcelona, como Delfos, durante el trayecto de Zaragoza a la ciudad condal, había cambiado algunas palabras con una joven que iba en el mismo departamento del vagón del tren, al llegar a Barcelona ,invitaron a la joven a que les siguiera hasta Jefatura, donde fue interrogada y molestada por los guardianes del orden.

Delfos quedó en los calabozos pensativo; aquella misma noche fue llevado junto con algunos otros presos a la cárcel modelo.

Como él se temía, su Libertad había solo consistido en un cambio de "hotel". Del "Hotel de la Moncloa" al "Hotel de la calle de Entença".

# CAPITULO X

## *Nuevo encuentro de Delfos y Albina*

Los periódicos habían publicado la noticia de que Delfos había ingresado en la cárcel de Barcelona, después de haber sido trasladado desde Madrid.

Albina, que hacía unos días había regresado del extranjero, donde permaneció varias años, se apresuró a obtener noticias concretas de su hijo espiritual.

Sin hacer más investigaciones, se personó en la cárcel de Barcelona, y allí pudo confirmar que Delfos estaba preso y que ocupaba una celda en la sexta galería. En las oficinas de la cárcel, a requerimiento de ella, le dijeron que Delfos estaba allí en calidad de preso gubernativo.

Como era día de comunicación, Albina aprovechó la ocasión para comunicar con su amigo.

Sacó el número y esperó un rato a que llamaran. Llamaron los números, y unos tras otros, de una manera ordenada, traspasaron la primera cancela, hasta llegar al departamento de comunicaciones,

El momento de la entrevista entre Delfos y Albina fue verdaderamente emocionante. Delfos estaba muy lejos de pensar en aquella gran sorpresa.

Al llegar al locutorio, como estaba bastante oscuro, Delfos no llegó a distinguir a su visitante y sólo se limitó un tanto extrañado a saludarla.

Albina llamó a Delfos por su verdadero nombre, y éste en seguida reconoció su voz, quedando verdaderamente asombrado.

La alegría que en aquel momento se produjo fue imposible de describir. Reían y lloraban los dos a la vez llenos de alegría. Parecían dos niños en estado de inocencia. Era tan inmensa la alegría de que ambos

estaban poseídos, que lo que no lo podían expresar palabras lo expresaban con gestos de emoción.

El tiempo transcurrido con todas sus ingratitudes, les había hecho recordar muchas veces mutuamente a los dos, y por fin, la casualidad los volvía a reunir allí, en el antro del dolor, donde se reúnen las almas fuertes y generosas, a despecho de los tiranos, que pretenden truncar las ideas, encerrando en la cárcel a los que las profesan.

Albina llevaba cogida de la mano a una niña de unos cinco años. La pequeña, un tanto intrigada ante aquella escena y también ante el olvido que en aquellos momentos la tenía su madre, hizo un gesto que obligó a la madre a darse cuenta que no estaba allí sola. Delfos no había reparado tampoco aún en la niña, ya que la parte del locutorio era más alta que la pequeña y la cubría por completo.

Albina cogió a la niña en brazos y levantándola en el aire dijo:

- Es mi hija. Mi Luisita.

- No sabía que estabas unida ni que eras madre.

- No estoy unida, Andrés. No lo estuve nunca.

- Debo recordarte una cosa, Albina.

- ¿Cuál es? ¿A qué cosa te refieres, Andrés?

- Precisamente, decirte que no me llamo Andrés, que me llamo Delfos Peralta.

- Tienes razón. Perdona mi involuntario olvido. Me recuerda en estos momentos tanto aquel pasado imborrable, que no recuerdo otra cosa. Como te decía, no estoy unida. He sido un tanto personal con respecto a las relaciones sexuales. No he querido unirme a ningún hombre, a pesar de la mucha afinidad que he tenido con algunos, porque siempre he creído que pudiera peligrar mi más absoluta libertad, como mujer y como madre. En idéntica forma he procedido cuando sentí en mí la necesidad de ser madre. Escogí entre los hombres dignos al que por su constitución física y su dotes morales creí digno de ser el padre de mi hijo. Y ya lo ves. Fui madre pasando por encima de todos los convencionalismos y todas las aberraciones de la actual sociedad burguesa

que, a pesar de sus ostentaciones de fuerza y de grandeza, se hunde y desmorona cual castillo de naipes.

Aquí tienes a mi hija. Mira qué hermosa es. Es tal como yo me la había imaginado, antes de concebirla.

- Continúas siendo como siempre, Albina. Tal como yo me había imaginado durante el tiempo que no nos hemos visto ni comunicado. Eres la mujer excepcional, la única. Has hecho de la vida un poema. Un poema del ideal que recompensa todas las adversidades y todas las miserias.

- Cuántas cosas han ocurrido desde que por última vez nos despedimos, ¿verdad, Delfos?

- Cierto, Albina. Parece que hayan transcurrido ya varios siglos y apenas hace nueve años.

- Tú debes haber sufrido mucho, Delfos, durante estos ocho últimos años.

- Efectivamente. No han sido nada agradables para los que no se amoldan o doblegan reverentes al régimen de oprobio imperante.

- Sobre todo, a los militantes activos de la C.N.T. y también a algunos políticos dignos, que los hay, el Gobierno de la dictadura nos hace la vida poco menos que imposible.

- La existencia en la calle no es nada envidiable para los enemigos del régimen imperante. Con más motivos tiene que hacerse imposible la vida a los que yacen en cárceles y presidios privados de libertad. ¿Cuántos meses llevas tú preso esta vez?

- Mas de dos años.

- ¿Gubernativo?

- Ya no lo sé, Albina. No lo sé, porque por lo visto, mi libertad y quien dice mi libertad la libertad de todos los ciudadanos que no son adictos al régimen, está a disposición de cualquier señor con mando, más o menos bestia, que puede disponer de ella en cualquier momento y por cuanto tiempo le dé la gana.

- ¿Y qué impresión tienes sobre tu libertad?

- A juzgar por las promesas que se me han hecho en distintas ocasiones, las impresiones no son malas. Hace unos días escribí al juez militar

de Madrid, un señor que me prometió que saldría pronto cuando estaba en la cárcel madrileña, notificándole que a pesar de sus promesas aun me encontraba detenido. Dicho señor me contestó a vuelta de correo y en su carta me decía que él nunca había dejado de cumplir la palabra de honor que había empleado. A continuación me decía que si la cuestión de mi libertad no se había solucionado aún, era debido a dificultades de "peso" que aun no se habían decidido vencer. Mi libertad según dicho señor, es cuestión de unos días. Ya veremos si es cierto cuanto me anuncia. Yo, por si acaso, no me hago muchas ilusiones. No olvido un momento que en el Ministerio de la Gobernación, hay, en vez de un hombre, un monstruo.

- Y caso de salir en libertad, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a quedarte en Barcelona o piensas marcharte fuera?

- No tengo nada resuelto en definitivo. Aún no he pensado en ello. Desde luego, si salgo en libertad pienso sin pérdida de tiempo reintegrarme a la lucha activa por las ideas y contra el despotismo imperante. Las dificultades de la lucha en la calle no serán motivo suficiente para que vaya a ocupar mi puesto al lado de los que aun luchan sin descanso. Considero una táctica equivocada la táctica empleada por muchos buenos camaradas que traspasan las Pirineos ante las dificultades que se plantean en España, diciendo que en Francia también podrán desarrollar sus actividades revolucionarias. El trabajo a realizar es en España y no en Francia. Tengo motivos más que sobrados para pensar mil y en ello no hay el más pequeño egoísmo. No todos los buenos luchadores que, cuando estaban en España eran aguerridos y audaces, hasta la temeridad, son hoy en Francia, lo que fueron cuando estaban aquí, sino que, por el contrario, se han vuelto comodones unos e indiferentes otros. Claro está, desde luego, que este calificativo no se puede aplicar en términos generales, pues hay muchos que no han olvidado un solo momento su deber para contribuir al desmoronamiento de la dictadura actual. A pesar de ello, opino que es en España donde se debe luchar y no en el extranjero. Es indudable que la crisis de valores que existe en nuestros medios, es debido más que nada a la falta de calor que se siente en las multitudes,

un tanto desorientadas, y, por lo tanto, indiferentes a nuestras cosas. Por otra parte, Francia, esa nación que en tiempos pretéritos fue el faro que históricamente guió a los hombres en el camino digno de sus emancipaciones y de sus derechos a través de las fronteras y a través de los mares, es hoy sólo algo como un recuerdo lejano, algo así como una antigua fortaleza en ruinas que ya no infunde el menor respeto ni la menar consideración. El país de los Derechos del Hombre fue estrujado, fue envilecido por la casta militar y capitalista en 1914, desencadenando sobre él toda la furia belicosa y patriotera cual chusma voraz en completo delirio. Hoy, la Francia de 1789 y 93, en poder de la reacción y del despotismo, contra la voluntad del pueblo francés que sufre y trabaja, tiende la mano por encima de las altas montañas de los Pirineos y de la inmensa llanura del Mediterráneo al potro desenfrenado en funciones de dictador sediento que se llama Primo de Rivera. Quiñones de León es el pajarraco mensajero de esa representación, de la voluntad de un pueblo sin sentido que agoniza asfixiado por la tiranía de una dinastía corrompida que se hunde y quiere arrastrar consigo a todo un pueblo. Por eso Primo de Rivera ríe con risa sarcástica de cuanto se trama contra él en Francia. Y Martínez Anido se frota las manos como jesuita empedernido que es, y afila sus colmillos de hiena para clavarlos en sus víctimas.

Por eso yo creo no caeré en el error de marchar a Francia, caso que salga en libertad. Eso lo tengo bien determinado, y pienso seguir esta determinación sin modificación alguna. Los motivos a que obedece el no haber determinado aún lo que voy a hacer cuando salga en libertad es debido más que nada a la falta de orientación. Venir a la cárcel a comunicar con los presos, es algo que encarna un grave peligro para los camaradas que en la calle se acuerdan de nosotros. No han sido pocos los compañeros que por el solo hecho de venir a la cárcel a comunicar, han sido detenidos en el patio o en la calle y los han metido aquí dentro meses y años enteros. En esas condiciones, fácil es comprender el por qué no vienen a vernos y a tenernos al corriente de muchas cosas que ignoramos, cuando son cosas como esa, sin importancia como es natural.

- Siendo así, excúsame pensar que si sales en libertad vendrás a casa. Vivo sola, con mi pequeña, en una casita de planta baja en la barriada

de Horta. Desde ahora cuento contigo y cuando llegue a casa, te prepararé sitio por si sales hoy mismo.

- Te agradezco el ofrecimiento y cuenta que cuando salga en libertad iré a visitaros. Desde luego, puedes tener la seguridad que mi libertad puede que no sea cuestión solamente de unos días, sino que puede ser cuestión de meses y, en ese caso, huelga que te apresures a preparar nada.

- ¡Quién sabe, Delfos! A lo mejor tú crees que vas a pasar mucho tiempo más preso y sales hoy mismo. Yo, después de lo que me has dicho de ese señor juez de Madrid, creo que tu libertad no se hará esperar mucho. Tengo ese presentimiento y creo que esta vez mi pensamiento no me es infiel.

- Mejor que no te equivoques, cree sinceramente que celebraría fuera así.

## En libertad

Albina no se había equivocado, aquel mismo día no salió Delfos, pero salió al día siguiente.

La Libertad la transmitieron desde la Dirección General de Seguridad de Madrid, que era donde dependía Delfos.

Eran las seis de la tarde sobre poco más o menos.

El ordenanza de la sexta galería se presentó en la celda de Delfos y le dijo que lo preparara todo, que su libertad estaba en el centro.

Delfos en principio creyó que era una de esas bromas pesadas que a veces se dan en la cárcel. No creyó en la veracidad de cuanto decía el ordenanza y no se movió del asiento, ya que estaba leyendo.

El ordenanza insistió seriamente por segunda vez casi enfadado, al ver que Delfos no le hada caso.

Entonces fue cuando Delfos creyó que podía ser cierto cuanto le decía el ordenanza y se levantó.

En aquel preciso momento venían el ayudante y el empleado de la galería con un papel en la mano.

El ayudante, que precisamente, apreciaba mucho a los presos sociales, le dijo:

- Por fin, Delfos, ha llegado la hora de su libertad. Venga, que tengo que notificarle algo que le interesa

Al mismo tiempo cogió al preso, lo llevó al fondo de su celda y le dijo a solas:

- En la Jefatura Superior de Policía están enterados de que va a ser usted puesto en libertad de un momento a otro, por lo que he oído hablar en las oficinas hay intención por parte de la policía de retener a usted aun más tiempo preso. Es un caso de candencia para mí y no quiero contribuir en lo más mínimo a esta nueva arbitrariedad que se pretende cometer con usted; al contrario, quiero hacer algo en su favor con tal que pueda salir en libertad después de dos años que lleva preso sin estar sometido a procedimiento judicial. Ahora va usted a salir en libertad. Saldrá, porque yo no quiero dar aviso a Jefatura, ya que eso sería tanto como que usted quedara nuevamente preso sin haber recobrado la libertad. Lo que le recomiendo encarecidamente es que en la calle no se haga visible y procure ser discreto. De lo que a mí. se refiere con respecto a su libertad, eso no tiene importancia. Podré fácilmente justificarme. Un "olvido voluntario" lo tiene cualquier funcionario. "**La libertad de un hombre merece la pena de un pequeño olvido**".

Preso y empleado se estrecharon mutuamente las manos. Momentos después, un tanto atolondrado y confuso, Delfos traspasaba el umbral de la cárcel.

En la Gran Vía subió a un autobús que lo llevó hasta la plaza Urquinaona. En la plaza Urquinaona cogió un tranvía que lo trasladó a la "bella y tranquila" barriada de Horta.

La puerta de una casita. Solitaria de una calle en formación se abrió ante la presión de una mano.

Albina, que estaba preparando la cena para ella y su nena, al darse cuenta de Delfos, que ya había traspasado el umbral de la calle, llena de emoción fue corriendo hacia su amigo abrazándose ambos llenos de alegría.

Luisita miraba aquella escena un tanto desorientada. Delfos, que enseguida se dio cuenta de la pequeña, la cogió en sus brazos y la besó tantas veces que la niña tuvo que recurrir al auxilio de su madre, que gozaba en aquellos momentos la emoción más grande de su vida.

Desde aquel día en adelante un nuevo galeote se incorporó a la lucha activa de los que lo dan todo para conquistar lo que les pertenece a los que nada poseen y todo lo crean.

# Índice